



Talleres prácticos



*Conferencia Episcopal
de Colombia*

Septiembre
Mes de la Biblia *2024*

**ALEGRES EN LA
ES
PE
RAN
ZA,
PERSEVERANTES EN LA
ORA
CIÓN**

Alegres en la esperanza, perseverantes en la oración

Septiembre, mes de la Biblia

Conferencia Episcopal de Colombia (CEC)

Monseñor Francisco Javier Múnera Correa
Presidente de la CEC.

Monseñor Gabriel Ángel Villa Vahos
Vicepresidente de la CEC.

Monseñor Germán Medina Acosta
Secretario General de la CEC.

Comisión Episcopal de Catequesis y Animación Bíblica.

Monseñor Pedro Manuel Salamanca Mantilla
Presidente de la Comisión Episcopal.

Monseñor José Figueroa Gómez
Monseñor José Libardo Garcés Monsalve
Monseñor Rodrigo Gallego Trujillo

Padre Francisco León Oquendo Góez
Director Departamento de Catequesis
y Animación Bíblica.

Contenidos

Padre Juan David Figueroa Flórez
Doctor en Teología Bíblica
(Encuentros 1-7)

Padre Jorge Enrique Bustamante Mora
Licenciado en Teología Bíblica
(Encuentro 9)

Padre Francisco Oquendo Góez
Doctor en Teología Bíblica
(Encuentros 8 y 10)

Diseño y Diagramación

Pedro Sergio A. Sánchez Mosquera
Diseñador Conferencia Episcopal de Colombia

Bogotá, septiembre de 2024

3
5
7
21
33
45
59
71
83
99
106
115

Presentación

Introducción

Primer encuentro
MOISÉS Y SU ÚLTIMA ORACIÓN

Segundo encuentro
ANA, ENTRE EL LAMENTO Y LA ALABANZA

Tercer encuentro
ELÍAS Y LA ORACIÓN EN LA SOLEDAD

Cuarto encuentro
ELÍAS Y LA ORACIÓN EN EL DESIERTO Y LA MONTAÑA

Quinto encuentro
UN POETA ORA EN MEDIO DE LA GUERRA

Sexto encuentro
MARÍA E ISABELY LA ORACIÓN DE LA PEQUEÑEZ

Séptimo encuentro
LA ORACIÓN DE LOS HIJOS Y LOS HERMANOS

Octavo encuentro
LA ORACIÓN SACERDOTAL

Noveno encuentro
JESÚS ORA EN LA CRUZ

Décimo encuentro
LA ORACIÓN COMO CANTO DE LAS REALIDADES ÚLTIMAS

TABLA DE CONTENIDO

Como es ya costumbre, el Departamento de Catequesis y Animación bíblica de la pastoral de la CEC propone y elabora un subsidio con motivo del mes de la Biblia, para profundizar en el conocimiento y en la lectura orante de la Palabra de Dios.

Este año, en sintonía con el Papa Francisco, el subsidio versará sobre la oración en la Sagrada Escritura, para prepararnos al jubileo de la esperanza. “La esperanza se alimenta con la oración”, decía el Santo Padre a los jóvenes en su mensaje para la XXX-VIII jornada mundial de la juventud.

La oración fortalece la esperanza, pues en ella tomamos conciencia y hacemos memoria de todo lo que Dios ha obrado y continúa obrando en favor de nuestra salvación. La memoria orante de la acción de Dios nos anima a esperarlo todo de su inquebrantable fidelidad.

La oración nos conforta en la certeza de que el Dios de la alianza no nos deja nunca abandonados, sino que, por el contrario, cumple y cumplirá siempre sus promesas. Así como Dios salvó innumerables veces al pueblo de la antigua alianza, como reconcilió a la humanidad entera mediante la pascua de su Hijo Jesucristo, como ha acompañado a la Iglesia en cada etapa de su historia y como guía providente la vida de cada ser humano y de la humanidad en su conjunto, Él no desampara ni a la Iglesia, ni al mundo, ni a ninguno de nosotros. Él nos conduce, por en medio de las vicisitudes de la historia, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (Is 65,17; Ap 21,1).

Esa es la gran esperanza de la que nos hablaba el Papa Benedicto XVI. Una esperanza que va más allá de los límites de la historia y de nuestras posibilidades humanas, una esperanza que descubre cómo la semilla del Reino de Dios va germinando en esta tierra.

En la lectura meditada y orante de la Palabra no solo contemplamos esperanzados las obras de Dios y descubrimos su amor, sino que le suplicamos al Señor que con su misericordia venga a cada instante y nos salve. La plegaria adelanta la venida del Reino: “Pidan y se les dará” (Mt 7,7) nos ha dicho el Señor. Desde el inicio la Iglesia ha clamado en su oración: ¡Ven, Señor Jesús! (1 Cor 16,22).

Al avivar la esperanza, la oración nos anima también en el compromiso por la transformación del mundo en el que vivimos. La oración nos conforta, pues en ella recibimos siempre como en anticipo lo que anhelamos, la oración nos alienta porque en ella resuena siempre el gozoso mensaje de la Pascua: la última palabra sobre la historia no será la victoria de las fuerzas del mal, si no el triunfo de la vida y del amor. Por ello los discípulos misioneros de Jesús trabajamos sin desanimarnos. La batalla decisiva ha sido ya ganada por Cristo. Nada nos fortalece tanto como esta certeza. Además, en la oración encontramos las luces necesarias para colaborar con Dios en la obra que Él realiza en cada momento de la historia.

Cuanto bien nos hace orar en estos tiempos convulsionados y de incertidumbre por los que estamos pasando a nivel mundial y nacional. Las guerras en el mundo, la violencia y la injusticia en nuestro país amenazan la esperanza. Como creyentes no podemos ceder a la desesperación ni al conformismo fatalista. Necesitamos orar para ver los signos de la presencia del Reino, para no dejarnos cegar por las malas noticias, para fortalecer la confianza en las promesas de Dios y para sembrar incansablemente la semilla de su Reino. Muchos de los personajes cuya oración contemplaremos a lo largo de este itinerario, elevaron sus súplicas a Dios en medio de situaciones difíciles y con su oración encontraron las fuerzas necesarias para cumplir la misión que les había sido encomendada y para alentar la esperanza del pueblo.

Agradezco al P. Francisco Oquendo, director del Departamento de Catequesis y Animación Bíblica de la pastoral y al equipo de biblistas por la redacción de estos encuentros. Confío en que su trabajo será aprovechado de la mejor manera por muchas personas y comunidades en medio de estos tiempos difíciles y desafiantes, pero no por ello carentes de la presencia fiel de Dios y de su acción misericordiosa.

+ Pedro Manuel Salamanca Mantilla
Presidente de la Comisión Episcopal de Catequesis
y Animación Bíblica.



ALEGRES EN LA ESPERANZA, PERSEVERANTES EN LA ORACIÓN

El Papa Francisco ha pedido vivir el año 2024 como año de la oración, de modo que sea la mejor preparación para el jubileo del próximo año 2025, el jubileo de la Esperanza. La Esperanza sostiene la oración y la oración sostiene la esperanza. Ya el apóstol Pablo une ambos conceptos cuando invita a alegrarse en la esperanza y perseverar en la oración (Rom 12,12).

La revelación se convierte en acción, gracias a una relación. La relación con el Dios que se revela suele vivirse mediante la oración. Por ello, se propone dedicar los encuentros del mes de la Biblia, a profundizar en la oración, mediante la lectura orante de algunos pasajes bíblicos que presentan modelos y fomentan el arte de la oración.

La metodología es la *lectio divina*, la manera de acercarse a la Escritura que ha alimentado la espiritualidad, fomentado la oración, edificado la comunidad, impulsado la misión, iluminado la sinodalidad y favorecido la santidad durante muchos siglos, hasta el día de hoy.

Un vínculo entre *lectio divina* y oración siempre ha existido, pues ambas son vividas como búsqueda y encuentro con Cristo. Cristo es el maestro de la *lectio divina* (Lc 4,16-22) y el maestro de la oración (Lc 11,1-4); es a él a quien escuchamos en la *lectio divina* y a quien hablamos en la oración. Ambas se caracterizan por su cristocentrismo.

Por ello el Concilio Vaticano exhorta: “el santo Sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8), “pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (DV, 25).

La tradición espiritual ha estructurado la *lectio divina* en modo tal que resulte claro que la oración nace de la lectura, como respuesta al Dios que nos interpela, mientras que la lectura se vive en actitud de oración, pues se trata de una lectura orante de la Escritura. La *lectio divina* produce el fruto de la oración y la oración es oxígeno y perfume para la *lectio divina*. “La Palabra divina

Introducción

nos introduce a cada uno en el coloquio con el Señor: el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él” (VD 24).

Tanto la *lectio divina* como la oración se hacen bajo el impulso del Espíritu Santo. “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12) y es el Espíritu quien en la oración “viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos pedir como conviene” (Rom 6,26).

María, la Virgen Madre, es modelo tanto de *lectio divina* como de oración. Ella, que “guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19), da ejemplo de la palabra conservada, precisamente porque orada, meditada y contemplada. María, que canta el *Magnificat* (Lc 1,46-55), es paradigma de la oración que surge del corazón convertida en himno espiritual. En efecto, el *Magnificat* está tejido por hilos tomados de la Sagrada escritura y demuestra que la Palabra es la casa de María, de modo tal que su palabra nace de la Palabra de Dios (VD 28).

Los grandes maestros de *lectio divina* lo han sido también de la oración. A modo de ejemplo, Orígenes, el gran biblista de inicios del siglo III, enseñó la *lectio divina* (a él se debe esta expresión) y escribió un tratado sobre la oración.

El vínculo entre *lectio divina* y oración fue subrayado sabiamente por Benedicto XVI: “En este marco, quisiera recordar y recomendar sobre todo la antigua tradición de la *Lectio divina*: la lectura asidua de la sagrada Escritura acompañada por la oración realiza el coloquio íntimo en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y,

orando, se le responde con confiada apertura del corazón. (*Discurso al Congreso Internacional en el XL aniversario de la Constitución Conciliar "Dei Verbum"*, 2005).

La *lectio divina* nos sumerja en la oración, como preparación al jubileo de la esperanza. Mientras haya oración hay esperanza, mientras haya esperanza hay oración.

P. Francisco León Oquendo Góez

MOISÉS Y SU ÚLTIMA ORACIÓN

1 Antes de iniciar

Como se trata del ejercicio de la *Lectio Divina*, es importante no solo disponer el espacio o el ambiente en que se va a realizar, para lo cual se recomienda un lugar donde se dé centralidad a las Sagradas Escrituras, acompañadas por un cirio, tratando de representar lo que el Salmo 119,105 canta, cuando dice «lámpara para mis pasos es tu Palabra, luz en mi sendero», o de suponer un lugar sin distracciones, quizá con el apoyo de algún tipo de música que ayude a la inspiración y a la concentración, si se quiere y si tampoco obstaculiza la atención, sino de disponer el espíritu de quien decide realizarla. Por tanto, este primer punto, que aparecerá en cada uno de los diez encuentros, buscará profundizar en un aspecto de la Lectio Divina para ayudar a la preparación interior, por encima de aquella exterior.

Al iniciar este primer encuentro con la Palabra de Dios, vale la pena recordar lo que sobre la Lectio Divina afirmaba Guido el Cartujano en el s. XII, cuando a un hermano de comunidad, en una carta, explicaba el propósito de esta: «La lectio busca la vida bienaventurada, la meditatio la encuentra, la oratio la pide, la contemplatio la saborea». «La vida bienaventurada» o, su sinónimo, «la vida feliz», es el anhelo de todo hombre, aunque

no lo sepa, y coincide con el fin de la Lectio. Por tanto, más que un método o una estrategia espiritual, se trata de un camino para hallar la bienaventuranza, como lo propone el primer salmo cuando indica que es «feliz el hombre» que medita la Torá del Señor, «día y noche».

En consecuencia, la Lectio Divina, senda hacia la felicidad, más allá de presentarnos a Dios doctri-

nalmente, conduce al encuentro con Dios, personal y comunitariamente. Piénsese, en esta línea, en el autotestimonio que Jesús hace al identificarse como «el camino» que guía hacia el Padre (cf. Jn 14,16). En virtud de esto, la Lectio no es sino el ejercicio de Jesús como camino, para hacer el éxodo de la individualidad hacia la comunión con

el Padre, en la altura donde Él entrega el don de su Palabra, su Hijo. En resumen, en la Lectio Divina, Jesús es el camino por donde se va y con quien se camina para llegar al Padre, pero también Jesús es quien se recibe cuando se está con el Padre, Él, su Hijo, el «bienaventurado» por antonomasia, para ser felices.

2 Iniciemos

Antes de la proclamación de la Palabra de Dios, es importante establecer un breve tiempo de silencio, que permita calmar la mente y sacar la imaginación de toda agitación, para enfocar la concentración y fortalecer la habilidad de la escucha. Pasado este momento, se comienza el ejercicio como a continuación se sugiere.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria, luego de la cual puede seguir un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede completar este momento inicial a través de la recitación de la siguiente oración compuesta por san John Henry Newman:

Dios mío, tengo necesidad de ti,
necesito que me instruyas cada día,
tal como lo exige la jornada.

Señor, ¡concédeme una conciencia iluminada,
capaz de percibir y comprender tu inspiración!

Mis oídos están cerrados,
por eso no escucho tu voz.

Mis ojos están tapados
y por eso no veo tus signos.

Solamente Tú puedes abrir mis oídos
y curar mi vista,
puedes purificar mi corazón.

Enséñame
a estar sentado a tus pies,
y a escuchar tu palabra.
No me has creado
sin una finalidad.
Tengo que completar tu obra.
En el puesto que me has señalado,
tengo que ser mensajero de paz.

3 Leemos (lectio o lectura):

Se dispone a la lectura de la Palabra de Dios. Si se hace en comunidad, conviene que la realice un buen lector. Al leer, recuérdese que no se trata de un libro como cualquier otro, sino de la Palabra con la cual Dios habla. Pidamos escuchar su voz mientras leemos su Palabra: ya desde la misma lectura se entra en el tiempo de la oración.

Para este primer encuentro, escucharemos la última oración que Moisés realizó antes de subir al monte Nebo, según se describe en Deuteronomio 32,1-48. A continuación se te presenta el texto tomado de la traducción de la Biblia de Nuestro Pueblo, versión recurrente en nuestro medio. También se puede seguir la versión de la Biblia que se posee:

- 1** Escucha, cielo, y hablaré; oye, tierra, los dichos de mi boca;
- 2** descienda como lluvia mi doctrina, caiga como rocío mi palabra; como llovizna sobre la hierba, como aguacero sobre el césped;
- 3** voy a proclamar el Nombre del Señor: reconozcan la grandeza de nuestro Dios.
- 4** Él es la Roca, sus obras son perfectas, sus caminos son justos; es un Dios fiel, sin maldad, es justo y recto.
- 5** Hijos degenerados, se portaron mal con él, generación malvada y perversa.
- 6** ¿Así le pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó?
- 7** Acuérdate de los días remotos, considera las épocas pasadas,

pregunta a tu padre y te lo contará, a tus ancianos y te lo dirán:

- 8** Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su herencia, y distribuía a los hijos de Adán, trazando las fronteras de las naciones, según el número de los hijos de Dios,
- 9** la parte del Señor fue su pueblo, Jacob fue el lote de su herencia.
- 10** Lo encontró en una tierra desierta, en una soledad poblada de aullidos; lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos.
- 11** Como el águila incita a su nidada revoloteando sobre los pichones, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas.
- 12** El Señor sólo los condujo, no hubo dioses extraños con él.
- 13** Los puso a caballo de sus montañas, y los alimentó con las cosechas de sus campos; los crió con miel silvestre, con aceite de rocas de pedernal;
- 14** con cuajada de vaca y leche de ovejas, con grasa de corderos y carneros, ganado de Basán y cabritos, con la mejor harina de trigo, y por bebida, con la sangre fermentada de la uva.

15 Comió Jacob hasta saciarse, engordó mi cariño, y tiró coces —estabas gordo y cebado y corpulento— y rechazó a Dios, su creador; deshonró a su Roca salvadora.

16 Le dieron celos con dioses extraños, lo irritaron con sus abominaciones,

17 ofrecieron víctimas a demonios que no son dios, a dioses desconocidos, nuevos, importados de cerca, a los que no veneraban sus padres.

18 ¡Despreciaste a la Roca que te engendró, y olvidaste al Dios que te dio a luz!

19 Lo vio el Señor, e irritado rechazó a sus hijos e hijas,

20 pensando: les esconderé mi rostro, y veré en qué acaban, porque son una generación depravada, unos hijos desleales;

21 ellos me han dado celos con un dios ilusorio, me han irritado con ídolos vacíos; yo les daré celos con un pueblo ilusorio, los irritaré con una nación insensata.

22 Está ardiendo el fuego de mi ira y abrasará hasta el fondo del abismo, consumirá la tierra y sus cosechas y quemará los cimientos de los montes.

23 Amontonaré desastres contra ellos, agotaré en ellos mis flechas;

24 andarán debilitados por el hambre, consumidos de fiebres y epidemias malignas; les enviaré los dientes de las fieras y el veneno de las serpientes que se arrastran;

25 en las calles, los diezmaré la espada; en las casas, el espanto, tanto a los jóvenes como las doncellas, a los niños de pecho como a los ancianos.

26 Yo pensaba: voy a dispersarlos y a borrar su memoria entre los hombres.

27 Pero no quise soportar las burlas del enemigo, y la mala interpretación del adversario, que dirían:

nuestra mano ha vencido, no es el Señor quien lo ha hecho.

28 Porque son una nación que ha perdido el juicio y carece de inteligencia.

29 Si fueran sensatos, lo entenderían, comprenderían su destino.

30 ¿Cómo es que uno persigue a mil y dos ponen en fuga a diez mil?

¿No es porque su Roca los ha vendido, porque el Señor los ha entregado?

31 Porque su roca no es como nuestra Roca; nuestros mismos enemigos pueden juzgarlo.

32 Su viña es un retoño de las viñas de Sodoma, de los campos de Gomorra; sus uvas son uvas venenosas y sus racimos son amargos;

33 su vino es ponzoña de monstruos y veneno mortal de víboras.

34 ¿No tengo todo esto recogido y sellado en mis archivos?

35 Mía será la venganza y el desquite en la hora en que tropiecen sus pies, porque el día de su perdición se acerca y su suerte se apresura

36 —porque el Señor defenderá a su pueblo y tendrá compasión de sus siervos—.

Cuando vea que sus manos flaquean, que se consumen amos y criados,

37 dirá: ¿dónde están sus dioses o la roca donde se refugiaban?

38 ¿No comían la grasa de sus sacrificios y bebían el vino de sus libaciones? Que se levanten para socorrerlos, que sean su refugio.

39 Pero ahora miren: yo soy yo, y no hay otro fuera de mí;

yo doy la muerte y la vida, yo desgarró y yo sano, y no hay quien se libre de mi mano.

40 Levanto la mano al cielo y juro: tan verdad como que vivo eternamente,

41 cuando afile el relámpago de mi espada y tome en mi mano la justicia, haré venganza del enemigo y daré su paga al adversario;

42 embriagaré mis flechas en sangre, mi espada devorará carne;

sangre de muertos y cautivos, cabezas de jefes enemigos.

43 Naciones, aclámenlo con su pueblo, porque él venga la sangre de sus siervos,

porque toma venganza del enemigo y perdona a su tierra y a su pueblo.

44 Moisés fue y recitó este canto entero en presencia del pueblo. Lo acompañaba Josué, hijo de Nun. **45** Y cuando terminó de decir todo esto a los israelitas, **46** añadió: –fíjense bien en todas las palabras que yo les he conminado hoy, y ordenen a sus hijos que pongan por obra todos los artículos de esta ley. **47** Porque no son palabra vacía para ustedes, sino que por ella vivirán y prolongarán la vida en la tierra que van a tomar en posesión después de pasar el Jordán.

Permanece en silencio por un momento, mientras recreas en tu mente algunas de las palabras que has escuchado: prolonga la escucha a través del recuerdo. Luego, hazte estas preguntas: ¿alguna(s) palabra o palabras llamó o llamaron mi atención? Si estás en comunidad, comparte con los otros la frase que ha tocado tu corazón. ¿Qué dice el texto? Intenta narrar lo que escuchaste, con tus propias palabras. Escribe tus respuestas para que este momento quede consignado y puedas volver a él más adelante y profundizar:

4 **Meditamos (meditatio o meditación):**

A continuación, se te presenta una reflexión para ayudar a comprender mejor el pasaje bíblico, pero esta no sustituye tu meditación. Este comentario, si se quiere, se puede omitir, pues su función es ayudar a contextualizar, aclarar y profundizar algunos aspectos.

Varias alternativas ayudan a comprender mejor un texto bíblico. Una de estas consiste en aclarar el contexto literario en el que el pasaje leído se inscribe. En este pasaje, el contexto es múltiple. Primero, y a nivel general, se está ante el último libro del grupo llamado «Pentateuco», es decir, en el Deuteronomio, que relata la llegada del pueblo de Israel, luego de su camino por el de-

sierto, a la frontera jordana de la tierra prometida.

Allí recibe las últimas prescripciones de Dios a través de su siervo Moisés, concluyendo así lo que se considera como la Torá o la Ley del Señor. Segundo, y a nivel de los capítulos finales del libro, el ciclo narrativo de Moisés llega a su conclusión, la narración más larga dedicada a un personaje bíblico, si se considera que inició en el libro del Éxodo. Tercero, y a nivel interno de la

obra, el Deuteronomio se concentra en el último momento de vida de Moisés, que no podrá entrar en la tierra, permaneciendo «prometida» para él y a la que conocerá, subiendo a la cima del monte Nebo, únicamente con la visión de su panorama de norte a sur, desde el oriente donde se encuentra hasta el occidente delineado por el Mar Mediterráneo.

El personaje lógico que guía nuestra experiencia de Lectio es Moisés. ¿Quién era él? Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio lo describen como un hebreo levita rescatado de las aguas, un asesino del egipcio que huiría temeroso por las repercusiones del homicidio. Luego, es esposo y pastor, llamado por Dios, caudillo libertador, organizador de la vida ritual y social, celoso por la fidelidad a Dios, intermediario de la ley divina, intercesor ante el Señor, líder carismático, paciente juez, poseedor de un espíritu sabio y prudente.

Esta fisonomía se completa con las últimas palabras que le dedica el Deuteronomio al definirlo como «el siervo de Dios» (cf. 34,5), cuya vista y vigor nunca decayeron pese a sus 120 años de vida, edad de su muerte, un hombre, un profeta único, que hablaba «cara a cara» con el Señor (cf. 34,10). Especialmente, esta última descripción, pone a Moisés como «el hombre de la oración» en el más esencial de los sentidos, pues habla con Dios, «cara a cara».

Iniciamos estos encuentros contemplando a un hombre cuyo último acto, antes de subir al monte Nebo, es una oración a Dios y una bendición a las tribus de Israel. La cercanía de la muerte hace que su plegaria sea vívida y sincera. Desde el punto de vista de la estética literaria, no se trata

de la poesía mejor construida entre aquellas contenidas en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, refleja el espíritu de un hombre que se ha sentido padre del pueblo y está llegando al desenlace de su vida. Por esto, Moisés cuenta en su oración la historia de Israel desde los orígenes mismos de la humanidad, poniendo en contraste los actos de Dios caracterizados por el amor y el cuidado, y desnuda su perplejidad interior al describir las acciones del pueblo como contrarias y no recíprocas a tales acciones divinas. En efecto, los tonos de esta oración a veces son crudos y estremecedores, mostrando así la veracidad de una oración más emocional que racional, pues Moisés teme que, en su ausencia, Israel vuelva a las mismas actitudes que mostró en el desierto.

Otra forma que puede ayudar a comprender un pasaje bíblico, sobre todo si se trata de una oración, es lograr definir una estructura o división temática, de modo que las pequeñas partes puedan ayudar a hacer más comprensible el mensaje total y la oración de Moisés posee una estructura temática concéntrica: se inicia con la oración dirigida por Moisés entre los versículos 1-18; en el centro se halla la respuesta de Dios (v. 19-42) y, finalmente, se regresa, de nuevo, a la voz de Moisés (v. 43). El apelativo «concéntrico» de esta plegaria se explica porque la oración de Moisés enmarca, abrazando, el decir de Dios. Realmente se trata de un hablar «cara a cara» o, en otras palabras, de un diálogo de voces, característica común de las plegarias bíblicas.

La primera parte de esta oración dirigida por Moisés (vv. 1-18) inicia con una invitación a la creación entera (vv. 1-3), totalidad expresada en los términos extremos «cielo» y «tierra», a escuchar el

decir del Siervo de Dios. Su oración mostrará a la creación lo que al principio, en su llamada vocacional, le fue revelado: el nombre de YHWH. Tal revelación cierra bien el ciclo de la vida de Moisés: su hablar, su doctrina, sus dichos, sus palabras son solo extensión del nombre divino y este debe descender a la tierra, fecundándola y manteniéndola húmeda, como lo hace la lluvia, el rocío y el aguacero. Para fecundar la tierra del pueblo, el nombre del Señor debe ser acogido en uno de los gestos más pedidos en el Deuteronomio: «escuchar».

Luego de la invitación, Moisés alaba (v. 4). El contenido de esta alabanza define lo que Dios le ha significado: el Señor es la Roca. No es un título novedoso pero, conscientes del contexto de este ciclo literario, la roca es el objeto que, en el desierto, calmó la necesidad de Israel en medio de la duda. El símbolo es casi irónico: mientras Israel dudaba, Dios permanecía fiel, compacto y seguro como la roca. Recordemos que el Señor rompió el imposible de la roca para hacer brotar el agua (cf. Éx 17,1-7).

Todas las experiencias del desierto llevaron a Moisés a conocer a este Dios fiel, sin maldad, justo y recto. Y, mientras Dios actuaba así, Moisés cuestiona los rasgos opuestos de su pueblo, necio e insensato, irreconocible al ser el hijo que no hereda las características de su Padre y Creador (cf. vv. 5-6). Y nosotros, ¿cuáles de nuestros valores, virtudes y actitudes dicen que somos hijos de Dios? ¿Algo de nosotros recuerda a Dios?

La oración ahora toma las características de un memorial. El pueblo es llevado a la reflexión a

través del anuncio de los actos divinos. La generación que entrará en la tierra prometida debe conocer su historia salvífica desde Adán: el Señor los rescató de la soledad peligrosa del desierto, los cuidó como el águila a sus polluelos, los condujo en los extravíos, los ayudó a crecer alimentándolos con lo mejor de la tierra y de los animales, quiso a su pueblo como se quiere y cuida la herencia que deja un padre a un hijo, lo hizo ÉL, solo ÉL, sin la ayuda de dioses extraños (vv. 7-14).

Dando a conocer la historia, Moisés ayuda a Israel a reconocer sus malos pasos, su capacidad de ser infiel, su desliz continuó hacia otras creencias, su desprecio de la paternidad divina (vv. 15-18). ¿Cómo nos sitúan a nosotros estas palabras que examinan la historia de Israel? ¿Qué dice nuestra historia acerca del valor que le damos a Dios? ¿Nos hemos olvidado del Dios que dio a luz como una madre, de la Roca que nos engendró como un padre? Los elementos anteriores preparan el centro de esta oración: Dios habla.

El centro de esta oración (vv. 19-42) nos sitúa en la intimidad de la voluntad y de las emociones de Dios. En la primera parte (vv. 19-26), Dios, como testigo del amor de su pueblo hacia otros dioses, siente rechazo y planea arrebatarles su presencia, dejándolos a la merced de sus decisiones y fragilidades. Las emociones de Dios van desde el provocar celos a Israel, como si además de hijo el pueblo fuese imaginado como esposa a la que se le puede despertar el amor dándole celos, hasta el deseo destructivo de la rabia que produce en un hombre el ser engañado por la mujer que ama profundamente (cf. vv. 21-26).

Pero la ira destructiva que se propone borrar a Israel de la historia y de su paso por el mundo, es solo el pensamiento fugaz de la cólera, tan lenta como Israel la ha podido experimentar a través de los siglos. Dios no deja de amar y este es el centro del mensaje que se concentra en la siguiente parte (cf. vv. 27-42).

Moisés nos permite ver la pasión de Dios por su pueblo: insensatos, carentes de juicio, incapaces de ser conscientes del actuar divino. Dios excusa a Israel a través de un ejercicio con la razón, que equilibra el deseo desbordado del sentimiento de cólera: primero, piensa que, si destruye a Israel, sus adversarios creerán que por su mano y no la divina, han vencido; segundo, como Israel carece de sensatez, esto no le permite apreciar el quehacer de Dios como es en realidad. Se trata de una justificación, de un perdón atemporal, porque el drama de Israel es no comprender lo que hace (cf. vv. 27-31). Y nosotros, ¿somos realmente conscientes del papel de Dios en nuestra historia? Acreeedores por nuestras nocivas faltas de diversas consecuencias, ¿percibimos la compasión que hace ligera una vida pisoteada por el peso de su propio pecado?

Israel, la viña, imagen que le ha servido como símbolo al pueblo en diversas ocasiones (cf. Is 5,1-7), no produce vino sino ponzoña, la dulzura de sus uvas ha transmutado en veneno (cf. vv. 32-33). No es la única vez que vemos este revés del pueblo de Dios. El continuo optar por el pecado, debería dejar al pueblo a su merced, librando a Dios de su responsabilidad salvífica. Sin embargo, el tiempo de la infidelidad se vuelve un simple recuerdo divino, porque el Dios que razona y sabe juzgar, excusa a su pueblo al

catalogarlo de insensato: se acerca un tiempo nuevo al entrar en la tierra de la promesa, un nuevo inicio, el del tiempo de la compasión (cf. vv. 34-36) para el Israel que no sabe comprender que Dios lo ama. ¿Nosotros comprendemos el amor que Dios nos regala?

Por amor, Dios no acepta dejar en la soledad a su pueblo que busca refugio en deidades inexistentes. Entonces, ante el peligro del desamparo, Dios revela al pueblo su nombre, como lo hizo con Moisés: «ahora miren: yo soy yo y no hay otro fuera de mí» (v. 39). La cólera de Dios ha cesado en el giro de una oración de desfogo, en el pequeño transcurrir de las estrofas de su decir, su cólera ha sido un «desgarrar», su compasión un «sanar». ¿Cómo percibimos desde la fe, nuestros tiempos de sufrimiento y nuestros tiempos de serenidad?

El tono de la oración de Dios, del decir de Dios, adquiere las características de un juramento: Dios protegerá al pueblo insensato, lo defenderá de sus enemigos, vestido como un guerrero, con el relámpago de su espada, con la justicia de su mano, con las flechas defensivas (cf. vv. 40-42).

La voz de Dios concluye y regresamos a la voz de Moisés a punto de morir. Moisés y su pueblo son testigos de algo que se volverá profesión de fe en la historia: la cólera de Dios ha durado un instante, pero su compasión vivirá eternamente, porque Él vive eternamente (cf. v. 40). La plegaria final de Moisés se transforma en una invitación universal a la alabanza (v. 43), porque Israel es muy pequeño para la inmensidad compasiva de su Dios. Todas las naciones son invitadas a reconocer al Dios amante de Israel, que lo cuida a

pesar de su continua infidelidad.

Ahora, Moisés puede subir al monte Nebo y morir en paz. Su oración, nacida en el temor por la necesidad histórica de Israel, deviene profunda confianza. Sí, Israel podrá traicionar, pero su

Roca, la Roca de Israel, Roca para todos, vencerá su cólera con la compasión. Dios siempre vencerá su cólera dejándose vencer por su compasión, porque «Él perdona a su tierra y a su pueblo» (v. 43). El futuro de Israel será la compasión de Dios.

Ahora, retoma el texto, léelo otra vez. Trata de tener más claridad sobre él. Puedes subrayar las palabras, frases u oraciones que más llaman tu atención, repítelas varias veces con tus mismos labios. Repetir ayuda a profundizar, a acoger mejor con la mente, con el corazón, lo que Dios quiere decirte. Incluso, puedes memorizar aquello que más te tocó. Pregúntate: **¿Qué ME o NOS dice el texto?** La meditación se trata de un acto de apropiación, de encarnación de la Palabra. Déjate alcanzar por la Palabra que Dios te está diciendo: examínate, cuestionate. A continuación, puedes escribir lo que te inspira Dios a través de esta Palabra en tu vida, en el momento concreto que pasas. Si no percibes algo para ti, pregúntate la razón. No siempre se puede descifrar todo y esto no debe frustrarnos: algunos pasajes bíblicos necesitan de más tiempo de reflexión, de otros días de meditación, piensa que la meditación es como el trabajo en un huerto, es cotidiano y exigente. La Lectio no puede encerrarse a una sola hora a la semana.

Además de lo anterior y a la luz de la oración de Moisés: ¿quién ha sido el Señor para mí? ¿Cómo puedo describir mi historia de vida con Dios? ¿Mi historia ha sido salvífica? ¿He atestiguado la mi-

sericordia de Dios? ¿El amor que me prodiga Dios me ha inspirado la fidelidad del amor hacia Él? Aprovecha las líneas para escribir:

5 Oramos (oratio u oración):

A partir de lo que hemos meditado, de las nuevas luces que sobre nuestra oscuridad ha arrojado la Palabra divina, elevemos nuestras propias palabras al Señor. Que también nuestra oración adquiera su propio carácter: la de la alabanza o la del lamento, la de la acción de gracias o la de la súplica, la del arrepentimiento o la de la promesa. Si se quiere, se puede hacer uso de las siguientes líneas para escribir a Dios una oración propia. **¿Qué le dices o decimos a Dios, a partir del texto?**

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación)

Un momento no muy conocido en el ejercicio de la Lectio Divina es este que, desde la antigüedad de los padres del desierto, se denominó con el término latino collatio. Si se realiza el ejercicio en pequeñas comunidades o grupos, es aconsejable observarlo. A continuación, se te explica su sentido. La pregunta es: **¿Qué le digo a mis hermanos a partir de lo que me ha dicho el Señor?**

Se practicaba en la antigüedad otro aspecto de la Lectio denominado collatio. En la Vita de san Antonio, escrita hacia el año 357, san Atanasio recuerda las palabras del abad del desierto para definir la collatio: «las Escrituras bastan por sí solas para nuestra formación, pero es bueno exhortarnos unos a otros en la fe y alentarnos con las palabras». Este momento existe, porque la Pa-

labra, Jesucristo, no puede ser encerrada en un único corazón. Jeremías describía esta incapacidad de callar la Palabra de Salvación en una imagen ígnea: «[...] me dije: no me acordaré de Él, no hablaré más en su nombre. Pero la sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos para contenerla y no podía» (20,8-9).

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación)

La Lectio Divina realmente no termina. El tiempo posterior a su ejercicio, los días y sus horas, son el momento especial para ver a Dios y hacer experiencia de lo que hemos recibido en esta Lectio. Dispongamos nuestro corazón para lo que tenga que decirnos en el tiempo sucesivo. Es recomendable que escribas en las líneas de abajo lo que percibes luego de hacer este ejercicio, cómo madura en ti esta Palabra con el paso de los días. Aprende a llevar un diario de lo que Dios cotidianamente entrega a tu escucha. **¿Qué rasgos de Dios presenta el texto?**

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

ANA, ENTRE EL LAMENTO Y LA ALABANZA

1 Antes de iniciar

Antes de comenzar este segundo encuentro con la Palabra de Dios, es sugerente la descripción que un estudioso, Mario Masini, ofrece en su obra *La Lectio Divina*, acerca de lo que ocurre cuando se realiza este ejercicio. El fragmento se puede leer entre las páginas XVI-XVII:

La Lectio Divina considera como su más ansiada meta guiar al encuentro con el Señor, el resucitado, el Verbo de Dios, el «Amado del alma» (Cantar 1,7). Y como en el Sacramento es la gracia del Espíritu la que permite el encuentro con él, así en la Lectio Divina es posible descubrir la Palabra en la palabra escrita por la gracia del mismo Espíritu. [...] El camino que lleva a cruzar el umbral, o sea, la palabra escrita, para adentrarse en la Palabra viva, constituye esa peregrinación del Espíritu que es la Lectio Divina. [...] Pero nadie ceda al equívoco de pensar que basta recorrer las etapas de la Lectio para llegar casi automáticamente al encuentro con la Palabra viva. Los anti-

guos maestros de la Lectio Divina enseñaron muchas verdades concernientes a la misma. Recordaré únicamente dos, ambas de fundamental importancia. En primer lugar, la realidad y también la precariedad del encuentro: «Dios me es testigo de que he visto muchas veces al “Esposo” acercarse a mí y estar conmigo. Pero de improvisto se alejaba y yo no conseguía encontrar a aquel que buscaba. Seguía, no obstante, deseando su retorno y Él volvía de cuando en cuando» (Orígenes). Y luego, la verdad siempre permanente del encuentro: «Cuando viene, el Esposo se recrea con la “esposa”, le habla, la lleva a recordar los dones que le ha otorgado y le

infunde un dulce e íntimo afecto, de suerte que no olvide los bienes que de él ha recibido y recuerde a aquel que se los ha dado. Si en efecto,

el Esposo habla a la esposa, no puede hablar sino de amor» (Hugo de san Víctor).

2 Iniciemos

Recuerda, antes de la proclamación de la Palabra de Dios, regalarte un momento de silencio para enfocar la concentración y despertar la habilidad de la escucha. Pasado este momento, se puede iniciar con las invocaciones antes de la proclamación de la Palabra.

Pedimos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, la oración compuesta por el fallecido cardenal Carlo Maria Martini, noto exégeta que se dedicó, en su ejercicio pastoral, a una predicación tocada profundamente por la espiritualidad bíblica:

Señor, te damos gracias
porque una vez más nos reúnes en tu presencia,
nos reúnes en tu nombre.

Señor, tú pones ante nosotros tu Palabra,
la que les inspiraste a los profetas.
Haz que nos acerquemos a ella con reverencia,
con atención, con humildad;
haz que no desperdiciemos esta Palabra,
sino que la recibamos con todo lo que ella nos
dice.

Sabemos que muchas veces nuestro corazón
es incapaz de comprender la sencillez de tu Pala-
bra.

Envíanos tu Espíritu para que podamos acogerla
con verdad, con sencillez;
para que transforme nuestra vida.

Haz, oh Señor, que no te opongamos resistencia,
que tu Palabra penetre en nosotros
como espada de dos filos.

Que nuestro corazón se abra a ella
y que nuestra mano no oponga resistencia;
que nuestro ojo no se cierre,
que nuestro oído no se distraiga en cosas,
sino que nos dediquemos totalmente a escuchar-
la. Amén.

3 Leemos (lectio o lectura):

Se dispone a la lectura de la Palabra de Dios. Si se hace en comunidad, conviene que la realice un buen lector. Al leer, recuérdese que no se trata de un libro como cualquier otro, sino de la Palabra con la cual Dios habla. Pidamos escuchar su voz mientras leemos su Palabra: ya desde la misma lectura se entra en el tiempo de la oración.

Para este segundo encuentro, escucharemos las primeras oraciones contenidas en 1Samuel 1,1—2,10, elevadas por una mujer, Ana, inspiradas tanto por su imposibilidad de ser madre como por su posterior embarazo. De nuevo, se presenta el texto tomado de la traducción de la Biblia de Nuestro Pueblo, recordando que también se puede seguir la versión de la Biblia que se posea:

¹ Había un hombre sufita, oriundo de Ramá, en la serranía de Efraín, llamado Elcaná, hijo de Yeroján, hijo de Elihú, hijo de Toju, hijo de Suf, efraimita. ² Tenía dos mujeres: una se llamaba Ana y la otra Feniná. Feniná tenía hijos y Ana no los tenía. ³ Aquel hombre solía subir todos los años desde su pueblo para adorar y ofrecer sacrificios al Señor Todopoderoso en Siló, donde estaban de sacerdotes del Señor los dos hijos de Elí: Jofní y Fineés. ⁴ Llegado el día de ofrecer el sacrificio, repartía raciones a su mujer Feniná para sus hijos e hijas, ⁵ mientras que a Ana le daba sólo una ración, y eso que la quería, pero el Señor la había hecho estéril. ⁶ Feniná, su rival, la insultaba burlándose de ella para mortificarla, porque el Señor la había hecho estéril.

⁷ Así sucedía año tras año; siempre que subían al templo del Señor, solía insultarla así. Una vez Ana

lloraba y no comía. ⁸ Y Elcaná, su marido, le dijo: —Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué te afliges? ¿No valgo yo para ti más que diez hijos? ⁹ Entonces, después de la comida en Siló, mientras el sacerdote Elí estaba sentado en su silla, junto a la puerta del templo del Señor, Ana se levantó, ¹⁰ y con el alma llena de amargura se puso a rezar al Señor, llorando desconsoladamente.

¹¹ Y añadió este voto:

—Señor Todopoderoso, si te fijas en la humillación de tu servidora y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu servidora y le das a tu servidora un hijo varón, se lo entrego al Señor de por vida y no pasará la navaja por su cabeza.

¹² Mientras ella rezaba y rezaba al Señor, Elí observaba sus labios. ¹³ Y como Ana oraba en silencio, y no se oía su voz aunque movía los labios, Elí la creyó borracha ¹⁴ y le dijo: —¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? Ve a que se te pase el efecto del vino. ¹⁵ Ana respondió: —No es así, señor. Soy una mujer que sufre. No he bebido vino ni licor, estaba desahogándome ante el Señor. ¹⁶ No creas que esta servidora tuya es una descarada; si he estado hablando hasta ahora, ha sido de pura congoja y aflicción. ¹⁷ Entonces Elí le dijo: —Vete en paz. Que el Dios de Israel te

conceda lo que le has pedido. ¹⁸ Ana respondió: —¡Que tu servidora pueda gozar siempre de tu favor! Luego se fue por su camino, comió y no parecía la de antes.

¹⁹ A la mañana siguiente madrugaron, adoraron al Señor y se volvieron. Llegados a su casa de Ramá, Elcaná se unió a su mujer Ana, y el Señor se acordó de ella. ²⁰ Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso de nombre Samuel, diciendo: —¡Al Señor se lo pedí!

²¹ Pasado un año, su marido, Elcaná, subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual al Señor y cumplir la promesa. ²² Ana se excusó para no subir, diciendo a su marido: —Cuando destete al niño, entonces lo llevaré para presentárselo al Señor y que se quede allí para siempre. ²³ Su marido, Elcaná, le respondió: —Haz lo que te parezca mejor; quédate hasta que lo destetes. Y que el Señor te conceda cumplir tu promesa. Ana se quedó en casa y crió a su hijo hasta que lo destetó.

²⁴ Entonces subió con él al templo del Señor de Siló, llevando un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino. ²⁵ Cuando mataron el novillo, Ana presentó el niño a Elí, ²⁶ diciendo: —Señor, por tu vida, yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti, rezando al Señor. ²⁷ Este niño es lo que yo pedía; el Señor me ha concedido mi petición. ²⁸ Por eso yo se lo cedo al Señor de por vida, para que sea suyo. Después se postraron ante el Señor. ²⁹ Y Ana rezó esta oración:

Mi corazón se regocija por el Señor,
en Dios me siento llena de fuerza,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque tu salvación me ha llenado de alegría.

² No hay santo como el Señor, no hay roca como nuestro Dios.

³ No multipliquen discursos arrogantes,

que la insolencia no les brote de la boca,
porque el Señor es un Dios que sabe, él es quien pesa las acciones.

⁴ Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se visten de valor;

⁵ los satisfechos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos se marchita.

⁶ El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta;

⁷ el Señor da la pobreza y la riqueza, humilla y enaltece.

⁸ Él levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono glorioso, porque del Señor son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el mundo.

⁹ Él protege los pasos de sus amigos
mientras los malvados perecen en las tinieblas
— porque el hombre no triunfa por su fuerza —.

¹⁰ El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da autoridad a su rey, exalta el poder de su Ungido.

¹¹ Ana volvió a su casa de Ramá, y el niño estaba al servicio del Señor, a las órdenes del sacerdote Elí.

La primera escena (vv. 7-9) nos pone ante la caracterización de Ana: contraria a Elcaná, de ella no sabemos sus orígenes, solamente que es estéril y que sufre. La clausura de su vientre la asume como forma de vivir: deja de comer, por aflicción o porque intenta realizar el ayuno preparativo de la súplica a Dios. Está dispuesta a todo con tal de ser escuchada por el Señor que produce la vida en «la apertura del vientre», como el texto hebreo suele decir. Ante el estado sufriente de su esposa, Elcaná reacciona, invitándola a satisfacerse del amor que él, como esposo, le prodiga. Es aquí, con la argucia del narrador, que el esposo deja de ser protagonista del relato: Ana es la clave de esta historia importante del libro, porque será la madre del profeta que ungirá a los primeros reyes de Israel.

Con Ana experimentando el peso de la no-vida en su vientre, insatisfecha de ser solo la mujer estéril y burlada, aparece la segunda y más larga escena (vv. 9-18). En el santuario donde sacrificaba su familia, Ana desafía su imposible, apelando al Dios que causa su esterilidad, para que produzca en ella la vida. La escena inicia luego de la comida en la que no sabemos si Ana ha hecho caso o no al consejo de su marido de comer.

Ana se levanta en el Santuario y usa su fisonomía interior de esterilidad y tristeza para expresar una oración, la primera en el relato. El narrador la describe «llorando intensamente», mientras que nos revela las palabras que desde su interior pronuncia a Dios, un voto en que lo invita a no desatender su situación de vulnerabilidad, a mirarla en su humillación, una breve oración de lamento con, al final, una promesa (1,11).

El lamento es oración típica de la espiritualidad hebrea. En esta se confronta a Dios a quien se le atribuye la causa de un particular sufrimiento y se le invita a que reaccione y salve con motivo de su compasión. Para constatar la importancia de lo que se pide, se hace uso del voto. Este implica activamente al orante que sufre, de modo que el Señor sepa que no se trata de un deseo fugaz y prescindible. Ana, de hecho, se compromete a devolver a Dios lo que de Él recibirá, como si fuese un préstamo: el hijo que ella pide, si viene de la voluntad divina, será el don recibido del «Señor de los ejércitos», título con el cual inicia este pequeño lamento, y le pertenecerá siempre a Él. Por eso, como gesto de su consagración, «la navaja nunca pasará por su cabeza».

Mientras los lectores escuchamos las palabras de Ana, nos sorprendemos al saber, según los vv. 12-13, que se trataba de una acción mental. El narrador nos ha revelado la oración interior de Ana, dejándonos conocer sus palabras. Este tipo de acciones definen al narrador como «omnisciente», capaz de penetrar en el secreto de la conciencia. Las mujeres, de hecho, no podían elevar sus oraciones en voz alta en los santuarios. Son los hombres, los esposos, los jefes de casa, que conceden a sus familias lo necesario para ofrecer en el sacrificio y solo a ellos parecen pertenecer las intenciones de las oraciones.

Con lo anterior, el narrador está dando peso al ímpetu de la súplica interior de Ana: mueve sus labios, ella no se da cuenta, pero de su boca no se emite algún sonido. La intensidad de su lamento y de su súplica la desborda hasta hacer que su cuerpo vibre según la armonía de su situación. ¿Y nuestro cuerpo, percibe los sentimien-

tos que expresan nuestras oraciones? ¿Cómo describes tu oración, por ejemplo, en medio de la angustia, de la aflicción y de lo imposible?

Elí, el sacerdote, presencia la escena de una mujer que, luego de la cena, suplica moviendo los labios sin emitir la voz; él, a diferencia de nosotros los lectores, no conoce el drama de la mujer y solo puede pensar que esté ebria. Por esto, la invita a retirarse. Ana se revela ante quien la juzga como borracha: la oración, ahora, se vuelve explicación. Ella es una mujer que sufre y su oración no consiste en el desfogue posibilitado por el licor, sino en la catarsis de una oración de lamento. Ana se reconoce vulnerable, acongojada y afligida, con unos labios alcanzados por la fuerza de su súplica: «si he estado hablando hasta ahora, ha sido de pura congoja y aflicción».

La escena central del relato concluye con la comprensión del sacerdote Elí, que invita a la maltratada, burlada y estéril Ana a confiar en su súplica. Además, Elí desea que el Dios de Israel le conceda «gracia», el motivo de su oración y el significado de su nombre de mujer. La oración es el momento más elevado y potente de la palabra humana, con fuerza transformadora. Cuando la oración de uno se vuelve la de otro, cuando dos cuerpos diferentes oran, la una desde el sufrimiento, el otro desde la compasión, la palabra adquiere su forma más eficaz: Elí desea que Ana sea escuchada (v.17). ¿Descubrimos que la oración es un acto de resistencia ante las imposibilidades que afronta nuestra vida? ¿Hemos hecho uso de la oración de lamento como reclamo de la presencia que alivia el maltrato de la vulnerabilidad? Cuando oramos por otros, ¿oramos asumiendo sus motivos como si fueran propios, con

tal intensidad?

La escena concluye exponiendo la confianza de Ana a la mano tendida del sacerdote de Siló. La comunión de esta oración alcanza su propósito porque el v. 18 indica que algo ha cambiado: Ana regresa y ahora acepta el alimento y come. De esta forma se resuelve el nudo del relato: el Dios que causaba la esterilidad ahora provocará, en la siguiente escena, la vida.

La nueva escena del relato, la tercera (1,19-20), expresa la confianza asumida luego de la oración de lamento y del encuentro con Elí. El narrador ayuda a comprender la situación de cambio a través de la indicación del cambio de día, un nuevo día para Ana que vive como si la vida la poseyera. De la oración del lamento se pasa a aquella de la adoración. En la mañana, la familia adora al Señor antes de regresar de su peregrinación. Al regresar, Ana, la protagonista, se une a Elcaná. El narrador dice: «Y el Señor se acordó de ella».

Como se desprende del pasaje, la oración siembra un recuerdo en el Señor, moviéndolo hacia la compasión, revelando lo esencial de la plegaria para el vivir. Ana concibe un hijo y el nombre que decide darle es el concepto que bien resume este relato: la etimología de «Samuel» indica el acto de la escucha, la escucha del Señor, mientras que la exclamación final de Ana, «¡Al Señor se lo pedí!», señala el propósito de su nombre de mujer, un nombre cuya etimología remonta a los conceptos de «gracia» y de «favor», el aspecto más importante que buscó su personaje en el relato. «Ana» es la pregunta (súplica) a Dios por la «gracia» de ser madre; «Samuel» es la «escucha»

ELÍAS Y LA **ORACIÓN** EN LA **SOLEDAD**

1 *Antes de iniciar*

Antes de iniciar este tercer encuentro con la Palabra de Dios, reflexionaremos acerca del propósito de la meditación (meditatio). En la cultura hebrea, la palabra hāgâ traduce desde el «susurrar», el «pronunciar», el «gemir», hasta nuestro «meditar». A la base se encuentra el movimiento de los labios que se abren o se cierran según las palabras pronunciadas.

La Torá, denominación que los hebreos dan no sólo a los cinco primeros libros de la Biblia que contienen la Ley sino, en general, a la enseñanza de YHWH, se vuelve parte de la persona que la bisbisea con su boca, como si se tratara de sus propias palabras. La Torá va entrando en el corazón de quien la susurra hasta hacerla suya, como los labios o la boca que se deleitan masticando un alimento excepcional. El movimiento de la hāgâ implica, en definitiva, la proclamación y la escucha: el hombre dice la Torá con sus labios y la escucha con sus oídos. Se trata de un camino de apropiación.

Desde el Sal 1, meditar la Torá, hacerla propia musitándola con los propios labios, implica devenir ella misma, ser Torá. Si la Torá es «Ley», luego, cumplirla significa actuar rectamente o ser justo. En otras palabras, es la meditación de la Torá lo que constituye en el hombre la justicia. De allí lo esencial e imprescindible de la meditación, pues va mucho más allá de un ejercicio de la mente. Leemos en Col 3,16: «La Palabra de Cristo habite en vosotros en toda su riqueza». El propósito de la Lectio es llevar la Palabra a su plenitud, como sucede con Cristo, Palabra del Padre que habita y se gesta en María hasta que ella lo da a luz. Con

la meditación aprendemos y gustamos la completa presencia de Cristo en nosotros. En consecuencia, la Lectio no busca simplemente leer la Palabra, sino gestarla; en otras palabras, lo que realmente une a Dios no es leer la Palabra sino cumplirla. La Palabra, más que en los libros, está en el corazón de quienes la practican (cf. Sal

40,7-9). La Palabra se puede conocer leyendo el libro, pero mucho más viendo a alguien que la pone en práctica. Por tanto, en último término, la Lectio Divina es un proceso paulatino de apropiación, o en un término más querido por los cristianos de todos los tiempos, es un camino de encarnación.

2 *Iniciemos*

Dispón tu corazón antes de la proclamación de la Palabra. Piensa que vas a recibir un regalo único que se aprecia mejor en el silencio de la escucha. Pide al Señor la gracia de saberlo acoger y ábrete a la voluntad que Él te manifieste, a través de una actitud confiada.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, la Oración de Abandono escrita por san Charles de Foucauld, pensando que el éxito de nuestra Lectio es abrirnos con confianza al querer del Señor:

Padre,
me pongo en tus manos.
¡Haz de mí lo que quieras!
Sea lo que sea,
te doy las gracias,
Lo acepto todo,
con tal que tu voluntad

se cumpla en mí
y en todas tus criaturas.
¡No deseo nada más, Padre!
Pongo mi vida en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú
eres mi Padre.
3. Leemos (Lectio o lectura):

3 Leemos (lectio o lectura)

Recuerda: ya estamos en oración mientras escuchamos la Palabra de Dios y, si se hace en comunidad, debe proclamarla un buen lector. Mientras escuchas, intenta descubrir el tesoro oculto que hay en esta Palabra para ti, procurando responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Para este tercer encuentro, reflexionaremos en torno al pasaje de 1 Reyes 18,1-39, introduciendo la figura de un paradigmático profeta de Israel, Elías, en cuya misión aparece su oración, permitiéndonos asomar al panorama interior de su vida espiritual. El texto es tomado de la traducción de la Biblia de Nuestro Pueblo. Recuerda que puedes seguir la versión de tu Biblia:

1 Pasó mucho tiempo. El año tercero dirigió el Señor la palabra a Elías:

—Preséntate a Ajab, que voy a mandar lluvia a la tierra.

2 Elías se puso en camino para presentarse a Ajab. El hambre apretaba en Samaría, 3 y Ajab llamó a Abdías, mayordomo de palacio —Abdías era muy religioso, 4 y cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor, él recogió a cien profetas y los escondió en dos cuevas en grupos de cincuenta, proporcionándoles comida y bebida—, 5 y le dijo: —Vamos a recorrer el país, a ver todos los manantiales y arroyos; a lo mejor encontramos pasto para conservar la vida a caballos y mulos sin que tengamos que sacrificar el ganado.

6 Se dividieron el país: Ajab se fue por su lado y Abdías por el suyo.

7 Y cuando Abdías iba de camino, Elías le salió al encuentro. Al reconocerlo, Abdías cayó rostro en

tierra y le dijo: —Pero, ¿eres tú, Elías, mi señor? 8 Elías respondió: —Sí. Ve a decirle a tu amo que Elías está aquí. 9 Abdías respondió: — ¿Qué pecado he cometido para que me entregues a Ajab y me mate? 10 ¡Por la vida del Señor, tu Dios! No hay país ni reino adonde mi amo no haya enviado gente a buscarte, y cuando le respondían que no estabas, hacía jurar al reino o al país que no te habían encontrado. 11 ¡Y ahora tú me mandas que vaya a decirle a mi amo que aquí está Elías! 12 Cuando yo me separe de ti, el Espíritu del Señor te llevará no sé dónde: yo informo a Ajab, pero luego no te encuentra, y me mata. Y tu servidor respeta al Señor desde joven. 13 ¿No te han contado lo que hice cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor? Escondí dos grupos de cincuenta en dos cuevas y les proporcioné comida y bebida. 14 ¡Y ahora tú me mandas que vaya a decirle a mi amo que Elías está aquí! ¡Me matará! 15 Elías respondió: —¡Por la vida del Señor Todopoderoso, a quien sirvo! Hoy me va a ver. 16 Entonces Abdías fue en busca de Ajab y se lo dijo.

Ajab marchó al encuentro de Elías, 17 y al verlo le dijo: —¿Eres tú, ruina de Israel? 18 Elías le contestó: —¡No soy yo el que traigo la desgracia a Israel, sino tú y tu familia, porque han abandonado al Señor y te has ido detrás de los baales! 19 Ahora

manda que se reúna en torno a mí todo Israel en el monte Carmelo, con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, comensales de Jezabel. 20 Ajab despachó órdenes a todo Israel, y los profetas se reunieron en el monte Carmelo.

21 Elías se acercó a la gente y dijo: —¿Hasta cuándo van a caminar con muletas? Si el Señor es el verdadero Dios, síganlo; si lo es Baal, sigan a Baal. La gente no respondió una palabra. 22 Entonces Elías les dijo: —He quedado yo solo como profeta del Señor, mientras que los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. 23 Que nos den dos novillos: ustedes elijan uno, que lo descuarticen y lo pongan sobre la leña sin prenderle fuego; yo prepararé el otro novillo y lo pondré sobre la leña sin prenderle fuego. 24 Ustedes invocarán a su dios y yo invocaré al Señor, y el dios que responda enviando fuego, ese es el Dios verdadero. Toda la gente asintió:

—¡Buena idea!

25 Elías dijo a los profetas de Baal: —Elijan un novillo y prepárenlo ustedes primero, porque son más. Luego invoquen a su dios, pero sin encender el fuego. 26 Agarraron el novillo que les dieron, lo prepararon y estuvieron invocando a Baal desde la mañana hasta mediodía: —¡Baal, respóndenos! Pero no se oía una voz ni una respuesta, mientras danzaban alrededor del altar que habían hecho. 27 Al mediodía, Elías empezó a reírse de ellos: —¡Griten más fuerte! Baal es un dios, pero estará meditando, o bien ocupado, o estará de viaje. ¡A lo mejor está durmiendo y se despierta! 28 Entonces gritaron más fuerte, y se hicieron cortaduras, según su costumbre, con cuchillos y punzones, hasta chorrear sangre por todo el cuerpo. 29 Pasado el mediodía, entraron en trance, y así estuvieron hasta la hora de la ofrenda. Pero no se oía una voz, ni una palabra, ni

una respuesta.

30 Entonces Elías dijo a la gente: —¡Acérquense! Se acercaron todos, y él reconstruyó el altar del Señor, que estaba demolido: 31 tomó doce piedras, una por cada tribu de Jacob a quien el Señor había dicho: Te llamarás Israel; 32 con las piedras levantó un altar en honor del Señor, hizo una zanja alrededor del altar, como para sembrar dos medidas de semillas, 33 apiló la leña, descuartizó el novillo, lo puso sobre la leña 34 y dijo: —Llenen cuatro cántaros de agua y derrámenla sobre la víctima y la leña. Luego dijo: —¡Otra vez! Y lo hicieron otra vez. Añadió: —¡Otra vez! Y lo repitieron por tercera vez. 35 El agua corrió alrededor del altar, e incluso la zanja se llenó de agua. 36 Llegada la hora de la ofrenda, el profeta Elías se acercó y oró:

— ¡Señor, Dios de Abrahán, Isaac e Israel!

Que se vea hoy que tú eres el Dios de Israel y yo tu siervo,

que he hecho esto por orden tuya.

37 Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, Señor, eres el Dios verdadero y que eres tú quien les cambiará el corazón.

38 Entonces el Señor envió un rayo, que abrasó la víctima, la leña, las piedras y el polvo, y secó el agua de la zanja. 39 Al verlo, cayeron todos, exclamando: — ¡El Señor es el Dios verdadero! ¡El Señor es el Dios verdadero!

Abdías a Elías nos pone ante una figura profética que evoca a Dios mismo. Vemos que Abdías hace lo que cualquiera ante Dios: cae rostro en tierra. En el profeta se revela Dios, lo humano logra reenviar a lo divino, porque lo humano, lo verdaderamente humano y humanizante es el icono, la imagen de Dios.

Y como uno revela la condición del otro, también Elías revela una situación de Abdías: Elías es Señor de Abdías, pero también Abdías es siervo de otro señor, de un amo, un rey que representa un nombre que también significa «señor, amo», es decir, «Baal». Estamos entre Dios y el ídolo. Abdías acepta esta doble realidad: su Señor es YHWH pero su señor también es su rey como se desprende del v. 10: «vive el Señor, tu Dios, no hay país ni reino adonde mi amo no haya enviado gente a buscarte» (1Re 18,10).

Abdías es el modelo de otra forma de profetismo: en la paradoja, se hace pasar por siervo del siervo de Baal; pero, desde el silencio, sigue sirviendo a YHWH y salva a otros como Dios ha hecho con Elías (cf. vv. 12-15). Ahora, para Abdías, aparece una misión y, aceptarla, significará poner en riesgo la vida que tanto ha intentado proteger. ¿Puede confiar? El reino del terror con sus amenazas y asechanzas es, evidentemente, más real que el reino de la confianza. También para nosotros esta tensión entre la fe y la vida: ¿podemos confiar? Evoquemos a Jesucristo en Mt 10,39 que, traducido a la letra, dice: «el que encuentre su vida la destruirá, pero quien destruya su vida por mi causa, la encontrará». Para vivir hay que exponer la vida confiando en Aquel que así lo pide. Y eso ha sucedido con Abdías: el encuentro con el «Hombre de Dios», Elías, le dio al

«siervo de Dios», Abdías, la valía para completar su servicio exclusivo al Señor.

En la segunda escena (vv. 16-20), al salir a decir a su otro amo, a Ajab, el recado de Elías, Abdías no solo puso en riesgo su vida que había intentado proteger, escondiendo que fuera el «siervo de YHWH», sino que, además, confiando en la misión que le encomendó Elías, Abdías se hizo siervo de este hombre cuyo Dios es YHWH. Y, contrario al orden del poder de Ajab, exponerse como «siervo de Dios», confiar en Dios, tuvo como resultado para Abdías, «vivir».

Este es el misterio de la confianza que nos pide a todos el Reino: confiar cuando todo se opone a nosotros, confiar a pesar de la ausencia de razones, sentimientos o circunstancias que refuercen nuestra credulidad. Para decir «confianza» y «fe», el latín usa la misma palabra, «fides». Para decir «fidelidad», el latín parte del concepto «fidelitas». No se puede ser «fiel» sin la confianza, la cual consiste, en palabras simples, en el ejercicio de la fe. ¿Podrían deberse los problemas que debilitan nuestra identidad de cristianos a la ausencia de confianza, al pobre ejercicio de la fe? Por ejemplo, en el caso de un ministro ordenado, ¿qué resulta de un obediente, pobre y célibe sacerdote sin confianza, sin ejercicio de la fe?

Abdías confía y desaparece de la escena narrativa, viviendo. No sabremos más de él. Abdías seguirá sirviendo a los profetas de YHWH en el silencio de la narración. Servir en el silencio es acto que el Evangelio aconsejará: «que no conozca tu izquierda lo que hace tu derecha» (Mt 6,3). Ajab, el rey potente que amenaza la vida, ahora acoge a Abdías como mensajero de quien

sí es Potente porque no sólo protege la vida, sino que además y, con certeza, vive. ¡Vive el Señor! (cf. 1Re, 18,14).

De otro lado, cuando el rey encuentra a Elías, lo culpa de la desgracia de Israel, ignorando su responsabilidad en la sequía de su tierra. Nos encuadramos ante el problema del reconocimiento del mal, el cual estriba en no entender la sequía de la tierra de Israel como instrumento que busca producir el examen de conciencia y mover al posterior arrepentimiento y cambio.

El sufrimiento que vive Israel, pese a su ausencia de sentido, es pedagogía para reconocer el mal y ponerle un límite, como la mujer que al perder el hijo, grita, llora, poniendo en el desahogo el límite al mal que le hace daño. Pensadores griegos como Esquilo en el Agamenón, decían: πάθει μάθος («en el sufrimiento una lección», «el que sufre es el que aprende»). Tal concepto recuerda al proverbio español: «para aprender, perder». En Hebreos 5,7-9 se dice que Cristo «aprendió, sufriendo». Elías debe, por tanto, revelar a Ajab su pecado: la sequía fue tiempo para tomar conciencia, camino que debía ayudar a afrontar la culpa y guiar hacia la oferta de gracia, para que la tierra volviera a ser fecunda, pero el rey, ¿aceptará su culpa?

En la tercera escena (18, 21-24), Elías arrincona a un pueblo, Israel, que está entre el Dios y el ídolo, invitándolo a no renguear más, a tomar una decisión y a vivir de ella consecuentemente. A nosotros un poco de lo mismo: revisando nuestra historia, ¿sabemos si estamos siguiendo a Dios? ¿O estamos entre el ídolo y el Dios? ¿O sólo estamos con el ídolo? Con todo, Elías también comete un

error que casi le costará, en el futuro, su vida: piensa que se ha quedado solo y se interna en el drama de la soledad, actitud a veces característica de todo aquel que pretende hacer las cosas bien, creyendo que no hay otro u otros que colmen esta medida. La escena se seguirá desarrollando pese a este pormenor.

La cuarta escena inicia con los ritos de los profetas baálicos (vv. 25-29). Los gestos de los sacerdotes entrarán en contraste con aquellos de Elías. En número, los sacerdotes preparan el novillo, invocan a su dios durante toda la mañana, danzan, gritan, derraman la propia sangre de su cuerpo y entran en trance usando parte del tiempo de la tarde. No obstante, Baal no responde. Este es el rasgo de los ídolos: no hablan, no oyen, no saben la Palabra.

El Salmo 135,15-18, dice: «15 Los ídolos de los paganos son plata y oro, hechura de manos humanas: 16 tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, 17 tienen oídos y no oyen, tienen nariz y no respiran. 18 Sean como ellos los que los hacen, cuantos confían en ellos». Esta es la razón peligrosa en la cual se encuentra el Pueblo de Israel, ellos devienen ídolo con el ídolo y, su profeta, está entre ellos y Dios. Quien fabrica ídolos ya no escucha, aunque tiene oídos, ya no ve, aunque tiene ojos. ¿Quién de nosotros está ya así? ¿Quién de nosotros ya no ve, ya no escucha? Dejemos de renguear entre los ídolos. Elías reconstruirá a su pueblo, en un gesto, en un sacrificio imposible frente a los 450 profetas de Baal.

La última escena (vv. 30-39) contiene el sacrificio y la oración de Elías. El sacrificio se propone como un imposible: el fuego no sólo deberá con-

sumir la víctima sino una víctima humedecida, inundada en el agua para probar que sólo Uno, es quebrantador de los imposibles. Elías se presenta orando a Dios (vv. 36-37) a la manera de una apelación y no de una imposición, dejándolo todo al plano de la posibilidad, pero una posibilidad que de no realizarse pondría a YHWH en igualdad de términos con el fracaso de Baal. La oración tiene particularidades: no es Dios de «Abraham, Isaac y Jacob», sino de «Abraham, Isaac e Israel»; es vehemente en tanto que pide, una y otra vez, una respuesta y otorga a Dios el reconocimiento de que únicamente Él puede cambiar el corazón.

El pueblo necesita un signo diferente a la sequía para concluir su camino de conversión y pasar de la injusticia al estado de justicia, puesto que lo que se merecen los culpables no son penas, sino volver a ser justos. El signo externo reactivará la fe desde adentro, desde el corazón: Israel volverá a escuchar porque las palabras del profeta se revelan en su forma más potente, es decir, en la oración que confía.

En este capítulo 18 de 1 Reyes, Dios reconstruye la fe de Israel ¿Cómo? Con la Palabra. Estamos ante un nuevo Éxodo: la tierra era desierto por la sentencia del profeta y, estando allí, Dios habla, de nuevo. Observemos que quien dirige todo es Elías, mientras que los profetas de Baal, bailan, gritan se desangran en una especie de rito que depende sólo de ellos y se cierra sobre ellos como la sangre sobre su cuerpo, pero Baal permanece en silencio. En cambio, Elías construye el altar, un rito abierto a Dios y una oración que pone todo en las manos de Dios, una plegaria de abandono.

Aquí aparece Dios como un guerrero, luchando con el fuego que abrasa la víctima. Dios vence la incredulidad. En la cima del Carmelo, la montaña cambia, es otra: si vence Dios, vencen los hombres. Vence el Dios presente mientras el pueblo es reconstruido en un altar con 12 piedras. Vence el Dios presente escuchando la súplica del profeta. El pueblo es vencido por Dios probándole que YHWH no es un ídolo como Baal, Él escucha y, por eso, el pueblo puede llamarse, de nuevo, «Israel», sustantivo que apela a la victoria y a la fuerza de YHWH. En esta Lectio Divina, ¿estamos luchando para obtener de Dios la bendición? ¿nos estamos dejando vencer por Dios?

Finaliza la narración pasando del silencio de Israel a su aclamación de fe: «¡El Señor es el Dios verdadero! ¡El Señor es el Dios verdadero!». Observemos cómo todo queda contenido en el nombre del profeta: «Elías» significa «mi Dios es YHWH» y el pueblo aclama «YHWH es Dios». Profesamos a Dios a través del nombre del hombre con el cual han vuelto a Dios. El ídolo desaparece en su silencio: los profetas baálicos gritaban, no hablaban. Dios aparece en el fuego que escucha la oración del profeta. La oración hace ver a YHWH. Y tu oración, ¿te muestra a Dios?

Puedes hacer uso de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. ¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto? Aprovecha las líneas para escribir:

ELÍAS Y LA ORACIÓN, EN EL DESIERTO Y LA MONTAÑA

1 Antes de iniciar

Antes de comenzar este segundo encuentro con la Palabra de Dios, es sugerente la descripción que un estudioso, Mario Masini, ofrece en su obra *La Lectio Divina*, acerca de lo que ocurre cuando se realiza este ejercicio. El fragmento se puede leer entre las páginas XVI-XVII:

Profundicemos, una vez más, sobre el ejercicio de la meditación (*meditatio*). Entre los primeros maestros de la *Lectio Divina* encontramos a san Antonio abad, quien definió su vida espiritual en la dedicación plena a esta. Para él, la meditación se puede comprender desde el vocablo griego *filologeo*, que podríamos traducir con «amar la Palabra» y, por consiguiente, quien la practica es el «amante de la Palabra», el *filologos*, término que aplicaba a sus monjes.

Encontramos este amor por la Palabra en otro maestro del s. IV, san Efrén (306-373). Él, como muchos de nosotros, hallaba en las Sagradas Es-

crituras una fuente inagotable: nunca llegaremos a obtener cada gota por más que bebamos de sus aguas. Esta concepción «inagotable» no debe ser para el orante un motivo que le produzca, paradójicamente, agotamiento o frustración, debido a la imposibilidad de poseerla en su totalidad. Por lo contrario, es inagotable para poder suscitar el continuo deseo de volver a beberla. De esto se desprende que el tiempo de la meditación sea el tiempo del amor y del deseo.

Junto a lo anterior, si comprendemos el término «Palabra» a la luz de los textos joánicos, la fuente inagotable se trataría de quien fue presentado,

primero, como el «Logos», que ha estado siempre con el Padre y conoce su voluntad y, segundo, como el agua que calma la sed del hombre (cf. Jn 4,10-14). Jesús es la fuente que busca todo aquel que se ejercita en la meditación, para saciarse de Él, especialmente en los momentos de aridez existencial.

En el s. XVI, San Juan de la Cruz que, como muchos, experimentó la aridez en el dolor, el ais-

lamiento y el maltrato, decía: «¡qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche!». Especialmente es, «en la noche», en la dificultad, en la incomprensión, en el sufrimiento, cuando este místico encontró la presencia inacabable de Dios. En esta línea, la *Lectio Divina* halla su tiempo favorable en la «noche» de todo orante, pues la Palabra, Jesucristo, brinda, especialmente allí, su presencia compasiva y consoladora.

2 Iniciemos

Dispón tu corazón antes de la proclamación de la Palabra. Piensa que Dios mismo te está regalando el don de su Palabra. Pide, además, que te de la gracia de saberlo escuchar con confianza.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, esta oración de san John Henry Newman, escrita el 16 de junio de 1833:

Guíame, Luz amable, entre tanta tiniebla espesa,
¡llévame Tú!

Estoy lejos de casa, es noche prieta y densa,
¡llévame Tú!

Guarda mis pasos; no pido ver confines ni horizontes,
solo un paso me basta.

Yo antes no era así,
jamás pensé en que Tú me llevaras.

Decidía, escogía, agitado; pero ahora
¡llévame Tú!

Yo amaba el lustre fascinante de la vida

y, aun temiendo, sedujo mi alma el amor propio:
no guardes cuentas del pasado.

Si me has librado ahora con tu amor,
es que tu luz me seguirá guiando,
entre páramos barrizos, cárcavas y breñales,
hasta que la noche huya y, con el alba,
estalle la sonrisa de los ángeles,

la que perdí,
la que anhelo desde siempre.

4 *Meditamos (meditatio o meditación)*

Algunos elementos de la siguiente reflexión pueden ayudarte, pero recuerda que este escrito no sustituye tu ejercicio de meditación personal.

En el Monte Carmelo, Dios se presentó con un elemento típico de la teofanía sobre el Horeb/Sinaí (cf. 1Re 18), de modo que la montaña devino lugar del signo, de la Palabra hecha elemento natural, de la presencia del invisible sobre un altar llamado Israel. Entonces, con el fuego, el Carmelo se transfiguró también en Horeb/Sinaí: el fuego es elemento indefinible, no se puede asir; es elemento destructivo y, al mismo tiempo vital. El fuego es un buen símbolo de Dios que calentaba las noches de los años y años de Israel en el desierto. Estamos en un camino de liberación: ¿percibimos que nuestro ejercicio de la Lectio Divina así lo sea?

Démonos cuenta que lo que hizo Elías en el monte Carmelo es devolver el corazón de Israel a la fe en el Señor. Dice el Dt 6,3-6: «3 Escucha, pues, oh Israel, y cuida de hacerlo, para que te vaya bien y te multipliques en gran manera, en una tierra que mana leche y miel, tal como el SEÑOR, el Dios de tus padres, te ha prometido. 4 Escucha, oh Israel, YHWH es nuestro Dios, el SEÑOR uno es. 5 Amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu vida y con toda tu fuerza. 6 Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón». ¿Qué o a quién seguimos? ¿Qué o quién determina nuestras mañanas y noches? ¿Qué o quién se roba nuestra atención? ¿A qué o a quién le dedicamos nuestro

tiempo, nuestro pensamiento, nuestras fuerzas, nuestro corazón? ¿Cuál es la voz que resuena más en nosotros?

En los primeros dos versículos de 1Re 19, sucede la exposición del nudo a resolver. El rey no parece tener poder: funge como mensajero de una reina que ahora se presenta dueña de la vida y pretende disponer de la vida del profeta. El narrador introduce una nueva crisis concentrada únicamente en el profeta. Elías, por llevar a cabo la voluntad de Dios, ahora está en riesgo.

La reina, ya no Baal, tampoco Elías, toma las decisiones y controla los eventos. De hecho, la reina hace juramento solemne en nombre de sus dioses que son ídolos. Es la arrogancia de aquella que tiene poder y cree que puede todo sin ser quien todo lo puede. Este es un dato común a lo largo de las Sagradas Escrituras. Por ejemplo, David, desde su estatus real, abusó y asesinó, cuando, al principio, Dios lo había encontrado inocente en su corazón para elegirlo rey. El poder es corrosivo y, todos nosotros, en un momento de la vida, lo recibimos, no importa si nuestro corazón haya sido bueno. ¿Qué modelo de poder pretendemos? ¿El de Jezabel que impone ídolos y asesina profetas? ¿El de Jesucristo que lava los pies de los traidores? E, introduciendo la cuestión del poder de la reina, se

presenta así la inapelable sentencia de muerte. Un poder que conduce a la muerte. Hasta aquí la exposición del relato.

Como consecuencia de lo anterior, la primera escena (vv. 3-8) describe las acciones del profeta Elías con especial dramatismo. Elías «ve» o «teme», dos significados posibles de la forma verbal hebrea que se lee como su primera acción. Algunas biblias traducen «temió», otras, «vio». ¿Cuál escoger? La experiencia del «ver» en el mundo hebreo coincide con la del «experimentar», por lo que puede traducirse también como «evaluar, examinar» y, por tanto, sentir lo que se ve, ver y sentirse implicado en el objeto de la visión. Elías ve el miedo, lo experimenta, e inicia a vivir de lo que el miedo es. El que le decía a la viuda «no temas» (cf. 1Re 17,13), ahora teme.

Este «hombre de Dios» parece olvidar que su vida no debe depender de los factores externos que producen el temor que ve, pues sólo Dios hace vivir. Parece olvidar, además, que si es profeta debe esperar el «decir de Dios», la Palabra divina que lo invita a «ir», a «moverse», en último término a «confiar». Pero no escuchamos de Dios ninguna voz, una orden, una misión. El «ir» de Elías no es un «ir» nacido de la voluntad de Dios: cuando el movimiento no nace del impulso de lo Alto, del Padre de quien depende la vida, nuestro «ir» deviene un «huir» por el impulso del temor.

Además, lo que para Elías comienza como huida para salvar la vida, se convierte en viaje hacia Berseba de Judá, el sur, hacia abajo, hacia el yermo, lugar de la soledad, espacio caótico que puede deshacer el orden de la vida hasta hacerla morir. ¡De la montaña del Carmelo al yermo de

Berseba! Pero es yermo que siempre esconde la vida.

La decisión de estar solo (Elías dejó a su criado) revela tanto el estado de ánimo del profeta como su orientación hacia la muerte, de la cual la soledad es su signo más eficaz y elocuente. A esto se suma que, si fue condenado a muerte, el profeta debía evitar estar con otros para que no sufrieran su posible destino; de otro lado, los otros podían ser, también, amenaza para su vida, pues movidos por el miedo al poder de la reina, terminarían por congratularse con ella, traicionando al profeta. La soledad no es sólo opción, en este caso se torna imposición.

Y mientras Elías se interna solo en el yermo, contemplamos la paradoja: había huido para salvar la vida y, sin embargo, entra en un espacio de muerte y hace de este su cama. La muerte lo amenaza y lo sigue, la muerte lo atiende. Era profeta del Dios vivo, del Dios que vive, pero ahora es un hombre que desfallece ante el Dios viviente.

El miedo que ha funcionado como fuerza gravitacional para atraerlo hacia el lugar de muerte, trabaja para Elías, como lo hace con nosotros, como distorsión de la realidad. La realidad es que, si el afligido confía e invoca al Señor, Él lo escucha (cf. Sal 34,5.7). Sin embargo, el temor debilita la confianza haciendo que solo prime la violencia de la realidad. El miedo presenta, en último término, la realidad en su forma más violenta de manera que, por donde se mire, todo parece sin salida.

¡Muerte!

Observemos la fuerza gravitacional de la muerte en esta narración: el profeta, solo y con miedo, se adentra en el sur, en Beserba; el polvo de la muerte lo atrae, se sienta bajo la retama y se desea el fin. La traducción literal del «¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida!», sería: «¡Es demasiado ahora! ¡toma la vida!». ¿No es esto lo que a veces sentimos? ¿No nos supera muchas veces lo que vivimos? ¿No decimos también nosotros, «es demasiado», «basta»?

«¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida!»: esta fuerte expresión de Elías, expresión límite, contiene una luz cuando se mira como lo que es: oración, plegaria, lamento judío que busca recrear la esperanza desahogando el mal, poniéndole límite al dolor que ocasiona el miedo. Ante la muerte, la palabra más potente, la de la oración y oración de lamento.

Elías no se quita la vida: pide al vivificador que la concluya de una manera singular. La palabra hebrea por «quitar» es un verbo usado en los contextos rituales cuando se «toma», por ejemplo, el animal para llevarlo al sacrificio. Es un verbo que usa Dios en Génesis 22,2 para pedirle a un padre que «tome» a su hijo, a su hijo único, al hijo que ama, a Isaac. Y Abraham «tomará» al hijo para el sacrificio. Observemos que la expresión de Elías abre una brecha en el muro de la muerte: desprecia su vivir, pero no se quita la vida; pide que su vida sea tomada como un sacrificio y lo será, no ahora, sino al momento de terminar su camino en esta tierra, cuando será envuelto por un torbellino de fuego y elevado como una víctima pura, sacrificada al Dios vivo (cf. 2Re 2,11).

Elías coloca su vida en las manos de Aquel, el único que puede tomarla. Esto nos reenvía al crucificado de Lucas que, ante la muerte, ora, poniendo en las manos del Padre su Espíritu. Esta oración también abre una brecha en la muerte haciendo brotar de ella vida (cf. Lc 23,46). Ahora, Elías duerme. El dormir puede entenderse como huida de la realidad que se ha tornado insostenible (recordemos a los discípulos que duermen a causa de la tristeza según Lc 22,45). Elías no es capaz de aceptar que su destino esté en manos de quien no es Dios, porque si es así, el ídolo Baal no ha sido vencido y ahora se está cobrando su vida.

Es hora de que el profeta, el hombre de Dios, haga su experiencia de salvación. Vale la pena preguntarnos, en este punto, sobre nuestra vida cristiana: ¿lo que hacemos se encamina a salvar a otro? ¡Muy seguramente! Pero, además, ¿nos salva? Es tiempo para que también nosotros hagamos la experiencia de ser salvados, de levantarnos y comer.

El afligido ha invocado al Señor y el Señor ha escuchado, de hecho, habla para librarlo de su angustia. Las palabras del mensajero son, de nuevo, un mandato. Su misión, ahora, es la de levantarse y comer. El mandato o la misión es lo que hace a Elías ser «hombre de Dios», «profeta». Viceversa: sin misión, ¿qué es el profeta? Sin misión, ¿quiénes somos los cristianos? La misión es lo que ha hecho que el profeta enfrentara antes y solo, los peligros de Ajab y los profetas baálícos.

No es fácil levantarse una vez se ha caído: el «levántate, come» ha resonado dos veces para Elías

que, vencido, continúa tumbado sobre el yermo. No podemos vivir solo de la fuerza de atracción gravitacional de la muerte que nos lleva a morder el polvo; es necesario volver a confiar en Dios, nuestra fuerza de atracción celeste, que nos dice «levántate, come», arrebatándole a la muerte, a tu muerte, a mi muerte, la vida. Dejémonos atraer por el cielo porque como para Elías, el camino nos supera, nos agota. Aquí, Dios se revela el oriente, el sentido, el horizonte de la vida. Dios invita a caminar a su profeta, pero sabe los inconvenientes contenidos en la travesía del desierto.

Para lograr la empresa, Dios ha preparado en medio del yermo lo imposible: el pan cocido sobre la piedra y el agua. Ha transformado de nuevo esa tierra carente, como con el maná del Éxodo, en mesa donde se puede comer y beber.

Es interesante que Elías se siente debajo del árbol de retama, una planta conocida en el Mediterráneo por su capacidad de hacer combustión y servir como alimento para el fuego en las noches en que el desierto cambia su temperatura hacia un frío tan difícil como el calor del día. El yermo ha revelado la vida. De nuevo lo impensable se ha hecho presente en este ciclo narrativo de Elías con un torrente, cuervos, una viuda, un mensajero: Dios, el Señor, es la vida que oculta el desierto. Dios vive y prepara la mesa del desierto, como una madre al cuidado de su hijo, encendiendo el fuego, calentando el pan sobre la piedra, procurando el agua. En manos de Dios, todo desierto termina por ser transformado.

A este camino que nos supera, superior a nuestra vitalidad, Dios le da el gusto del pan cocido, un sabor nuevo y siempre querido para la vida.

Ahora, la huida, el errar, deviene peregrinación hacia un monte en el desierto. Dios alimenta a su profeta con poco, lo necesario, lo cotidiano, lo gratuito, para vencer el camino del desierto, salvándole y prolongándole la vida.

Este camino del desierto se vuelve camino de presencia porque también Dios vence la soledad del profeta: el profeta que se había decidido por la soledad se topa con una compañía inesperada, que lo invita dos veces a levantarse y a comer. No fue fácil levantar al profeta atraído por la fuerza de la muerte, con la única voz que puede despertarnos de su sueño, una voz que algunos empezamos a escuchar aquí, en lo cotidiano, y nos devuelve la vida.

La Palabra, la voz, la misión, el mandato recibido, reconectan a Elías con la confianza, levantándose, comiendo y bebiendo. Camina, peregrina en la presencia hasta llegar al monte de Dios: allí, este hombre de Dios se volverá el paradigma del profetismo haciendo, en cuarenta días, lo que el pueblo de Israel hizo en el desierto por cuarenta años, es decir, se dejará fortalecer por Dios, comiendo de lo que Él mismo prepara en el desierto de modo que pueda llegar a lo alto del monte para recibir, finalmente, su Palabra.

La huida del profeta se convierte en un peregrinar en el desierto, lugar sin caminos y que, como contraste, deviene senda hacia la vitalidad que se revela en la montaña. Elías se interna en el vientre de la montaña, en la cueva, espacio para crecer con la palabra en el tiempo de la noche. La noche, la larga noche, se propone como tiempo de espera y de escucha. El escenario nos pone en la dramática escena de la noche que, en

nuestro imaginario, puede connotar lo malo o lo equivocado, pero que, en las Sagradas Escrituras, es tiempo alcanzado singularmente por Dios.

A propósito, dice el místico poeta del Salmo de 139,7-12: «7 ¿Adónde me alejaré de tu aliento?, ¿adónde huiré de tu presencia? 8 «Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, ahí estás. 9 Si me traslado al ruedo de la aurora o me instalo en el confín del mar, 10 allí se apoya en mí tu izquierda y me agarra tu derecha. 11 Si digo: que me sorba la tiniebla, que luz se haga noche en torno a mí, 12 tampoco la oscuridad es oscura para ti, la noche es clara como el día: da lo mismo tiniebla o luz. 13 Tú has creado mis entrañas me has tejido en el seno materno». Estos versos iluminan el pasaje de Elías, proponiendo que no solo él, además el salmista, incluso cualquiera, puede encontrarse en su situación. Nuestro desierto, nuestra noche, no tiene que ser ausencia de Dios. Es, en la noche y en la cueva, que se gana la vitalidad necesaria para seguir y salir a la luz, tal como le sucede a un ser humano que crece en el vientre materno.

Sólo quien ha transitado por el camino de la muerte, los cuarenta días con sus noches en el desierto, puede ver cara a cara a Dios. Moisés también fue un asesino y ascendió a la montaña para hablar con Dios. La gracia nos encuentra allí donde pretendíamos estar solos y responde a nuestras súplicas profundas y existenciales.

Al ingresar a la cueva, Elías hace experiencia del Señor. La pregunta de Dios, «¿qué haces aquí, Elías?», se puede traducir, literalmente, por «¿qué hay para ti, aquí?». Parafraseemos: ¿qué hay en esta oscuridad para ti Elías? ¿Por qué quedarse

aquí y no subir hacia la montaña? ¿Por qué permanecer en el miedo, en el temor de perder la vida si afuera está quien provoca la vida? Esta pregunta busca quebrantar la cerrazón a la vida, romper la cueva, guiando hacia la altura de la montaña, porque en esta se revela la luz de la vida. Subamos y fijémonos en lo que hace Dios con el profeta.

La respuesta de Elías a la pregunta divina, nace del miedo que deforma la realidad: lo que él dice no es cierto. No sólo quedaba él, quedaba Abdías y quedaban los 100 profetas, quedaba el pueblo que había vuelto a ver al Dios que vive.

Eso hace el temor: antes, no le importaba la vida, pero ahora le importa, porque tiene miedo. Su maravilloso celo se vuelve confusión: piensa que los demás no alcanzan a Dios. Su celo le juega de trampa, porque, realmente, Elías no está solo. Elías nos lee: quitemos su nombre y pongamos el nuestro y dejémosnos abrir por Dios que romperá la clausura de esta cueva como se rompe el vientre de una madre para llevar la vida a la luz.

¿Cuántas veces hemos escuchado el imperativo «levántate» y sus sinónimos como el «sal y ponte de pie» en el giro de esta narración? ¿Podemos seguir escuchando esto como si no se tratara de nosotros? ¿Tendríamos que ser sometidos al dolor, a la rabia, a la persecución, para sentir que estas palabras nos implican? El Señor apela, de nuevo, a la confianza del profeta y, con él, a la nuestra. Salgamos de la cueva, del espacio de nuestra voz, del lugar de nuestras miserias; alarguemos los sentidos, escuchemos para que nos abramos al misterio de la presencia que pasa.

Elías se había identificado ante Ajab (cf. 1Re 17,1) como aquel que «está de pie en la presencia», ante el rostro de Dios. Ese es su rasgo distintivo.

Ahora, Dios lo invita a volver a ser, a ponerse de pie ante el Señor, a vivir ante su rostro porque, únicamente viviendo, el hombre se hace merecedor del Dios que vive. Sólo un «hombre de Dios» sabe discernir la presencia del Señor cuando pasa, porque Dios es lo que lo hace ser «hombre». Y nosotros, ¿sabemos percibir su presencia allí donde la vida parece muerte porque nuestro desierto la esconde? ¿Logramos descifrar la presencia de Dios en este mismo momento? ¿Ha pasado, está a punto de pasar Dios, en esta Lectio?

Elías experimenta los fenómenos naturales al subir a la montaña. El terremoto, el huracán y el fuego, en algunos pasajes del AT, avisaban de la presencia de Dios y hasta de su cólera: la tierra vibraba al pasar de Dios (cf. Jue 5,4) y temblaba con la ira divina (cf. 2Sam 22,8 y Sal 18,8). Estos elementos producían, al pueblo de Israel, temor, porque el Señor aparecía, en lo alto de una montaña como el Horeb, tremendo y amenazante (cf. Sal 68,8-9). El fuego, además, acompañó a Israel dándole calor en medio de la noche, separándolo de las huestes enemigas y protegiéndolo. El fuego había sido el elemento «imposible» que había logrado desatar, en lo alto del Carmelo, otro imposible: la fe de un pueblo para el cual Dios ya no vivía: pero, ahora, «el Señor no estaba en el fuego» (1Re 19,12).

Dios no se presenta igual, no es predecible: Dios no está en el huracán, el terremoto o el fuego. Se pone en escena, entonces, la dinámica de la es-

cucha, que está a la base de la vida espiritual y de la oración. Y, ¿qué es la vida espiritual? No es otra cosa que la conciencia de la presencia a la cual se llega con un corazón salomónico, abierto sólo por Dios para escuchar, para discernirlo en el disfraz del desierto y de la montaña. Apertura que Dios concede a quien hace de su palabra potencia, oración.

Las traducciones, sujetas a muchas circunstancias, a veces no logran evidenciar la profundidad de los pensamientos. Lo que aquí se traduce como «brisa suave», continuando en la línea de los fenómenos naturales es, literalmente, «voz de silencio sutil/impalpable». Este es el misterio de Dios en la paradoja, del Dios que pasa: no hay palabra sino silencio, la Palabra está presente en el silencio, Dios se revela en el silencio, es un sonido silencioso, ¡hay que aprender a escuchar la voz del silencio!

Martin Buber, el judío nacido en Austria que le placía traducir para su vida los textos hebreos, interpreta de otra manera lo que conocemos como «brisa suave», hablando de «el murmullo de un silencio que desvanece». Desde esta comprensión, Dios desvanece el silencio que asumen quienes han sido envenenados por la soledad y por el miedo que produce la muerte. Silencio de muerte vencido por una voz no violenta como el terremoto, ni tremenda como el fuego, ni peligrosa como el huracán.

Y, en la paradoja del silencio, el profeta se vuelve a poner de pie. Elías teme, no como el pueblo, por el espectáculo terrorífico de las teofanías sinaíticas, sino por la impensable presencia que es Dios: primero con cuervos, luego con una

viuda, luego con un siervo, Abdías, que aparece y desaparece de toda la narración, luego con el murmullo de un silencio que inicia a desaparecer. Dios siempre nuevo. Saber escuchar la voz que desvanece el silencio, estando en silencio, escuchando con el corazón es, en el fondo la dinámica de la Lectio Divina. Quien escucha se salva. Y nosotros, ¿escuchamos? ¿O sólo existe dentro de nosotros nuestra voz?

A Elías, el profeta cansado hasta el punto de la muerte, Dios lo eleva de pie en la altura y lo abre a la verdad de la realidad. Es el profeta que llega a las cimas, a lo alto de la montaña para recibir de

Dios una misión que salvará a otros pero salvándolo, primero, a él.

Es la hora de que el profeta descienda, vuelva al desierto, desierto de Damasco, ¡de la montaña al yermo!, siguiendo inversamente el camino que lo trajo a la muerte y, ahora, lo devuelve a la vida, para darse cuenta de la verdad: él no está solo, él nunca ha estado solo. Con él, otros siete mil hombres han doblado sus rodillas y han besado con sus labios al Dios que vive; con él estará Eliseo y, en él, el murmullo que desvanece su silencio, diciendo: «levántate, come».

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué te dice el texto? ¿Qué nos dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

5 Oramos (oratio u oración)

Aprende de los gestos de Dios en la situación límite de Elías. Déjate inspirar y, según como sea hoy tu situación de vida, eleva tu oración a Dios. **¿Qué le dices a Dios a partir del texto?** Puedes escribirla:

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):

¿Cómo podemos inspirar salvíficamente a los demás de acuerdo con lo que hemos recibido en este ejercicio espiritual? **¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto?**

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación):

Dispón tu corazón y escribe en las líneas de abajo lo que vas percibiendo al pasar la semana. **¿Cuál es el rostro de Dios que descubres en el texto?** Dios te seguirá inspirando.

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

UN POETA ORA EN MEDIO DE LA GUERRA

1 *Antes de iniciar*

Reflexionemos sobre la oración como momento específico del ejercicio de la Lectio Divina. Si este ejercicio se comprende como acto de apropiación o de encarnación de la Palabra divina, la oratio es la actualización que el orante hace de dicha Palabra, prolongándola en su vida.

San Jerónimo, a partir del Cantar de los Cantares, decía a Eustoquia, joven virgen consagrada a Dios: «lee el Evangelio y mira cómo María, sentada a los pies del Señor, es preferida a la afanosa Marta. Sé tú también María, siéntate a los pies del Señor y di: “he hallado al que buscaba mi alma, y no lo soltaré”. Y Él te responderá: “una sola es mi paloma” (cf. Ct 3,4; 6,9)». San Jerónimo presenta, así, la dimensión dialógica de la Lectio Divina. En otro momento, dice a Eustoquia: «¿oras?, hablas a tu Esposo; ¿lees?, es Él quien te habla».

En esta misma línea y años atrás, Orígenes

aconsejaba a su discípulo Gregorio: «no te contentes con llamar y buscar. Para comprender las cosas de Dios es absolutamente necesario la oratio». La oración, vista como diálogo, en consecuencia, se abre a uno de sus efectos cuando se emplea: ayuda al entendimiento del otro, en este caso de Dios, descubriendo su voluntad. Por tanto, es la comprensión producida por la oración lo que consolida el amor entre quienes dialogan.

En consecuencia, si la Lectio Divina es diálogo entre quienes se aman, superará las finalidades ascéticas y no buscará mortificar con el esfuerzo

que pide. No es una penitencia o un peso más ofrecido a Dios, sino el premio de todas las fatigas asumidas por amor a Dios. Por tanto, ha

de ser un placer, un deleite, en que el orante se descubre amado por Dios, quien le habla ofreciéndole el gozo de su conocimiento.

2 *Iniciemos*

Dispón tu corazón para dedicar la atención necesaria a la Palabra. Privilegia su escucha a todas las voces que, en el momento, resuenan en tu interior. Piensa que, para responder a estas voces, necesitas escuchar la más importante y esencial.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y el siguiente himno al Espíritu de Dios:

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre,
don en tus dones espléndido.
Luz que penetra las almas,
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra en el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,

si tú le faltas por dentro;
Mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía el que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracias,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén

3 Leemos (lectio o lectura)

Recuerda: estamos en oración cuando escuchamos la Palabra de Dios. Al mismo tiempo, el siguiente Salmo, nos presta las palabras e intenciones para orar a Dios. Mientras lo escuchas, intenta responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Para este quinto encuentro leeremos el Salmo 27 (26), oración que describe la experiencia de un poeta anónimo en medio de las violentas contradicciones de la vida:

1 De David.

El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?

El Señor es el baluarte de mi vida: ¿de quién me asustaré?

2 Si me acosan los malvados para devorar mi carne, ellos, mis enemigos y adversarios, tropiezan y caen.

3 Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no teme; aunque me asalten las tropas, continuaré confiando.

4 Una cosa pido al Señor, es lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida; admirando la belleza del Señor, y contemplando su templo.

5 Él me cobijará en su cabaña en el momento del peligro; me ocultará en lo oculto de su tienda, me pondrá sobre una roca.

6 Entonces levantaré la cabeza sobre el enemigo que me cerca.

En su tienda ofreceré sacrificios entre aclamaciones,

cantando y tocando para el Señor.

7 Escucha, Señor, mi voz que te llama, ten piedad de mí, respóndeme.

8 –Busquen mi rostro.

Mi corazón dice: Tu rostro buscaré, Señor:

9 no me ocultes tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio;

no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.

10 Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me acogerá.

11 Indícame, Señor, tu camino, guíame por una senda llana,

porque tengo enemigos;

12 no me entregues a la avidez de mis adversarios,

pues se levantan contra mí testigos falsos, acusadores violentos.

13 Yo, en cambio, espero contemplar la bondad del Señor en el país de la vida.

14 –Espera en el Señor, sé valiente, ¡ten ánimo, espera en el Señor!

4 Meditamos (meditatio o meditación)

Como apoyo a tu meditación se te ofrece la siguiente reflexión que, puedes omitir, si te distrae de tu ejercicio de meditación.

El salmo que ha sido colocado en nuestros oídos y que recitamos comúnmente en nuestra liturgia, comienza con lo que los estudiosos llaman «título»: «De David». Para algunos, es una indicación del autor del salmo, en este caso, el famoso e importante rey de Israel, el segundo en la historia, que llevó a este pueblo a un tiempo de esplendor religioso y político. Recordemos, de hecho, que es un descendiente suyo el que recibirá el título de «Mesías». Sin embargo, otros discuten que se trate del autor del poema, sino de una referencia.

En ese sentido, la referencia tiene diferentes niveles: en el primero, esta oración se inspiraría en un momento de la historia del rey, varias veces circundado por los enemigos; en el segundo, el autor verdadero habría puesto el patronazgo davidico a este escrito para alcanzar la aceptación de otros; finalmente y a partir de esto último, el tercer nivel es más subjetivo. El salmo no precisa las situaciones descritas citando otros nombres, datos, circunstancias o hechos conocidos y concretos, adquiriendo un sentido abierto y más universal. Cualquiera de nosotros puede encontrarse en sus palabras, lo que describe también nos describe, de modo que el título podría intercambiarse: de David, de María, de Juan, de Isabel...

El resto del contenido del salmo parece desordenado, pero responde a los sentimientos que van brotando en el salmista mientras hace su oración.

Pese a que no puede rastrearse una estructura simple, sí hay una temática hacia la que el orante vuelve continuamente: la confianza. El poeta busca asegurarse que el sentimiento de confianza en Dios esté por encima de aquello que lo debilita, es decir, el miedo. Paradójicamente, enfrentarse al miedo produjo en el salmista su profesión de fe, como se puede leer en el primer versículo: para Él Dios es luz, salvación y baluarte o defensa.

El primer verso, además, está organizado con una técnica común de la poesía hebrea denominada «paralelismo». De esta forma, a las palabras «luz» y «salvación» que definen a Dios en la primera línea, se les pone en paralelo, en la segunda, con el sinónimo que el autor otorga a estos dos conceptos: «el baluarte». La palabra hebrea aquí traducida con «baluarte» define un lugar usado como refugio, por ejemplo, una montaña, un peñasco, una isla en el mar, una plaza fortificada, la ciudadela real donde se encuentra el asilo en tiempos de guerra, y de allí se traslada a una virtud, la de la fortaleza. La imagen no es desconocida en otros salmos donde se le aplica a Dios para explicar su actitud protectora de los orantes en peligro (cf. Sal 28,8; 31,3; 37,39), a tal punto que se configura como un rasgo divino.

Al mismo tiempo, «luz, salvación y baluarte» se contraponen a las situaciones que el orante es-

pecífica con dos verbos: en la primera línea se trata del «temer» y en la segunda, se usa, como sinónimo de esta la palabra, «temblar». El «temor», al estar contrapuesto con la luz y salvación, queda definido como oscuridad y perdición; mientras que el «temblar», al estar contrapuesto al concepto del baluarte, habla de lo frágil y desprotegido, lo desamparado y expugnable, que estremece el corazón ante la pérdida de la confianza. Y, ¿por qué se podría perder?.

Los vv. 2-3 crean un escenario posible: los adversarios que ven en el orante algo por devorar, el ejército que rodea y asalta con sus tropas, en otras palabras, una situación de ataque que pretende debilitar la seguridad del salmista. Desde este punto de vista, pareciera que el contexto de esta oración es una situación bélica real, pero, también, metafórica, pues las dificultades con otras personas podían ser definidas usando el lenguaje de la guerra.

Como sea, el ámbito desalentador de la contradicción que es una guerra o que es como una guerra, es el panorama del orante. Pensemos en las sociedades bajo el flagelo irracional de la guerra y sus mecanismos de destrucción. Los medios de comunicación transmiten las imágenes de armas, milicias, ejércitos, bombardeos, sitios en ruinas, desolación, heridos y cadáveres. Ya no hace falta imaginar cómo sea una guerra.

Las acciones de guerra hacen vivir el tiempo en una dramática zozobra: el mañana no ofrece seguridad, la finitud de la vida se hace más sensible y comienzan a surgir preguntas: «¿qué nos pasará?», «¿habrá o no un mañana con los que se aman?», «¿por qué luchar por el mañana?», «¿vale la

pena vivir con las condiciones del hoy?». Traslademos los sentimientos que atestiguamos de las guerras hodiernas para interpretar mejor las palabras del salmista.

El orante interioriza las situaciones externas. Afuera, el ejército invasor (real o metafórico) crea un cerco cuyo premio pretende ser la carne del orante, es decir, su vida. Para sobrevivir a un ejército que lo supera, el orante decide confiar, porque ante Dios, «los adversarios tropiezan y caen». El fracaso de los enemigos se debe a que Dios actúa como un guerrero en defensa de los suyos, al estilo de David que vence al gran soldado Goliat, más que con la piedra y la honda, con la confianza puesta en Dios (cf. 1Sam 17,37.45-47). La fe, como se desprende de la última línea del versículo 3, supera las acciones reales del enemigo sin anularlas. De esta forma, la confianza en Dios vence el temor del orante, su corazón afronta los peligros que lo atacan.

Para poder decir lo anterior, el orante hace su súplica en el v. 4. La expresión que inicia esta forma de la oración terminará por configurar el sentimiento de confianza: el orante pide algo y al mismo tiempo lo busca. La oración revela su carácter activo al no tratarse solo de suplicar sino también de buscar. Lo que se pide, si realmente es importante, mueve al orante de su ostracismo. Así como la amada del Cantar de los Cantares demuestra su amor, buscando y anhelando a su amado hasta encontrarlo, así mismo hace el orante.

Él pide poder permanecer, en el siempre de su vida, con el Señor. Si el temor es temblar, la confianza es permanecer, permanecer para contem-

plar una visión diferente a la que produce el miedo. En medio de un terror objetivo, el orante pide no dejarse distraer un solo día de su vida gracias a la visión que cura la fe debilitada, la de la belleza del Señor, cuya expresión, en la tierra judía, es el templo. El templo funcionaba como el dejarse ver de Dios.

La belleza material del templo terminaba por conducir a la belleza de la presencia del Señor. El término que en hebreo se ha traducido por «belleza», poco usado en las Sagradas Escrituras, también apela a lo deleitable de Dios, a su «bondad», de la cual los creyentes han hecho experiencia en la historia. Su belleza, su bondad, causa maravilla para aquel que confía. Y como se trata de una belleza que se experimenta a través de la visión, el salmista nos ayuda a ver lo que él contempló o experimentó en el siguiente versículo.

En el v. 5 la mirada escruta el templo en sus dimensiones de «tienda» y de «roca», como lo hace posteriormente otro salmista, que contempla la fuerza y la gloria divina en el lugar del santuario (cf. Sal 63,3). También, en tiempos de guerra, el templo servía de refugio: su estructura acogía al pueblo, cobijándolo, escondiéndolo, guardándolo de las amenazas exteriores, como la madre de Moisés que lo protegió de la violencia egipcia, ocultándolo (cf. Ex 2,2-3). Otro salmista, con un vocabulario parecido, habla de este esconder como acción que Dios prodiga a los desprotegidos. Literalmente afirma: «Los escondes en el escondite de tu rostro de las conspiraciones humanas, los guardas en una tienda de las lenguas pendencieras» (Sal 31,21).

Entonces, en el templo no solo se hallaba el lugar sagrado para el sacrificio y la celebración, sino el espacio en el que Dios escondía, protegiendo a su fiel, de la violencia de los adversarios. En el salmo, la huida por la amenaza termina siendo búsqueda del Señor en su «tienda», lugar firme como una roca, que genera una sensación contraria a la que produce el temblor del miedo. Del miedo a la confianza, de la búsqueda al encuentro: el templo lleva a Dios, a su contemplación.

Pero no todos pueden ver esto en la casa de Dios, solo los rectos pueden trasladarse de la materialidad del edificio a la presencia divina, como lo enuncia el Sal 11,7, «porque el Señor es justo y ama la justicia, los rectos verán su rostro» o el Sal 17,13, «y yo por mi justicia, veré tu rostro». Comportarse como Dios, ser bellos, bondadosos o justos como Él, producen tanto la confianza como la posibilidad de verlo. En esta visión del salmista, el templo trasciende a presencia de Dios y el piadoso puede experimentar los cuidados divinos que le dan la seguridad, para poder afrontar y responder a las realidades amenazantes que lo atienden. ¿Qué hará el orante, además, en este lugar de oración y refugio?.

El v. 6 presenta el primer voto del salmista. El voto es una resolución de confianza, un retador gesto ante los adversarios («entonces levantaré la cabeza sobre los enemigos»): ellos no deben producir miedo, el agachar de la cabeza, ni pueden determinar la situación interior de quienes van a ser atacados. Así, mientras el enemigo, con sus tambores y trompetas, anuncia el ataque, el orante, lejos de temer y suplicar con miedo, ejercita la forma más alta de la oración, la de la alabanza confiada, ofreciendo en el templo, de

nuevo en su apelativo de «tienda», como hace el salmista del Sal 76,3, sacrificios entre aclamaciones, cantos y música al Señor.

Al terror que produce el miedo se responde con la alabanza engendrada por la confianza en Dios. Por eso el salmista recuerda al templo en su categoría de «tienda», porque en el desierto su pueblo sobrevivió a los horrores del ejército egipcio y del mar, a los terrores del calor y del frío, del hambre y de la sed, a los pavores de las mordeduras y del veneno. Ahora, el orante sobrevivirá a su guerra exterior, presentándose ante Dios en su «tienda». El libro de los salmos da un valor importante al uso de este término, donándole los valores de refugio al que no todos pueden acceder (cf. Sal 15,1; 52, 7) porque es la morada del Justo, de Dios (cf. Sal 78,60), si no es por el deseo y la misma necesidad que se alienan desde la fe (cf. Sal 61,5;) y adonde la plaga y la desgracia no llegan (cf. Sal 91,10), pues la «tienda» de Israel es Dios mismo (cf. Sal 91,9).

Mientras el miedo hace sentir con vehemencia la soledad que produce el abandono y la necesidad, la fe permite contemplar a Dios, cuya presencia vence la soledad. Con esta poesía provocativa de la fe, ahora el salmista realiza su segunda súplica que pide la escucha y la piedad divina (v. 7). Si para Israel existe un mandamiento esencial como lo es el escuchar, también Dios actúa según ese mandato, cuando el orante sufriente necesita ser escuchado. El acto compasivo de Dios, para el salmista, no consiste en la eliminación del enemigo, sino en que el Señor dirija su voz al orante, colmándolo con su presencia: «busquen mi rostro».

El texto hebreo que da inicio al v. 8 es ambiguo.

Como se traduce aquí es como suelen hacer la mayoría de las versiones bíblicas: «Busquen mi rostro. Mi corazón dice: Tu rostro buscaré, Señor». Sin embargo, a la letra y según el orden de las palabras en la lengua original, la traducción podría ser: «A ti ha dicho mi corazón: Busquen mi rostro. Tu rostro, ¡oh Señor!, buscaré». En ambas traducciones, la voz nace de la voluntad cuya sede en el orante es el corazón. En otras palabras, en el corazón se revela la voz divina que se hace voz interior y humana. Por eso, el deseo de Dios coincide con el deseo del orante, es petición del Señor y, al mismo tiempo, decisión humana.

En consecuencia, la súplica es respondida y aquí es donde la oración llega a su cima, produciendo el diálogo. Las dos voluntades, divina y humana, coinciden en una voz. Dios, en esta oración, habla en el corazón del orante, invitándolo a salir del ensimismamiento que puede producir el miedo, a través del mandato de buscar su presencia: «busquen mi rostro» (v. 8). La invitación, en plural, desborda el corazón del salmista dirigiéndose por él a todo el pueblo al cual el orante pertenece, pero cada uno deberá decidir si confiar en buscarlo o no, en medio de un contexto de contradicción y violencia. El salmista, por ejemplo, opta personalmente por la fe: «tu rostro buscaré, Señor».

El verbo «buscar» es un concepto que atraviesa el libro de los Salmos. Al ser un libro de oraciones, aparece como la condición más humana de quienes practican la fe en las situaciones límites de la vida. La búsqueda, normalmente, tiene

como objeto a Dios y se aconseja como acción, mayoritariamente, a un colectivo (cf. Sal 24,6; 40,17; 69,7; 70,5; 83,17; 105,3-4), mientras pocas veces a un individuo (cf. Sal 119,176). Con todo, la clave de la comprensión de la búsqueda está en el mismo Salmo 27 en su v. 4: lo único que quería el salmista era habitar en la casa del Señor, para verlo permanentemente. El salmista combate el terror con la visión de Dios.

El diálogo salmista-Dios continúa con una nueva súplica que, al decirse, revela algo más, la identidad: el orante es «siervo», condición de dependencia que aclara para el salmista la realidad de Dios que es «su Señor» y, al mismo tiempo, «su auxilio» y «su salvación». Otro salmo ayuda a comprender lo que aquí sucede con nuestro salmista: «como los ojos de los esclavos miran la mano de sus señores, como los ojos de la esclava miran la mano de su señora, nuestros ojos miran al Señor, Dios nuestro, hasta que se apiade de nosotros» (Sal 123,2). Por tanto, la mirada que el salmista perpetúa en el templo tiene un plazo: el acto de la compasión divina.

Para vivir, se requiere esencialmente de Dios. Por tanto, la súplica tiene esa misma lógica: «no me desheches, no me abandones». La salvación del orante, y del pueblo con él, no depende de argucias o de estrategias, de un ejército que, en este poema, parece inexistente, porque el salmista se presenta y a los que están con él, como pueblo en la tienda, como asamblea en el recinto de la celebración y no como milicia capaz de hacer frente a un enemigo. Todo depende de Dios, porque es «Dios de mi salvación».

El v. 10 vuelve a sugerir el acto de la confianza,

pero esta vez con una imagen familiar: incluso si el abandono impensable de los propios padres de sangre sucede, el orante nunca estará solo, será acogido por el Señor. En el fondo, este acto de confianza y los sucesivos en este poema, colocados casi como estribillos (vv. 1.5.9.14), llevan siempre a las primeras preguntas con las cuales inicia el Salmo: «¿a quién temeré? ¿de quién me asustaré?». Por el sentido de esta oración, ambas preguntas podrían reformularse en una nueva pregunta: si Dios es luz, auxilio, salvación, el baluarte de la vida, ¿por qué temer? El salmista nos lleva a pasar de las circunstancias a lo esencial: no solo es dejar el miedo del momento, es abandonarse, siempre, en quien lo vence.

El camino del abandono queda bien descrito entre los vv. 11-12. Si se deja al orante a su suerte, el miedo se transforma en su fuerza de atracción y, normalmente, conduce a la muerte. En cambio, la confianza es la fuerza de atracción hacia Dios, una senda que lleva a la vida y a quien la protege. La súplica del salmista, «indícame, Señor, tu camino, guíame por una senda llana», no es una novedad en la literatura sálmica (cf. Sal 16,11), pero en este salmo revela la vulnerabilidad del orante: solo, el creyente vaga sin dirección, sin propósito; con Dios, el creyente peregrina hacia su oriente, incluso cuando percibe que está a punto de perderse entre los giros peligrosos de su vida, en el caso del salmista, entre los testigos falsos y los acusadores violentos.

La guerra del salmista parece ser, además, un proceso injusto, en el cual está siendo aislado a través de mentiras violentas. Los enemigos de este salmista son una tentación para perder el hilo que conduce a la vida, complicándola, pues

las problemáticas humanas pueden hacer perder la orientación de la fe. Por eso, si la confianza es abandono en el Dios del cual depende todo, la súplica del salmista va en la línea de evitar los entuertos del camino. En esta senda de mentiras y procesos falsos, también la inocencia del orante puede corromperse, por eso tiene necesidad de que el Señor le muestre el camino y la senda llana.

El salmo no concluye con la acción de gracias típica de quienes han recibido el favor de Dios. El sufrimiento del salmista no acaba, ni se disipa. En cambio, esta oración termina con la confianza en un deseo esperanzado: «espero contemplar la bondad del Señor» (v. 13). El salmista espera, desea experimentar lo que el Señor es, su bondad, su belleza, en una tierra que evoca la vida y no la muerte. Hace, como afirma otro orante: «Tenía fe aun cuando dije: ¡qué desgraciado soy!» (Sal 116,10).

Con esta fe, la última proposición contenida en el

v. 14 permanece ambigua: puede ser una invitación a su comunidad, al lector, a cualquier otro en la aflicción, para aprender a pasar el tiempo del sufrimiento en y con el Señor, venciendo la soledad del dolor y haciendo fuerte la voluntad del corazón o puede ser una exhortación dirigida a sí mismo, a no desfallecer en el tiempo de la espera. La ambigüedad no es necesario anularla y, mantenerla, ayuda a comprender la potencia total de esta conclusión.

El orante es un sufriente que invita y se invita a esperar con confianza, con fortaleza de corazón. Desde su sufrimiento acompaña a los que sufren. Como ha aprendido a ser valiente en un tiempo de escasas fuerzas, ahora puede pedirle, a otros, que sigan el camino llano, donde Dios se ha vuelto la valentía del corazón, porque Él es su luz, su salvación, su baluarte. Esta es la oración de un poeta, confiada y esperanzadora, en medio de una guerra que aún no termina.

Tratemos de reconstruir esta oración: **¿encuentras similitudes entre tus sentimientos y los del salmista? ¿Qué nos dice el texto? ¿Cómo ha sido tu relación con Dios en medio de las contradicciones? ¿Tu actitud ante la vida se define, la mayor parte del tiempo, por el miedo o por la confianza y confianza en Dios?** Responde:

5 Oramos (oratio u oración)

Aprende de los rasgos de la oración de Elías: no impone, no exige, dejando actuar la voluntad de Dios. Déjate inspirar y, según como sea hoy tu situación de vida, eleva una oración de súplica y de confianza a Dios. **¿Qué le dices a Dios, a partir del texto?** Puedes escribir tu oración:

6 **Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):**

Con el ejemplo del salmista que invita al ánimo y a la valentía en los tiempos difíciles, regala a tu comunidad una invitación de esperanza, desde lo que te dice el Señor. **¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto?**

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

7 **Contemplamos (contemplatio o contemplación):**

Dispón tu corazón y escribe en las líneas de abajo lo que vas percibiendo al pasar la semana. **¿Quién es Dios para ti a partir del texto?** Ejercita, en medio de las dificultades, la oración de confianza.

Fecha: _____

Fecha: _____

MARÍA E ISABEL Y LA ORACIÓN DE LA PEQUEÑEZ

1 Antes de iniciar

Antes de iniciar este encuentro, profundicemos todavía sobre la oración. En su carta al hermano Gervasio sobre la vida contemplativa, Guido el Cartujano afirmaba: «en cierta ocasión estaba ocupado en trabajos manuales y comencé a pensar sobre la actividad espiritual del hombre. De repente se ofrecieron a mi corazón cuatro peldaños espirituales, concretamente la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Esta es la escala de los monjes por la que se sube de la tierra al cielo. Escala, sin duda, dividida en pocos escalones, pero de inmensa e increíble altura».

La imagen de Guido ayuda a comprender cómo la Lectio Divina sea un único movimiento ascendente, una peregrinación hacia la presencia de Dios, en donde el peldaño de la oración consiste en «la orientación piadosa del corazón hacia Dios para apartar los males y alcanzar los bienes» o, el bien único, la bondad por antonomasia, aquel que se revela en su Palabra. No es la única definición de la oración en su carta, pues la describe a través de diferentes comparaciones. Por ejemplo, más adelante, hace la analogía del alimento: «La lectio

sirve a la boca un manjar sólido, la meditación lo mastica y lo tritura, la oración le saca el sabor y la contemplación es la dulzura misma que alegra y conforta».

Si seguimos el tenor de estas buenas imágenes, toda Lectio Divina es un banquete en donde la oración aprende a encontrar el sabor que la Palabra tiene para el creyente. En definitiva, el tercer peldaño de la Lectio ayuda a encontrar el gusto de la vida espiritual, que no es otra cosa que la presencia viva de Dios, como incluso ya lo

sugería un salmista, invitando a sus lectores o a sus oyentes: «Gusten y vean que bueno es el Señor, dichoso quien se refugia en Él» (Sal 34,9).

En estas palabras se sintetiza el propósito mismo de la oración.

2 Iniciemos

Para comenzar nuestro movimiento de subida a Dios, pidamos su presencia de modo que caminemos con Él y hacia Él.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y el siguiente himno al Espíritu de Dios que, si se quiere, se puede recitar o cantar en común:

Ven, Espíritu Creador,
visita las almas de tus fieles,
llena con tu divina gracia
los corazones que creaste.
Tú, a quien llamamos Paráclito,
don de Dios Altísimo,
fuente viva, fuego,
caridad y espiritual unción.
Tú derramas sobre nosotros los siete dones;
Tú, dedo de la diestra del Padre;
Tú, fiel promesa del Padre,
que inspiras nuestras palabras.
Ilumina nuestros sentidos,
infunde tu amor en nuestros corazones

y, con tu perpetuo auxilio,
fortalece la debilidad de nuestro cuerpo.
Aleja de nosotros al enemigo,
danos pronto la paz,
sé nuestro director y nuestro guía,
para que evitemos todo mal.
Por ti conozcamos al Padre,
al Hijo revélanos también;
creamos en ti, su Espíritu,
por los siglos de los siglos.
Gloria a Dios Padre
y al Hijo que resucitó
y al Espíritu Consolador,
por los siglos de los siglos. Amén.

3 Leemos (lectio o lectura)

Dispongámonos a recibir el manjar sólido de la Palabra de Dios, subiendo el primer peldaño de la Lectio Divina. Como trasfondo tendremos siempre la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

A partir de este sexto encuentro hasta concluir, leeremos pasajes significativos del Nuevo Testamento que contienen oraciones celebradas por algunos personajes inspiradores para la vida espiritual. En esta ocasión, leeremos Lucas 1,39-56, el encuentro de María e Isabel que concluye con el himno conocido como «Magnificat»:

39 Entonces María se levantó y se dirigió apresuradamente a la serranía, a un pueblo de Judea.
40 Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. 41 Cuando Isabel oyó el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre; Isabel, llena de Espíritu Santo, 42 exclamó con voz fuerte:
–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. 43 ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? 44 Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura dio un salto de gozo en mi vientre. 45 ¡Dichosa tú que creíste! Porque se cumplirá lo que el Señor te anunció.
46 María dijo:
Mi alma canta la grandeza del Señor,
47 mi espíritu festeja a Dios mi salvador,

48 porque se ha fijado en la humildad de su sierva
y en adelante me felicitarán todas las generaciones.
49 Porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí,
su nombre es santo.
50 Su misericordia con sus fieles se extiende de generación en generación.
51 Despliega la fuerza de su brazo, dispersa a los soberbios en sus planes,
52 derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes,
53 colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos.
54 Socorre a Israel, su siervo, recordando la lealtad,
55 prometida a nuestros antepasados, en favor de Abraham
y su descendencia para siempre.
56 María se quedó con ella tres meses y después se volvió a casa.

4 Meditamos (meditatio o meditación)

Subamos el segundo peldaño y, con ayuda de nuestras capacidades mentales, dones de Dios para nuestra vida, mastiquemos y trituramos el alimento de la Palabra que nos ha sido regalada. La meditación nos ayude a confrontarnos con la Palabra: **¿Qué nos dice el texto?**

El Evangelio de donde hemos leído este pasaje inicia presentando a su autor como un discípulo que ha recibido, de parte de testigos oculares, el testimonio sobre Jesús. Motivado por esto, ha decidido investigar a fondo y escribirle a un condiscípulo, Teófilo, narrándole los hechos de la vida de Jesús. El Evangelio presenta, así, al destinatario que no volverá a ser mencionado en la obra. Teófilo, por tanto, podría ser un recurso literario, una forma de definir a quienes Lucas piensa como sus legítimos receptores.

En efecto, «Teófilo» puede significar «el amigo de Dios» o «el que ama a Dios». Esta es una clave narrativa para quien, como Teófilo, será lector de esta obra (cf. Lc 1,1-4): ¿quién la podrá comprender?, ¿quién puede entrar en el mundo de los valores del evangelista? Su autor lo enseña: aquel que quiera hacer amistad con Dios, amándolo. Toda Lectio supone esta condición para quien se acerca, incluso, a un solo fragmento del Evangelio, queriendo ser más que conocedor de los hechos. ¿Por qué otra razón subir los escalones de la Lectio Divina si no es para profundizar en la amistad con el Señor?.

El pasaje leído ayuda al propósito previamente indicado. Consiste en una escena dentro de lo que los estudiosos han denominado como «los

relatos de la infancia de Jesús». El tiempo de la narración se traza desde el reinado de Herodes y se mide a través del embarazo de Isabel, casada con Zacarías. Se trata de una pareja de linaje sacerdotal, justos, ancianos y sin hijos, pues Isabel era estéril. Al quedar en embarazo, ella se percibe librada de su humillación.

A su sexto mes comienza una nueva escena, la del anuncio del nacimiento de Jesús. El diálogo del ángel Gabriel con María contiene una pregunta que orienta y contextualiza nuestro pasaje en reflexión: «¿cómo puede ser eso si no convivo con un varón?» (Lc 1,34). María pregunta por la posibilidad de algo humanamente no viable. En la respuesta de Gabriel a María, se halla la razón del embarazo de Isabel: así como Isabel, anciana y estéril, ha quedado encinta desde hace seis meses (cf. Lc 1,36), María puede engendrar sin conocer a varón, porque «nada es imposible para Dios» (Lc. 1,37). La fecundidad y la vida son obras del Señor, como se constata en estos relatos.

Nuestra escena se abre literalmente en griego con la proposición «María se levantó en aquellos días», expresión que el narrador usa para unir las escenas anteriores, de modo que el sentido de este pasaje se revele ayudado por la comprensión de los anteriores. Teófilo, el lector, podrá co-

nocer los acontecimientos hechos posibles por Dios que ha encontrado gracia en Isabel y en María: el imposible de la mujer estéril, el imposible de la mujer no casada. Ambas están en cinta: una de Juan, que vendrá como Elías a reconciliar a los padres con los hijos (cf. Lc 1,17); la otra, de Jesús, que reinará para siempre en un Israel sin reyes (cf. Lc 1,33).

Con el anuncio del mensajero, María inicia su viaje de la fe para atestiguar las palabras del ángel cumplirse en el imposible vientre de su pariente Isabel. Peregrina de Nazaret al sur, kilómetros cerca de la capital de Jerusalén, en la serrañía. María entra en la casa de sus parientes, Zacarías e Isabel, y saluda. El narrador da importancia al saludo, alejándolo de la mera formalidad. En efecto, la palabra griega alude esencialmente a un gesto, al abrazo o al beso, completado con una fórmula o expresión común que se puede oír. El saludo de Gabriel, por ejemplo, implicaba el alegrarse, por lo que María se preguntaba qué significado tenía (cf. Lc 1,29). También María saluda (cf. Lc 1,40), produciendo un efecto, una reacción en Isabel.

Isabel asegura que, al escuchar el saludo, su criatura saltó en el vientre (cf. Lc 1,41). El salto de la criatura es descrito con una palabra poco usada en las Sagradas Escrituras y que emplea Lucas otras dos veces (cf. Lc 1,44 y 6,23), asociándola con la alegría. Una de esas dos veces es la explicación que Isabel hace a María de lo que la criatura ha hecho en su seno: ha saltado, por tanto, de gozo. El gesto de la criatura es un movimiento del cuerpo, de la vida en el vientre de Isabel, hace unos meses vientre muerto, que le permite

al narrador afirmar que fue «llenada por el Espíritu Santo» (Lc 1,41), cumpliéndose así la palabra del ángel a Zacarías antes de la concepción de Juan: «estará lleno del Espíritu Santo incluso en el vientre materno» (Lc 1,11).

Las palabras del evangelista, como se puede ir notando, no son ocasionales. El efecto del saludo señala que en Isabel y en María se «cumple» la Palabra divina. «Cumplir y llenar» son dos significados de un mismo verbo querido por Lucas en los relatos de la infancia: por ejemplo, el tiempo del parto se «cumplirá» en Isabel y en María para dar a luz a sus hijos (cf. Lc 1,57 y 2,6), así como los períodos de la circuncisión y de la purificación de Jesús (cf. Lc 2,6.21) y el padre de Juan, Zacarías, se «llenará» del Espíritu Santo para orar (cf. Lc 1,67). Todo cuanto acontece en estos pasajes iniciales está mediado por la presencia interior que hace Dios en los personajes, llenándolos.

Entonces, Isabel, llena de Espíritu Santo, realiza el elogio de la mujer que la saluda y de su hijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,42). El elogio se trata de un grito, de una exclamación fuerte, única en todo el Evangelio. El término que lo indica se empleó en la versión griega del libro de las Crónicas para calificar el sonido de los címbalos en la procesión con el arca o de los cantos dedicados al Señor (cf. 1Cro 15,28; 16,5.42), para hablar de las «invocaciones» de los levitas en su servicio del arca (cf. 1Cro 16,4) o simplemente de la elevación de la voz en el contexto de la alabanza (cf. 2Cro 5,13). El grito de Isabel evoca, en consecuencia, la música del templo, la alabanza de la oración, que encuentra su expresión bendiciendo a la perso-

na que la ha saludado y a la vida en ella.

La bendición es un concepto importantísimo como se puede leer desde los mismos inicios de la revelación bíblica cuando, por ejemplo, a otra pareja estéril, la de Abram y Saray, se le promete la posibilidad de la descendencia (cf. Gn 12,2.7; 15,4-5). Por esto, uno de los conceptos asociados a la idea de la bendición es la vida. La bendición, en nuestro pasaje, es una forma de constatar que la dicha para Isabel no está solo en poder concebir en su vientre, sino que el origen de toda vida la visite. María, entonces, es «bendita entre las mujeres» porque es la única portadora de quien da vida e Isabel lo sabe: quien la ha bendecido con la fecundidad, ahora llena su vientre.

Con lo anterior, el evangelista quiere conducirnos a los sentimientos que produce la presencia revelada del Señor. Cuando Dios se presenta a alguien, este descubre su propia identidad. Isabel, de hecho, se define en su oración de bendición a partir de una pregunta, cuya traducción literal sería: «¿y de dónde a mí esto, para que venga la madre de mi Señor hasta mí?». Isabel se declara sierva del Hijo que María lleva en su vientre; Isabel, mujer recta, anciana, de linaje sacerdotal, se percibe pequeña para ser la depositaria de una llegada que la excede, la de la «madre de mi Señor», aspecto que se puede leer en su «¿y de dónde a mí?» o en la traducción que seguimos, «¿quién soy yo...?».

En este punto, detengámonos a reflexionar a partir de algunas preguntas que provoca este momento del pasaje: ¿cómo actuamos ante la presencia de Dios?, ¿nos hemos acostumbrado a su acercarse a nosotros?, ¿lo percibimos?, ¿sabe-

mos decir quiénes somos a partir de quién es Él? El elogio de bendición, la voz fuerte que evoca la música del templo, el sonido de la oración de la alabanza, es explicado por su mismo instrumento, Isabel (Lc 1,44), como una reacción al saludo de «la Madre de mi Señor». La voz de María despertó la melodía de la plegaria de Isabel, personaje que, hasta el momento, solo había hablado en su pensamiento, oculta durante cinco meses: «Así me ha tratado el Señor cuando dispuso que terminara mi humillación pública» (Lc 1,24-25). Ahora, preguntémosnos: ¿nos maravillamos ante la presencia de Dios?, ¿qué produce en nosotros su presencia?, ¿se despierta nuestra voz orante?, ¿la presencia de Dios produce lo mejor de nosotros?.

El relato nos permite oír el elogio de Isabel a María que concluye con una bienaventuranza y un acto de fe (cf. Lc 1,45). María, desde el inicio de los relatos lucanos, es el primer personaje identificado con el adjetivo «dichosa», expresión llena de fuerza y profundo sentido tanto en las Sagradas Escrituras, en general, como en el Evangelio lucano, en particular. La felicidad de la que aquí se habla se funda en el acto de creer. No olvidemos que María, luego del anuncio del ángel Gabriel, fue a casa de su pariente para atestiguar cómo el imposible de la esterilidad y la ancianidad se transformaba en el posible de la vida. María, abierta como sierva a la voluntad del Señor (cf. Lc 1,38), constata la acción divina en el vientre de Isabel.

Hasta este momento, el autor había narrado un encuentro determinado por las palabras de la mujer estéril; ahora, abandona el género narrativo para transformar las palabras en la poesía de

una oración. María habla, reaccionando a la melodía de Isabel y al salto de alegría de la vida en su vientre. María ora, descubriendo, como Isabel lo hizo precedentemente, su propia identidad delante de Dios. El inicio apela a su dimensión interior: «Mi alma canta la grandeza del Señor» (cf. Lc 1,46). Así como el vientre de Isabel salta de alegría, María se mueve desde su interior.

La primera acción de esta oración es traducida a veces con los verbos «cantar» o «proclamar». Sin embargo, el sentido básico del verbo griego es el de hacer que algo crezca, engrandecerlo, magnificarlo. Por eso, otros traducen: «engrandece mi alma al Señor». De hecho, en otro libro, para hablar del «crecimiento» de Samuel en el templo, se usa el verbo en cuestión en la versión griega (cf. 1Sam 2,21.36; 3,19).

María asume al Señor en su seno, de modo que, así como su vientre crecerá por la naturaleza de su embarazo, también crecerá su dimensión interior, mental y espiritual, dándole más espacio en sí a aquel que se está gestando adentro. En otras palabras, el Señor crece y ella quiere crecer con Él, dándole más cabida en sí. Por eso, se podría traducir el primer verso con un «engrandezco al Señor en mí». No es la primera vez que esto sucede. Por ejemplo, el poeta del Salmo 33 invita a su pueblo a «engrandecer» al Señor porque él fue librado de sus terrores (v. 4) y, con una experiencia parecida, el poeta del Salmo 68,31, promete: «te engrandeceré con acción de gracias». La oración que se está gestando es la de la alabanza y esta comienza por la experiencia que se tiene acerca de Dios. Por esta razón, el significado de «engrandecer» se emparenta al significado de la segunda acción de la oración de María: «47

mi espíritu festeja a Dios mi salvador, 48 porque se ha fijado en la humildad de su sierva». «Engrandecer» adquiere, así, la noción del «festejar», del «celebrar» o, literalmente, del «saltar de alegría». La oración de María permite comprender que la vida espiritual no se trata de un camino tortuoso: para dar cabida a Dios, el orante no se anula, sino que asume su condición. ¿Qué efectos produce la oración en nosotros? ¿Cómo es nuestra oración?

María se reconoce pequeña y también se alegra. De hecho, esta senda de llevar a Dios adentro será para ella, como lo fue para la criatura en el seno de Isabel, un saltar de alegría: ella es pequeña como un niño que salta de gozo en el vientre de su madre. La motivación de la oración y de su sentimiento es la salvación. Llevar a Dios adentro la salva, por eso abre las puertas cerradas de su interioridad para dejar pasar a quien la llena con su Espíritu. Su oración nace desde su percepción de pequeñez, reconociendo la grandeza del Señor.

De esta forma, el motivo de gozo de María se emparenta al de Isabel: la anciana se alegraba porque, siendo sierva y pequeña, era visitada por quien la había librado de su humillación, su Señor; María, la sierva del Señor, nota la dimensión divina, inmensa e insuperable, que la mira pese a su humildad. Descubrirse mirado por Dios, pese a la pobre estatura de la vida, «porque se ha fijado en la humildad de su sierva», es lo que motiva el movimiento de la oración. Por ejemplo y solo desde la estatura que da la humildad, el poeta del Salmo 104,1 puede decir, maravillado: «bendice alma mía al Señor; ¡oh Señor, Dios mío, eres inmenso!». Solo la oración verda-

dera logra dar espacio a Dios en los frágiles límites de la vida interior.

El pasaje en reflexión comenzó con Isabel quien, al ser saludada, terminó por reconocer a María como «dichosa». Ahora, la misma situación se repetirá en la continuidad de la historia venidera que, con Isabel, la llamará también «bienaventurada». Las generaciones de hijos reaccionarán como Isabel lo hizo, pues la salvación que alcanzó a la humilde sierva se prolongará en todos los hijos de la historia. Sabe María, en su pequeñez, que quien ha hecho cosas grandes por ella, además las hace por otros. María contempla desde su cuerpo, habitado por el Salvador, la historia de redención de todos los pueblos.

El comportamiento divino descrito en esta oración viene definido: «su nombre es santo» (Lc 1,49). La «santidad» era un concepto aplicado solo a Dios en los textos sagrados, sinónimo de la «justicia». Decir que Dios era justo se convirtió en decir que Dios era santo. El nombre de Dios, que evoca su santidad o su justicia, es explicado en la siguiente línea poética: «50 Su misericordia con sus fieles se extiende de generación en generación». Como los antepasados de Israel, también María encuentra en la misericordia el acto constante de Dios en la historia, de allí la comprensión de su santidad o su justicia. En otras palabras, la santidad de Dios se manifiesta en su misericordia, rasgo divino que el autor de este Evangelio repite a lo largo de los relatos de la infancia (cf. Lc 1,54.58.72.78). María, la sierva humilde, alaba la santidad del nombre divino que es misericordia.

Para experimentar la dimensión salvífica de la mi-

sericordia se necesita de un instrumento capaz de acoger su medida y este es la fe del humilde. La oración de María enseña la estatura espiritual que encaja con lo salvífico de Dios. María no es la única con tal capacidad: ella forma parte de esa historia de fieles que atestiguan ser tratados con la compasión, que aquí se puede definir en la imagen poética de haber sido acogidos en la mirada divina.

La vida de María se presenta, por tanto, como testimonio de una historia en la que no triunfa el proyecto mundano del arrogante: «51 Despliega la fuerza de su brazo, dispersa a los soberbios en sus planes, 52 derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes, 53 colma de bienes a los hambrientos y despide vacíos a los ricos». La poesía asume el lenguaje polar: frente a los soberbios y los poderosos, los humildes; frente a los ricos, los hambrientos. En medio de estos, aparece «el brazo» de Dios.

La mano, la diestra o el brazo es una figura literaria paradigmática en las Sagradas Escrituras y empleada para hablar de la presencia actuante de Dios en su capacidad de proteger y defender, como lo sugiere el poeta: «Con tu brazo rescataste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José» (Sal 77,16). Con su brazo, Dios devuelve el estado de salvación a quienes lo han perdido, en especial, a quienes sufren por la voluntad del soberbio. María simpatiza, así, con los pequeños que han sido testigos de este acto divino: «Y sacó a Israel de en medio de ellos (los egipcios) ... con mano fuerte, con brazo extendido... Al que descuartizó el Mar Rojo, ..., e hizo pasar por en medio a Israel, ... y hundió en él al faraón y a su ejército, porque es eterna su misericordia» (Sal 136,11-15).

5 Oramos (oratio u oración)

Ahora subamos el siguiente peldaño de la Lectio para sacarle «el sabor» al alimento de la Palabra, tal como lo indicaba Guido el Cartujano. Entreguemos nuestras palabras al Señor, como María que respondió al mensaje de Gabriel, a la promesa de Dios, al encuentro con Isabel, a través de la oración. **¿Qué le dices a Dios a partir del texto?** Presta las palabras de María para orar o construye, inspirado en la oración de María, tu propia oración:

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):

Con el ejemplo del salmista que invita al ánimo y a la valentía en los tiempos difíciles, regala a tu comunidad una invitación de esperanza, desde lo que te dice el Señor. **¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto?**

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación):

Subamos al último peldaño de la Lectio, de la tierra al cielo. Recuerda lo que decía Guido: «la contemplación es la dulzura misma que alegra y conforta». **¿Cuál es el rostro de Cristo presentado por el texto? ¿Cuál es la imagen del orante que presenta el texto?** Dispón tu corazón para prolongar durante la semana el sabor que te deja la Palabra divina y escribe en las líneas de abajo lo que vas percibiendo al pasar de los días.

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

LA ORACIÓN DE LOS HIJOS Y LOS HERMANOS

1 Antes de iniciar

Preparémonos para este encuentro reflexionando sobre el peldaño de la contemplatio o contemplación. A través de su oración, el teólogo y místico benedictino Juan de Fécamp describe lo que sucede en este escalón: «Mi espíritu eleva hacia ti, único Dios, la mirada sencilla de un corazón puro. Todo calla, todo está en paz, el corazón arde en amor. El alma desborda de gozo, la memoria de fuerza, la inteligencia de luz. Y todo mi espíritu, inflamado en deseos de contemplar tu belleza, se siente arrebatado por el amor de las realidades invisibles».

Del contenido de esta plegaria se desprende que la contemplación consiste en el punto más alto al que se llega por el deseo de la oración y, al mismo tiempo, esa oración asume el carácter de la alabanza, pues se percibe la belleza de Dios que se dirige al orante, amándolo. Pero no se puede llegar a ninguna altura, si no se comienza por el acto, humilde y sencillo, de la escucha de la Palabra que despierta la conciencia hacia el misterio de la presencia de Dios. La Lectio Divina es, de hecho, un ejercicio continuo de la escucha.

La contemplación, por consiguiente, es el propósito mismo de la oración o lo que ella realmente suplica, como en otro momento Juan de Fécamp escribe: «Que mi corazón se repose en ti, Señor, este corazón agitado como el mar. Tú, que has ordenado al viento y al mar, ordénale que todo se calme en mí para que yo te pueda contemplar, liberado del alboroto que asedia el corazón del hombre y de la confusión de los asuntos de la vida. Que mi espíritu encuentre refugio a la sombra de tus alas contra la agitación de los pensamientos de este mundo». En

consecuencia, la contemplación es la oración que encuentra reposo y abrigo en la presencia de Dios, superando los embates existenciales,

de modo que el orante puede exclamar: «Dios me habla, Dios me llama, Dios me ama».

2 Iniciemos

Disponte a la proclamación de la Palabra. Pide la gracia de saberlo escuchar con fe.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, esta oración de Juan de Fécamp, que data del siglo XI:

Ven, pues,
ven, ¡oh consolador bondadoso del alma que
sufre!
Ven, tú que purificas las manchas,

tú que curas las heridas.
Ven, fuerza de los débiles,
vencedor de los orgullosos.
Ven, ¡oh tierno Padre de los huérfanos!
Ven, esperanza de los pobres.
Ven, estrella de los navegantes,
puerto de los que naufragan.
Ven, ¡oh gloriosa insignia de los que viven!
Ven, Tú, el más Santo de los Espíritus.
Ven y ten compasión de mí.
Hazme conforme a ti.

3 Leemos (lectio o lectura)

Volvamos a subir el primer peldaño de nuestro ejercicio. Tengamos en mente, en esta altura, las palabras de Juan de Fécamp: «Mi espíritu eleva hacia ti, único Dios, la mirada sencilla de un corazón puro». Leamos y escuchemos intentando responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Leeremos el pasaje que contiene la oración de Jesús, el Padre Nuestro, en la versión narrada por el Evangelio de Mateo 6,1-18:

1 Cuídense de hacer obras buenas en público so-

lamente para que los vean; de lo contrario no serán recompensados por su Padre del cielo.
2 Cuando des limosna no hagas tocar la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para que los alabe la

gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.³ Cuando tú hagas limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; 4 de ese modo tu limosna quedará escondida, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

5 Cuando ustedes oren no hagan como los hipócritas, que gustan rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga. 6 Cuando tú vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre a escondidas. Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

7 Cuando ustedes recen no sean charlatanes como los paganos, que piensan que por mucho hablar serán escuchados. 8 No los imiten, pues el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan. 9 Ustedes oren así:

¡Padre nuestro que estás en el cielo! Santificado sea tu Nombre,

10 venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra

como en el cielo;

11 danos hoy nuestro pan de cada día,

12 perdona nuestras ofensas

como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;

13 no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

14 Pues si perdonan a los demás las ofensas, su Padre del cielo los perdonará a ustedes, 15 pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes.

16 Cuando ustedes ayunen no pongan cara triste como los hipócritas, que desfiguran la cara para hacer ver a la gente que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su paga. 17 Cuando tú ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, 18 de modo que tu ayuno no lo vean los demás, sino tu Padre, que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

4 **Meditamos (meditatio o meditación)**

Recuerda que la siguiente reflexión no sustituye tu ejercicio de meditación personal, sólo busca ayudarte a profundizar en algunos aspectos del pasaje bíblico. Sube a este peldaño y di con Juan de Fécamp: «Que mi espíritu encuentre refugio a la sombra de tus alas contra la agitación de los pensamientos de este mundo».

Hemos leído una parte de la gran instrucción que Jesús entregó a la multitud de seguidores en el territorio de Galilea (Mt 5,1—7,29). Allí asumió la posición del maestro: se sentó y, usando el monte como púlpito de su predicación, enseñó el camino para ingresar al Reino de los cielos.

Les habló de la vida bienaventurada de los pobres, los afligidos, los desposeídos, los hambrientos y sedientos de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los obreros de la paz y los perseguidos (cf. Mt 4,25—5,13); así eran y

serían, seguramente, algunos de sus seguidores. El estilo del lenguaje de Jesús evoca, en gran parte, la reflexión de los libros sapienciales, pero su contenido, más que pretender hallar la sabiduría, procura la constitución del Reino de los cielos. Se trata de la instrucción que describe lo esencial del discipulado y de la práctica de la fe. Jesús saca del anonimato de la multitud a los pobres, los afligidos, los desposeídos, los hambrientos y sedientos de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los obreros de la paz y los perseguidos, para constituirlos como la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5,13-15). Por tanto, su identidad, abrazando el Reino, es enriquecida: si cumplen la Ley y los Profetas, no al modo superficial de los escribas y fariseos (cf. Mt 5,20), llegarán a ser grandes (cf. Mt 5,19).

Desde este sentido, no bastará con «no matar»: el discípulo apreciará la vida de los otros tanto desde el mismo pensamiento como desde la palabra; para alcanzar el perdón, no le será suficiente el sacrificio expiatorio del templo: el discípulo entregará el don humilde del perdón antes que la ofrenda al altar; no le bastará con el acto de «no cometer adulterio»: su corazón, su voluntad, deberá custodiar la pureza de las intenciones y los deseos; no le será suficiente con «no jurar en falso»: vivirá sólo de la sencillez y de la fuerza de la verdad; no corresponderá dando lo que recibe, «el ojo por ojo, diente por diente»: ofrecerá la otra mejilla, el manto y los dos mil pasos (cf. Mt 5,21-42).

Con lo anterior, se puede deducir que, mientras Moisés en el Horeb entregó la Ley al naciente Israel, Jesús, en la montaña, reveló su sentido profundo: la Ley y los profetas son el don para

construir la fraternidad. Jesús está llevando a la multitud hacia el Reino de los cielos como una comunidad de hermanos. Esto se observa en la lógica del discurso que llega a su cima al presentar el acto por excelencia de quien quiere abrazar el Reino: amar a los enemigos y orar por quienes persiguen. La oración, por tanto, queda implicada y definida, en el pensamiento del maestro, como práctica del amor. En otras palabras, Jesús exhorta a los discípulos a amar desde el corazón, donde los otros deben permanecer como hermanos. Esto es lo extraordinario del amor para alcanzar la estatura de Dios que está en el cielo (cf. Mt 5,44-48).

El ejercicio del amor sin condiciones, que los discípulos deberán abrazar, los llevará hacia su verdadera identidad: si son hermanos, entonces también son hijos «de su Padre del cielo» (Mt 5,45). El pasaje de nuestra Lectio Divina nace en este contexto de importantes enseñanzas conducidas hacia el acto principal del amor, que dará la clave para comprender los 18 versículos del capítulo sexto. Proclamamos esta parte del capítulo, no sólo porque aquí se llega a la cumbre de la enseñanza en la oración revelada y entregada por Jesús a la multitud, sino porque este pasaje posee una estructura diferenciadora de las demás palabras en este discurso.

La estructura inicia con una premisa (6,1) seguida de tres situaciones relacionadas con las prácticas piadosas judías: la limosna, la oración y el ayuno. En el centro de esta estructura — y de todo el discurso —, se halla la oración que dio Jesús a sus discípulos (Mt 6,9-13). Al final de cada una de las situaciones planteadas, al estilo de un estribillo, se oye: «y tu Padre que ve en lo escondido».

dido, te lo pagará» (Mt 6, 4.6.18). Tal fórmula no se escuchaba antes y no se repetirá después, dándole unidad a esta parte del discurso.

La premisa, el primer versículo de este capítulo, invita a volver las acciones justas al estado natural y común, no extraordinario, del comportamiento humano. Al parecer, algunos eran justos para ser reconocidos. Se trataba de un cierto «exhibicionismo» ético o moral. Algunas líneas atrás, Jesús llamaba a la coherencia entre la voluntad del corazón y los actos externos. Lo justo, lo bueno, en quien opta por la fe, en quien pretende ser parte del Reino, no puede ser una exterioridad privada del deseo interior: la justicia de las acciones debe concordar con la justicia que habita el corazón. Para ser bueno o justo afuera se debe ser bueno, justo, esencialmente, en el corazón.

Por esto, Jesús señala el imperativo de construir la voluntad del corazón. La justicia que no nace dentro y, en cambio, existe para que otros ojos la vean, la aplaudan y la aprueben, es sólo una ficción. En este momento, vale la pena preguntarnos si nosotros caemos en la tentación de la aprobación, en la actuación que no nace del corazón, en el comportamiento que exhibe una fe fingida. Reflexionemos acerca de si ayudamos a otros para promocionarnos, como si nuestro discipulado fuese una carrera política para acaparar votos.

La premisa, además, concluye con una proposición: «de lo contrario no serán recompensados por su Padre del cielo». La denominación de Dios como «Padre» aparece por primera vez, según este evangelio, en la montaña de Galilea (Mt

5,16). Se sabe que la concepción de la paternidad divina en el judaísmo no es absolutamente desconocida: por ejemplo, como Creador, el Señor es Padre de toda vida. Sin embargo, Jesús lleva a sus discípulos a una experiencia profunda de la paternidad a lo largo de todo el Evangelio. Tres veces, antes de nuestro pasaje en reflexión, Jesús denomina a Dios como «Padre de ustedes». Si los discípulos que son luz, actúan con buenas obras, otros reconocerán a Dios que es Padre que está en el cielo (cf. Mt 5,16). Si los discípulos aman a sus enemigos y oran por sus perseguidores, serán hijos del Padre del cielo que actúa con igualdad sobre todos (cf. Mt 5,45). Y, si actúan desde lo extraordinario del amor, amando incluso a quienes no los aman, alcanzarán la perfección, asemejando la consumación o perfección del amor del Padre que está en los cielos (cf. Mt 5,48). Podemos preguntarnos: ¿cómo está nuestra capacidad de amar?, ¿amamos como Dios «que hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45)?, ¿nuestro amor tiene privilegios?

Con esto en mente, el discípulo del Reino aprenderá a vivir, si espera un pago por su justicia, del salario de Dios. Desde este punto de vista, Jesús está invitando a la multitud a cambiar interiormente la motivación de sus acciones fraternas y para ello cita el concepto de la «recompensa» o del «salario». El salario para el discípulo lo ha revelado Jesús: quien inspira la justicia o la bondad del discípulo, «el Padre de ustedes» es, al mismo tiempo, la recompensa deseada. El Padre es lo que le pertenece, lo que realmente el discípulo debería buscar ganar. Ahora, cuestionémonos: si hemos optado por ser discípulos, ¿vivimos de Dios y solo necesitamos a Dios?

A partir de esta premisa, Jesús propone tres situaciones desde las costumbres de la vida religiosa judía. Las situaciones descritas a partir de la limosna y del ayuno forman un marco dejando, al centro, la práctica de la oración. Reflexionemos sobre el marco: la primera situación se propone desde la óptica de la limosna (cf. Mt 6,2-4). La limosna, como costumbre bíblica, es mucho más que los actos hodiernos con que la definimos y que también se detallan en el libro de Tobit como generosidad desde lo que se posee (por ejemplo 1,3.16; 2,14 y 4,7-8) o, en los Hechos de los Apóstoles, como aquello que los necesitados piden (cf. 3,2-3.10).

Así, en la tradición griega del Génesis, la palabra «limosna» define la solicitud de Jacob a su hijo José de «tratarlo con bondad», pidiéndole que su sepultura no sea en Egipto (cf. Gn 47,29). Después, en un libro como el Deuteronomio, la versión griega usó el término para traducir la expresión hebrea «justicia» (cf. Dt 6,25; 24,13), en relación con el cumplimiento de los mandamientos y la práctica de la bondad y, según el libro de Tobit, la «limosna» o «misericordia» define la actuación de Dios (cf. 3,2). En conclusión, la limosna se trata de una disposición y expresión benévola. De hecho, el término griego que en el Evangelio de Mateo la identifica está compuesto por el concepto de la compasión y, en la tradición judía, su práctica podía purificar de todo pecado (cf. Tob 12,9), librar del poder de la muerte (cf. Tob 4,10-11; 12,9) y convertirse en un verdadero sacrificio de alabanza (cf. Sir 35,2). En Mateo, Jesús observa cómo el evento importante de la limosna es banalizado por los «hipócritas». La palabra «hipócrita» tiene un valor especial en este Evangelio donde encuentra su

mayor utilización por encima de cualquier otro libro a lo largo de la Biblia. La etimología del término griego, de hecho, indica al «actor», al que representa un papel en el teatro. En esta dirección, pese a que la «limosna» recuerda y se inspira en la misericordia divina, algunos la viven como una ficción o simulación, que Jesús define en la imagen de dar limosna, tocando la trompeta en las sinagogas y en las calles de la ciudad (cf. Mt 6,2). En consecuencia, el concepto denuncia la doblez de las personas, el «teatro» de la compasión. Preguntémonos: cuando actuamos con compasión, ¿cuál es nuestra motivación real?

A los ojos de Jesús, los hipócritas no actúan por el amor que define su naturaleza, sino por la satisfacción de la egolatría y la fama del nombre. Su recompensa, por tanto, será el efímero y frágil reconocimiento de las calles. Al discípulo, que deberá descubrir en los necesitados a sus hermanos, el maestro le enseña la habitualidad de la «limosna» como acto natural e íntimo: «no sepa la izquierda de ti, lo que hace tu derecha» (Mt 6,3). Puesto que el Reino de los cielos ocurre en lo íntimo y secreto como la semilla que, sembrada en lo escondido de la tierra, crece (cf. Mt 13,31-32), como la levadura que, oculta en la masa, fermenta (cf. Mt 13,33), así deberá actuar quien es su discípulo.

Jesús está construyendo a sus discípulos: les invita a abandonar la superficialidad fatigosa de la hipocresía, para abrazar la verdadera naturaleza de lo humano. Jesús vuelve a cifrar el tema de la recompensa en la imagen del Padre que mira la bondad de quien se compadece. La simulación de la caridad debe ser vencida por la compasión en lo secreto, en donde la visión divina

ve. Reflexionemos y supongamos: ¿qué crees que podría decir Dios de tu compasión? La recompensa a la bondad humana es la misericordia divina.

El marco de este pasaje se cierra con la reflexión sobre el ayuno (cf. Mt 6,16-18). El ayuno era una práctica de la vida judía motivado por razones como la preparación a la celebración de un rito (cf. Jdt 8,6; 1Mac 3,47), una expresión de duelo (cf. Jue 20,26; 1Sam 31,13; 2Sam 1,12), una forma de penitencia ante las eventualidades de la vida (cf. 1Sam 7,7; 2Sam 12,16) y, en esta dirección, un modo de súplica para producir la compasión del Señor (cf. 2Sam 12,22; 1Re 21,27-29; Esd 8,23; Jdt 4,13).

Como la limosna, también el ayuno se había convertido en la escenificación de los hipócritas con el fin del mezquino reconocimiento (cf. Mt 6,16). Jesús, por consiguiente, propone a la multitud una reflexión que evoca y profundiza aquella famosa de Isaías, cercana y amada por el judaísmo: «1 Grita con voz fuerte, no te contengas, alza la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus delitos, a la casa de Jacob sus pecados. 3 ¿Para qué ayunar, si no haces caso? ¿Mortificarnos, si tú no te fijas? Miren: el día de ayuno buscan su propio interés, y maltratan a sus servidores; 4 miren: ayunan entre peleas y disputas, dando puñetazos sin piedad. No ayunen como ahora, haciendo oír en el cielo sus voces. 5 ¿Es ese el ayuno que el Señor desea, el día en que el hombre se mortifica?» (Is 58,1.3-5).

Como un profeta de siglos atrás, Jesús denuncia en los hipócritas lo mismo que Isaías: la búsqueda del propio interés. ¿Cuál es entonces el ayuno querido por el Señor? Jesús amplía las expectati-

vas de Isaías: el ayuno no es una puesta en escena, en la que el actor asume el rol de la tristeza, maquillando su rostro con lágrimas. Quien quiera entrar en el Reino de Dios, deberá destruir la máscara para hacer reconocible la interioridad. El ayuno, como la limosna, es acto interior, no visible a los otros, pues implica la cabeza perfumada y el rostro lavado por encima de la cara triste y desfigurada.

La nueva práctica de la limosna y del ayuno apelan a una disposición interior, «secreta» o «escondida», dirigida al Padre. Entonces, mientras Jesús le revela al discípulo que su interior es visible a Dios, purifica el sentido de estas prácticas deformadas por la costumbre popular. Con este marco de la limosna y del ayuno rodeando el centro de su predicación, Jesús sube a la cima de su enseñanza revelando el sentido profundo de la oración (cf. Mt 6,5-15). Allí reaparecen los hipócritas, amando orar en los lugares visibles, las sinagogas y las esquinas amplias, esperando recibir la pasajera recompensa de las miradas de los otros, pero no de la mirada de quien, por lógica, debería recibir la súplica del orante.

El consejo del maestro Jesús fortalece de nuevo la noción de lo secreto, de la intimidad, porque la oración va en la dirección de crear una relación que tiene su propia dimensión espacial, la de la «habitación». La palabra griega que aquí equivale a «habitación» tiene la connotación de un lugar oculto, reservado y secreto (cf. Mt 24,26 y Lc 12,3) y también la del lugar donde se reserva algo, como un «granero», un «almacén» o un «depósito» (cf. Lc 12,24). Con esta expresión, Jesús invita al discípulo: «entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo escondi-

do» (Mt 6,6).

La forma de presentación de Dios ha variado, ya no es el «Padre de ustedes», sino «tu Padre», enfatizando en la relación personal e interior que debe producir el acto de orar. Se trata de «tu Padre» que yace en lo escondido y, por esa misma razón, el discípulo, su hijo, debe dirigirse al lugar secreto. Una situación parecida es descrita en una de las poesías del Cantar de los Cantares: la amada se encuentra dormida en algún lugar y el amado llega pidiéndole abrir la puerta; cuando la amada abre la puerta, este ya no está y ella debe buscarlo hasta encontrarlo (cf. 5,2—6,2). Esta imagen ilumina el sentido de lo sugerido por Jesús: la oración se trata de la búsqueda del Padre en lo escondido y encontrar su presencia querida es la recompensa.

En todas las tres situaciones, la de la limosna, la del ayuno y la de la oración, al Padre se le asigna un verbo en participio que lo califica como «aquel que está viendo». Para seguir a Jesús es necesario abrirse a la dimensión de la presencia de Dios que custodia a los discípulos en su mirada. ¿Qué es lo que debe ver el Padre en la habitación del creyente, en el lugar secreto de la oración? ¿Qué encuentra el Padre en nosotros? El otro consejo de Jesús responde.

La oración requiere la sencillez del lenguaje (cf. Mt 6,7). Si Dios ve en el interior, sabe qué sucede allí. Su mirar escruta al orante más allá de las apariencias, como cuando escogió a David como rey, mirándolo a su corazón (cf. 1Sam 16,1-13). Jesús advierte a los suyos del uso que los «charlatanes» o «palabrerros», no ya los hipócritas, hacen de la oración, con la pretensión de alcan-

zar sus propósitos con el uso prolífico de las palabras. Las palabras deben dar paso a la confianza. En este punto, preguntémonos: ¿dejas de creer en Dios si no sigue al pie de la letra tus ruegos?, ¿confías más en tus criterios que en la sabiduría de «tu Padre» que ve en lo escondido de tu corazón?

En consecuencia, Jesús entrega al discípulo las únicas palabras necesarias para hacer resonar en su habitación secreta. Esta oración sobrecoge por la economía de los vocablos y, puesta en este punto del Evangelio, se revela como un compendio de sus enseñanzas. Las explicaciones de la oración de Jesús en la tradición cristiana son amplias, profundas, algunas escritas con una alta capacidad literaria, como corresponde. Es una pretensión portadora de fracaso intentar algo de eso aquí. En consonancia con esto, los siguientes párrafos pretenden sólo esbozar una idea de tal profundidad o, quizás, sólo tocar la superficie.

Para orar, Jesús invita al discípulo a peregrinar en su interior y a cerrar su puerta, posiblemente para que le suceda como a la mujer que reconoce la voz de su amado intentando abrir su habitación clausurada (cf. Ct 5,2-5). Jesús posiciona en el interior a Dios, identificándolo como el Padre, lo cual hace que quien ora supere los límites de su naturaleza de creatura para abrazar el don de ser hijo. Este es el verdadero fruto de la oración. Al decir «Padre nuestro» o, exactamente, «Padre de nosotros», Jesús cambia el pronombre que ha estado usando en su predicación, «Padre de ustedes», porque en la habitación interior del orante también Él hace presencia como Hijo. Por tanto, Jesús no sólo regala las palabras, sino que

asiste al orante en su encuentro ante la presencia de Dios, convirtiéndose en hermano, porque su Padre ya es «nuestro» Padre. Es como si en vez de «Padre nuestro», Jesús dijese con nosotros: «henos aquí, somos tus hijos y, por eso, hermanos».

Con respecto a la pluralidad, «nuestro», «de nosotros», el capítulo 5 de este Evangelio ya le indicaba al discípulo el construir la fraternidad desde la perspectiva del amor. Así que, cuando se va a la habitación interior, el discípulo no desciende en la soledad, sino que llega abrazando tanto a Jesús que se ha revelado su hermano, como a tantos otros que también lo son, incluyendo los enemigos (cf. Mt 5,44). Esta oración, en efecto, es celebración de la fraternidad y ora por los lejanos, acercándolos al estado de la hermandad.

El interior del orante, con la presencia vinculante del Padre, del Hijo y de los hermanos, se vuelve cielo. La proposición «Padre nuestro que estás en el cielo» es atemporal, de hecho, no hay un verbo explícito en la lengua griega, aunque las traducciones lo coloquen. Así, la presencia de Dios se comprende como permanente. ¿Dónde habita Dios? Según el Evangelio de Juan, los discípulos comprenderán que Jesús «está en el Padre y ustedes en mí y yo en ustedes» (Jn 14,20). Después, Jesús afirma: «si alguien me ama cumplirá mi palabra, mi padre lo amará, vendremos a él y habitaremos en él» (cf. Jn 14,23). El cielo del Padre, donde permanece, puede ser el interior del orante que confía y vive el mandato del amor fraterno.

La oración continúa presentando siete súplicas, un número elocuente en el ámbito de lo bíblico.

La primera reúne la alabanza y la petición: «santificado sea tu nombre» (Mt 6,9). En la alabanza se exalta el rasgo innegable de Dios, en este caso, su santidad mientras que, en la petición, el orante Jesús dirige un mandato a quien se comunique con Dios: santificar el nombre. En otras palabras, es necesario reconocer quién es el Señor al orar y esto concuerda bien con la acción de «santificar» que no es otra cosa que «purificar» o «consagrar» aquel nombre divino de sus banalizaciones (cf. Mt 5,33-37).

El nombre que Dios reveló a Moisés partió de la necesidad que el líder de Israel tenía de justificarse ante el pueblo al cual había sido enviado. Es así como se identifica con una presencia viva que es y será, está y estará con Israel a lo largo de su historia (cf. Ex 3,11-14). El Evangelio de Mateo se mueve en esa dirección: ¿con qué nombre Jesús revela a Dios y cuál es su valor? La predicación en la montaña de Galilea lo da a conocer: Jesús denomina a Dios como «Padre».

La santificación del nombre de Dios entra en contraste con la actitud de los hipócritas que pretenden engrandecer su propia fama a partir de la ficción del gesto de la limosna (cf. Mt 6,3); pero en Dios, no hay ficción. Si Dios en las Sagradas Escrituras es reconocido por su misericordia sin ocaso, su imagen, el ser humano, debería poder reconducir o evocar a Dios por el rasgo que lo asemeja, su bondad. Ya Jesús decía a la multitud: «brille igualmente la luz de ustedes ante los hombres de modo que cuando ellos vean sus buenas obras, glorifiquen al Padre de ustedes que está en el cielo» (Mt 5,16). Por tanto, la santificación del nombre no es sólo la primera alabanza-petición de la oración del Hijo, es un plan de vida que im-

plica a los hijos y a su fe. A partir del reconocimiento del nombre de Dios, «Padre», los hijos se abren a su realidad.

La segunda petición de la oración expresa tal apertura: «venga tu reino» (Mt 6,10). El Reino es el título con el cual Jesús describe el acontecer de Dios en la vida del discípulo. Su predicación en la montaña explica cómo se vive ese reino, y sus acciones y palabras hacen de ejemplo para los discípulos. Llama la atención, sin embargo, que Jesús no denomine a Dios «Rey», siendo consecuente con la imagen: un Reino que, más que un Rey, tiene Padre y, por lógica, más que de súbditos, se integra de hijos.

Desde el principio, el Evangelio de Mateo está anunciando la inminencia de tal Reino con la predicación de Juan el Bautista (cf. Mt 3,2) y de Jesús (cf. Mt 4,17; 10,7). El Reino se define como su «Buena Noticia», amparada de los gestos de la compasión: la curación de toda clase de enfermedades y dolencias (cf. Mt 4,23; 9,35). El Reino es superación de la mundanidad, la hipocresía y la superficialidad (cf. Mt 5,20) y por eso les pertenece a quienes han empobrecido el espíritu para enriquecerlo con la presencia de Dios y a los perseguidos por dedicarse a la justicia (cf. Mt 5,3.19).

Por consiguiente, la petición de que venga el Reino es al mismo tiempo súplica y compromiso. En otros términos, cuando el discípulo dirige su vida, inspirado en la justicia o la misericordia paterna, el Reino llega. Por eso Jesús dirá: «busquen primero el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Si la primera súplica es reconocimiento y, la segunda, compromiso, la tercera petición se

mueve en la dimensión de la confianza: «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». ¿Qué quiere el Padre?

Para entrar en el Reino no basta con el reconocimiento del orante. El Evangelio así lo aclara: «no todo el que me diga: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre del cielo» (Mt 7,21). El reconocimiento debe consumarse en el compromiso de quien deviene hijo de Dios. Ser hijo de Dios es asumir a Jesús en el propio proyecto de la vida. La oración que hacemos con Jesús es todo lo que significa la misión del Hijo. Oramos con lo que vivimos, celebramos en la oración lo que ya hacemos como discípulos. Entonces, el imperativo del orante Jesús se mueve en una dirección: si la santidad es sinónimo de justicia y la justicia de Dios ha sido la misericordia, solo su nombre puede ser reconocido, «santificado», en el continuo ejercicio de la compasión.

La petición de que suceda la voluntad del Padre está ubicada en dos realidades, en su orden griego, «en el cielo y sobre la tierra». La estética de esta oración hace uso del recurso literario de las palabras polares: para hablar de la totalidad de algo, se pueden emplear términos extremos como el «cielo» y la «tierra», conjunto de lo que existe, así como en nosotros la totalidad de una persona se define en la expresión «de los pies a la cabeza». No es una novedad este recurso, pero ubicado en este Evangelio implica que la confianza del discípulo trascienda su dimensión terrena. Sería como decir: que lo que pase en el cielo, suceda en la tierra; que el Dios que habita el cielo, resida en la tierra; que el Padre reinante en el cielo, también lo sea en la tierra y, además,

que todo quede abrazado por el querer del Padre.

Para poder entrar en el Reino de los cielos al discípulo le es dejada la misión de consumir la voluntad del Padre. Jesús explicará, más adelante, que hacer o cumplir la voluntad del Padre tiene efectos: quien la cumple se convierte en su hermano, su hermana, su madre (cf. Mt 12,50) y estos nuevos lazos previenen que alguien se pierda en la soledad o perezca en su individualidad. Esto no lo quiere el Padre (cf. Mt 18,12).

En último término, la concepción de la voluntad va en la dirección ya establecida por la oración de Jesús. Su voluntad es que seamos y actuemos como hermanos y, para poder lograrlo, es necesario el acto de la confianza que supera los límites y las fracturas de las relaciones. En efecto, la confianza se recrea en la siguiente súplica que pide al Padre: «danos hoy el pan de cada día». La tradición de Dios alimentando a su pueblo puede estar a la base de esta petición.

Si pensamos en las dificultades que Israel vivió en el desierto luego de superar la esclavitud de Egipto, el nuevo lugar de peregrinación se hacía desafiante y extremo, poniendo en duda la presencia del Dios liberador. El maná se convirtió, así, en una forma en la que Dios se mostraba a su pueblo (cf. Ex 16). Pero el alimento tenía una dinámica: el pueblo no podía conservar el maná por prevención, sino que debía aprender a confiar en que cada día habría, de nuevo, maná (cf. Ex 16,19-21). Desde esta óptica se puede comprender la literalidad de la súplica de la oración de Jesús.

En el «danos el pan», primero, el Hijo se expone en su vulnerabilidad: necesita, para seguir el camino del Reino, del pan que da Dios. Segundo, el Hijo debe confiar: este pan es don para cada día, de modo que, mañana también habrá uno. De esa forma, la oración del Hijo se perpetúa: para poder vivir en el día de hoy, es necesario entrar en la habitación secreta para pedir al Padre hacerse visible en lo escondido, dando, de nuevo, lo necesario que es, además, bueno: «pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más dará el Padre del cielo cosas buenas a los que se las pidan!» (Mt 7,11).

En esta lógica, el mismo Evangelio de Mateo propone la idea del «pan» como símbolo. En un pasaje posterior, una mujer cananea suplica a Jesús que ayude a su hija atormentada por un demonio, por el mal, a lo cual Jesús responde: «no está bien quitar el pan a los hijos para echarlo a los perritos» (Mt 15,26). El pan, entonces, se configura como símbolo de la bondad o de la compasión que libera de la posesión del mal. Lo que en el fondo suplicamos en la oración que Jesús nos entrega es la ruptura con el mal a través de la cotidianidad de la misericordia, cuando el Padre regala el pan. Además, hay un pan ofrecido al discípulo cuando Jesús le dice: «tomen y coman, esto es mi cuerpo» (Mt 26,26). En la boca de los discípulos, la oración del Hijo se vuelve la súplica para recibir el don que es Jesús. ¿Qué implicaciones tiene este don?

La oración progresa hacia la quinta súplica que pone en escena la forma de amor que salda las deudas adquiridas por los otros: «perdona nuestras ofensas como también perdonamos a los

que nos ofenden» o, literalmente, «perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». Es una forma de decir, positivamente, «ojo por ojo, diente por diente», pero sólo desde el ámbito de la experiencia de la misericordia. En otras palabras, los hijos ofrecen, para alcanzar el perdón divino, no la expiación del culto en el templo, sino la imitación del Padre que perdona.

Las «ofensas» son expresadas a través de un término griego poco usado en las Sagradas Escrituras. En la traducción griega del Deuteronomio o en 1Macabeos, por ejemplo, la expresión se refiere a la «deuda», al «préstamo» o a la «obligación» adquirida por alguien (cf. Dt 24,10 y 1Mac 15,8). Así el vocabulario, todo perdón no dado, la compasión no ejercitada, el amor negado, es una deuda adquirida y por saldar con el Padre y con los hijos. Si la compasión habla del rasgo similar que recibe la creatura de su Creador o, expresándolo con el vocabulario de Mateo, que aprende el hijo de su Padre del Cielo, la bondad no es una simulación, sino lo más espontáneo de la naturaleza humana: el perdón se adquiere perdonando.

Con certeza, las dos últimas súplicas van en esta misma dirección: «no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal» (Mt 6,13), «no nos dejes en la prueba, sino líbranos del mal». ¿Por qué debemos seguir leyendo el sentido de la compasión en estas dos últimas peticiones? La instrucción de Jesús continúa orientándose, luego de la oración, hacia este punto: «pues si perdonan a los demás las ofensas, su Padre del cielo los perdonará, pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes» (Mt 6,14).

Las dos últimas súplicas de la oración deben leerse juntas porque están coordinadas por la conjunción «pero». Normalmente hemos comprendido esta parte de la oración como un pedir a Dios el evitarnos ser tentados y esclavizados por el mal. Pero la forma de la proposición puede asumir otros sentidos aceptables: «no nos dejes» es una petición de no abandono en los eventos que prueban la condición de los hijos.

De hecho, la expresión griega no solo traduce «tentación», sino, también, «prueba» o «intento». Por ejemplo, la tentación de no perdonar puede residir en una persona herida que intenta dejar su pasado, confiando en lo que le pide Dios, pero, sobrepasada por los sentimientos, no supera su situación y comienza a vagar por el territorio del mal. Cuestionémonos ahora: ¿has superado la prueba del perdón? En este momento de instrucciones de Jesús, vale la pena recordar otro mensaje sapiencial ofrecido por el libro de Ben Sirá 2,1-9:

- 1 Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor, prepárate para la prueba;
- 2 mantén el corazón firme, sé valiente, no te asustes cuando te sobrevenga una desgracia;
- 3 pégate a él, no lo sueltes, y al final serás premiado.
- 4 Acepta todo cuanto te sobrevenga, aguanta enfermedad y pobreza,
- 5 porque el oro se prueba en el fuego, y los elegidos, en el horno de la pobreza.
- 6 Confía en el Señor, que él te ayudará; espera en él, y te enderezará el camino.

7 Los que respetáis al Señor, esperad en su misericordia,
y no os apartéis para no caer;
8 los que respetáis al Señor, confiad en él,
que no retendrá vuestro salario hasta mañana;
9 los que respetáis al Señor, esperad sus bienes,
gozo perpetuo y misericordia.

Con la luz de este texto sapiencial emparentado en su vocabulario al Evangelio de Mateo, las súplicas finales de la oración de Jesús son una lucha por mantener la identidad con el Padre en medio de las situaciones que superan a los hijos, que intentan, a veces sin alcanzar, ir más allá del mal para ser aliviados con el perdón. La tentación del discípulo, su mal, ha sido descrito por Jesús durante toda la predicación en la montaña. El mal del cual aquí se habla es el de romper con el proyecto del Reino que convierte en hijos y hermanos a las creaturas de Dios.

En las palabras finales de Jesús se escucha un verbo griego que se suele traducir por «líbranos». Esta última petición suena en varios salmos traducidos en la lengua griega. El término equivale a «arrancar al peligro», «defender», «proteger» y «salvar». El poeta del Sal 6,5 dice: «vuélvete, Señor, salva mi vida, ayúdame, por tu misericordia»; el del Sal 21,21: «libra mi vida de la espada, la única, de la garra del mastín» y el del Sal 78,9: «lí-

branos y perdona nuestros pecados, en atención a tu Nombre». La enseñanza de Jesús recoge los sentimientos de sus antepasados: el mal siempre está a la puerta del discípulo en sus múltiples formas. Solo uno, cuyo nombre significa salvación, Jesús, puede vencerlo en virtud de la misericordia de su Padre.

Al concluir esta reflexión, sólo queda comprender que, alrededor de nosotros, Jesús ha construido un Reino que implica la confianza en los gestos paternos de Dios. La oración, por lo tanto, va mucho más allá de los ejercicios mentales y se propone como una celebración de la vida, un memorial que recuerda que toda vez que se va a Dios no se peregrina solos sino con otros. Los otros deben despertar en nosotros un instinto divino conocido con los nombres de «perdón», «compasión» o «amor».

Jesús nos hace subir en lo alto de la montaña y descender a lo profundo de nuestra habitación interior, a cuya puerta toca la compasión del Padre. ¿Has percibido esta misericordia paterna llegando como el pan de cada día? ¿Has procurado el pan de tu compasión a los otros, los hijos de Dios, tus hermanos en el Hijo de Dios? Esta es la oración de los hijos que nos da un lugar para ser y permanecer como hermanos.

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. ¿Qué ME dice el texto? **¿Qué NOS dice el texto? Aprovecha las líneas para escribir.**

5 Oramos (oratio u oración)

Sube al peldaño de la oración y, de forma pausada, ora con las palabras que el Hijo de Dios te regaló. Al hacerlo, piensa en los sentimientos transmitidos por Juan de Fécamp: «Todo calla, todo está en paz, el corazón arde en amor. El alma desborda de gozo, la memoria de fuerza, la inteligencia de luz». **¿Qué le dices a Dios a partir del texto?**

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar a la comunidad?

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación)

Sube a este peldaño y dispón tu corazón para el acto de la contemplación. Recuerda las palabras de Juan de Fécamp: «Y todo mi espíritu, inflamado en deseos de contemplar tu belleza, se siente arrebatado por el amor de las realidades invisibles». Escribe en las líneas de abajo lo que vas percibiendo al pasar la semana. Dios te guarda en su mirada. Míralo: **¿Cuál es el rostro de Cristo que te presenta el texto? ¿Qué retrato del orante te presenta el texto?**

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

LA ORACIÓN SACERDOTAL

1 Antes de iniciar

Preparémonos para este encuentro continuando nuestra reflexión sobre el peldaño de la contemplatio o contemplación. “Todos los ojos estaban fijados en él” (Lc 4,20). Quienes en la sinagoga de Nazareth escucharon la palabra leída, fijaron sus ojos en Jesús. La palabra leída, meditada y orada desemboca en la

contemplación de aquel a quien la palabra revela. La palabra inspirada nos revela a la Palabra encarnada, y su verdad bella ha de llevarnos a contemplar su belleza verdadera. La contemplación es estupor ante la belleza del Señor.

2 Iniciemos

Disponte a la proclamación de la Palabra. Pide la gracia de saberlo escuchar con fe.

Invocamos la presencia del Señor con un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, esta difundida oración:

Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

R/: Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Envía tu Espíritu y serán creadas todas las cosas.

R/: Y renovarás la faz de la tierra.

Oremos (juntos):

¡Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles

con luz del Espíritu Santo!,
concédenos que gustemos todo lo recto
según el mismo Espíritu
y gocemos siempre de su divino consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor.

3 Leemos (lectio o lectura)

“Jesús se levantó para hacer la lectura” (Lc 4,16). Dispón tus ojos para leer, tus oídos para escuchar y tu corazón para acoger como tierra buena la semilla de la Palabra, intentando responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Leeremos el pasaje que contiene la llamada “oración sacerdotal”, la cual se halla en Jn 17,1-26:

1 Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo:

«Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.

2 Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado.

3 Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo.

4 Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar.

5 Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese.

6 He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra.

7 Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti;

8 porque las palabras que tú me diste se las he

dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado.

9 Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos;

10 y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos.

11 Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros.

12 Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura.

13 Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada.

14 Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo.

15 No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno.

16 Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo.
17 Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad.
18 Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo.
19 Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad.
20 No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí,
21 para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.
22 Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno:

23 yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí.
24 Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo.
25 Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado.
26 Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.»

Esta oración sacerdotal es el broche de oro del gran discurso de despedida que Jesús dirige a sus discípulos con sabor a testamento espiritual.

Hay que suponer, por tanto, que Jesús la pronuncia en el Cenáculo, donde ha donado el mandamiento del amor, el regalo de la Eucaristía y el sacerdocio ministerial. El mismo ámbito donde, lavando los pies a sus discípulos, les ha enseñado que se ama sirviendo y se sirve amando. En el mismo espacio de celebración pascual, donde les ha prometido el Espíritu Santo como Paráclito para que esté con ellos para siempre (Juan 14, 16); el mismo contexto donde les ha enseñado la relación vital y la vida relacional que ellos viven con él, presentada mediante la imagen de la Vid y los sarmientos (Jn 15,1-8).

Hay tantas estructuras del texto cuantos son los autores. Ya Santo Tomás de Aquino propuso una estructura sencilla y comprensible: el texto contiene la oración de Cristo por sí mismo (Versículos 1-5), la oración por sus discípulos en el presente (versículos 6-19) y la oración por sus discípulos en el futuro (versículos 20-26).

En la primera parte, Jesús ora por sí mismo en relación filial con su Padre, al cual pide que lo glorifique en la hora de su pasión, para que, donde parece que muere la vida, el Crucificado y glorificado, conceda la vida eterna a todos los que le han sido dados (17,2). Para Jesús, el momento de la máxima humillación coincide la máxima glorificación; el momento de la derrota coincide con el momento de la victoria; el momento de la muerte coincide con el momento de la vida. En efecto, la vida eterna consiste en el

conocimiento de Dios y de Jesucristo su enviado. Pero Cristo revela en la cruz el verdadero rostro de Dios, cuando la humanidad hace experiencia (conocimiento) del inmenso amor de Dios.

Así pues, Jesús glorifica al Padre, es decir, manifiesta al Padre llevando a cabo la obra que le fue encomendada (17,4), lo cual implica su muerte en la cruz. Nosotros ¿glorificamos a Dios llevando a cabo la misión encomendada?

En la segunda parte Jesús ora por sus discípulos, presentados mediante dos características: le son donados por el Padre y sacados del mundo (17,6). Ellos son discípulos gracias a la relación con la palabra: el divino Maestro les ha transmitido la palabra y ellos la han aceptado, la han guardado y la han creído ¿Qué papel tiene la palabra en nuestra identidad de discípulos?

La otra relación que caracteriza a los discípulos es la relación con el mundo. Si la relación con la palabra es de signo positivo, la relación con el mundo es de signo negativo. El mundo hacer referencia a la porción de humanidad que se negó en creer en Jesús, rechazando la luz y encerrándose en las tinieblas: “no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado” (17,9). Los discípulos están en el mundo y Jesús ruega al Padre que los ame cuidándolos y los cuide amándolos, lo cual implica la gracia de la unidad (17,11) y de la perfecta alegría (17,13).

Los discípulos no son del mundo y Jesús no pide que sean retirados del mundo, sino que sean defendidos contra el Maligno, el príncipe de este mundo (17,15); pide para ellos, la gracia de la

4 Meditamos (meditatio o meditación)

Recuerda que la siguiente reflexión no sustituye tu ejercicio de meditación personal, sólo busca ayudarte a profundizar en algunos aspectos del pasaje bíblico. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?** Se trata de confrontar la vida personal o comunitaria con la Palabra de Dios.

Este texto ha sido llamado la “oración sacerdotal”, porque en el Cristo intercede por sus discípulos como un gran sacerdote, se ofrece así mismo por los suyos y sus discípulos son presentados como consagrados en la verdad. (Juan 17,17).

El texto hace parte de la unidad literaria que va de Juan 13,1 a 17,26 como lo muestra la inclusión constituida por el concepto de “la hora” (Juan 13,1; 17,1). El texto suele considerarse una joya del Nuevo Testamento y un concentrado de teología

Juanea.

El Nuevo Testamento informa que era costumbre de Jesús retirarse a lugares de silencio solitario y soledad silenciosa para dedicarse a la oración, no obstante, sólo en tres ocasiones se da a conocer el contenido de su oración: cuando enseña el padre nuestro (Mateo 6, 9-13), cuando da gracias al Padre por haberse revelado a los sencillos (Mateo 11,25-27) y la oración sacerdotal que es, por tanto, la plegaria más larga que el Nuevo Testamento reporta de Jesús.

misión, pues él los ha enviado al mundo, y que sean consagrados y santificados en la verdad que es su palabra.

En la tercera parte Jesús ora por los que, gracias a la misión cumplida, creerán en él; por todos los que llegarán a la fe, gracias por la palabra anunciada, proclamada, predicada (17,20). Para ellos el Señor pide fundamentalmente dos gracias. La primera es la unidad que tiene un modelo y un efecto: el modelo es la unidad entre el Padre y el Hijo y el efecto es que el mundo crea: “que se han uno para que el mundo crea” (17, 21). En los versículos 21-23 se halla una comulación del concepto de “unidad”, considerada la gracia principal de Dios para la Iglesia, su riqueza más bella y su belleza más rica, capaz de suscitar el estupor y la fe en el mundo. San Ignacio de Antioquía escribió:

“preocúpate de la unidad, de la cual nada hay más bello” (IPol 1,2).

La segunda gracia que pide Jesús es que los suyos estén con él, para que contemplen la gloria que es suya desde antes de la creación del mundo (17,24); pide que el amor que él ha experimentado de parte del Padre sea la experiencia cotidiana en el tiempo, hasta que lo gocen en la eternidad (17,26); así, los que han vivido en la unidad de la Iglesia terrena participarán de una comunión eterna.

En síntesis, mediante su oración Jesús vive el vínculo de comunión con su Padre, y pide la comunión para sus discípulos del presente y del futuro. Así su comunidad tendrá como belleza distintiva la gracia de la unidad (P. Francisco Oquendo G.).

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

5 Oramos (oratio u oración)

Jesús termina su discurso de despedida con la oración, porque esta mantiene vivos y fuertes los vínculos superando toda distancia. Su oración es también preparación para su dolorosa pasión. Su oración abraza el pasado, el presente y el futuro **¿Qué le dices a Dios a partir del texto?**

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):

¿Qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar a la comunidad?

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación)

La Lectio Divina realmente no termina. El tiempo posterior a su ejercicio, los días y sus horas, son el momento especial para ver a Dios y hacer experiencia de lo que hemos recibido en esta Lectio. Dispongamos nuestro corazón para lo que tenga que decirnos en el tiempo sucesivo. Es recomendable que escribas en las líneas de abajo lo que percibes luego de hacer este ejercicio, cómo madura en ti esta Palabra con el paso de los días. Aprende a llevar un diario de lo que Dios cotidianamente entrega a tu escucha. **¿Qué rasgos de Dios presenta el texto?**

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____



JESÚS ORA EN LA CRUZ

1 Antes de iniciar

Los grandes modelos de la lectio divina son los Padres de la Iglesia. Es admirable la manera como ellos citan las sagradas Escrituras: desarrollando cualquier tema de la doctrina cristiana, los textos santos les fluyen con espontaneidad, abundancia y precisión. La Palabra estaba escrita más en sus mentes que en los antiguos manuscritos, pues era claro para ellos que ésta ha de estar más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos.

¿Cómo llegaron a convertirse en la “teca” de los libros sagrados? Haciendo de la lectio divina una práctica cotidiana y uno de los mejores manjares cuando de nutrir el espíritu y la fe se trata.

Ellos habían comprendido que el discipulado no

es posible, si no se sigue al Maestro; al Maestro no se le sigue, si no se le ama; difícilmente se le ama, si no se le ha contemplado; no se le contempla, si no se ha orado; difícilmente se ora, si antes no se le ha escuchado: lectio, meditatio, oratio, contemplatio, conducen a aquel enamoramiento de Jesús que desemboca en su seguimiento fiel.

Desde Orígenes en oriente hasta san Juan Casiano y san Gregorio Magno, impulsores de la lectio divina en occidente, todos los grandes Padres, especialmente los de la llamada edad de oro de la patrística, eran asiduos practicantes y enamorados de la lectura orante de la Sagrada Escritura.

La afición a la Sagrada Escritura de san Jerónimo,

el amor a la Iglesia de san Ambrosio, la profundidad teológica de san Agustín, el celo pastoral de san Gregorio Magno, el coraje en la defensa de la ortodoxia de san Atanasio, la elocuencia inigualable de san Juan Crisóstomo, el compromiso social de san Basilio y la teología bella y mística de san Gregorio Nacianceno, bebieron siempre de la misma fuente: Cristo conocido y contemplado en la Escritura Santa, mediante la práctica cotidiana de la lectio divina.

Unos en el desierto y la soledad, otros en el bullicio de la ciudad; algunos en el silencio de los cenobios, otros en la ruidosa vida de los deberes públicos; unos en la tranquilidad de la vida monacal, otros en la incansable actividad del ministerio episcopal; unos en la vida virginal, otros en la vida pastoral: todos encontraron

2 Iniciemos

“De ahí que tampoco nosotros dejemos de dar gracias, porque al recibir la palabra de Dios que os predicamos, no la acogisteis como palabra de Dios, sino cual es en verdad: como palabra de Dios, que ejerce su acción entre vosotros” (1 Tes 2,13). Dispón tu corazón para escuchar la Palabra del Eterno.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y la siguiente oración de Santo Tomás de Aquino:

¡Creador Inefable!
Tú, que eres la verdadera fuente
De luz y de sabiduría
Y el principio supremo
Dígnate infundir
Sobre las tinieblas de mi inteligencia

fuerza e inspiración, gozo e iluminación, en la vivificante relación con Jesús mediante la lectio divina.

El ejemplo de los Padres de la Iglesia inspire, para hacer de la lectura orante de la Escritura el pan de cada día. Como escribió Benedicto XVI: “estoy convencido de que, si esta práctica se promueve eficazmente, producirá en la Iglesia una nueva primavera espiritual. Por eso, es preciso impulsar ulteriormente, como elemento fundamental de la pastoral bíblica, la Lectio divina, también mediante la utilización de métodos nuevos, adecuados a nuestro tiempo y ponderados atentamente» (Discurso al Congreso Internacional en el XL aniversario de la Constitución Conciliar "Dei Verbum", 2005).

El resplandor de tu
Claridad, apartando de mí la
Doble oscuridad en que he nacido:
El pecado y la ignorancia
Tú, que haces elocuente la
Lengua de los niños, educa
También la mía e infunde en
Mis labios la gracia de tu bendición
Dame agudeza para entender,
Capacidad para asimilar,

Método y facilidad para aprender,
Ingenio para interpretar
Y gracia copiosa para hablar.
Dame acierto al empezar;
Dirección al progresar

Y perfección al acabar.
Tú, que eres verdadero Dios
Hombre que vives y reinas
Por los siglos de los siglos.
Amén

3 Leemos (lectio o lectura)

El texto sagrado es un tejido. Lee con corazón atento para descubrir las fibras que lo componen tratando de responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Para este quinto encuentro leeremos Lc 23,33-49:

33 Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

34 Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.» Se repartieron sus vestidos, echando a suertes.

35 Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: «A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido.»

36 También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre

37 y le decían: «Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!»

38 Había encima de él una inscripción: «Este es el Rey de los judíos.»

39 Uno de los malhechores colgados le insultaba: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!»

40 Pero el otro le respondió diciendo: «¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?

41 Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho.»

42 Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino.»

43 Jesús le dijo: «Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

44 Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona.

45 El velo del Santuario se rasgó por medio

46 y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró.

47 Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo.»

48 Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho.

49 Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea.

4 **Meditamos (meditatio o meditación)**

“Si recurrimos a la meditación constante de las Escrituras y evocamos en nuestra mente el recuerdo de las realidades sobrenaturales (...), necesariamente los pensamientos que nacerán de ahí no podrán menos de ser espirituales y mantendrán al alma en las alturas en que ha vivido por la meditación» (San Juan Casiano, Collationes, 1,18).

La muerte es una cruda realidad, que entraña procesos complejos y dolorosos, sentimientos de impotencia y tristeza. Cristo Jesús nos dio una respuesta de esperanza, un mensaje de liberación; su muerte y resurrección se convierten en los momentos centrales de la fe cristiana.

El relato de Lc 23,33-49 nos transporta sobre el Calvario, en el momento que Jesús llega, es crucificado y se verifica su crucial muerte. Nos permite, en medio del dolor, experimentar una brisa de humanidad, contemplar en el hecho de la crucifixión la proclamación cristiana de la confianza infinita ante la realidad de la muerte. Como cristianos, “creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado... igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo Resucitado” (Catecismo de la Iglesia # 989), por lo mismo esta realidad la iluminamos con la oración.

El texto escogido nos relata la crucifixión y muerte de Jesús, y nos brinda consistentes enseñanzas a los cristianos para vivir la realidad de la muerte. Comencemos leyendo despacio el texto con el deseo que empape interiormente e ilumine el corazón para que aflore el diálogo confiado

que se hace oración. En una mirada estructural encontramos: El escenario (v. 33), Jesús y el Padre (v. 34a), los vestidos de Jesús (v. 34b), la burla de los magistrados y soldados estando Jesús en la Cruz (vv. 35-38), los malhechores (vv. 39-43), la hora Sexta, hora de la muerte (vv. 44-46), las reacciones frente a la muerte de Jesús: El Centurión (v. 47), la muchedumbre (v. 48), los conocidos y seguidores de Jesús (v. 49). La confianza ante la realidad de la muerte. Por oración, en una persona espiritual, entendemos su vida entera, pues la oración empapa toda su realidad. Aquí, Jesús ya próximo a morir, viviendo su pasión, lo encontramos en una rica e íntima relación con el Padre, lo que le permite vivir este momento con serenidad y gran confianza, sabe que esta relación no se limita o rompe con la muerte, todo lo contrario, se plenifica.

Jesús, en este pasaje, pronuncia tres frases, tres palabras. La primera, “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”, y la última, “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”, son claramente nacidas de lo profundo y más íntimo de su relación filial con el Padre. Él sabe que todo está en manos del Padre, y que para un paso confiado por esta hora definitiva urge el Perdón, que fun-

damenta en su amor al Padre y a la humanidad. La confianza ante la realidad de la muerte pasa por una apertura sincera de perdón. Esta relación íntima y profunda le da la confianza que la muerte no es un perderse en el vacío, sino un “ponerse en las manos del Padre”, este es su mejor destino.

Esta serena y profunda confianza en el Padre no nace en la última hora, toda su vida ha sido tejida en la confianza en el Padre. A los doce años, cuando se queda en el Templo de Jerusalén, al encontrarlo sus padres, Él les dijo: “¿Por qué me buscan? ¿no saben que yo debo estar en la casa de mi Padre? (Lc 2,49); su alimento y deseo es agradar al Padre, “mi comida es hacer lo que Dios quiere porque él es quien me envió. Estaré satisfecho cuando termine el trabajo que él me dio” (Jn 4,34); en el momento de la agonía, en el huerto de los Olivos, en profunda oración, le manifiesta a su Padre: “Padre, si quieres aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42). Día a día ha vivido dependiendo del Padre, por lo mismo su desenlace final no puede ser de otra forma más que “poner su espíritu en las manos del Padre”.

La tercera palabra la encontramos en su escucha atenta al “malhechor arrepentido”. Jesús a sus actitudes y expresiones le da una respuesta que es oración y promesa: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Sus palabras de acompañamiento gozoso animan al malhechor arrepentido a vivir serenamente su muerte; con el “hoy estarás conmigo” le asegura su cercanía, dejando ver que mejor compañía no se puede desear; y le precisa el lugar ideal que le espera, el “Paraíso”, el Reino de Dios, en otras palabras,

su realización en la casa del Padre.

Estas actitudes confiadas y orantes nos presentan desafíos para vivir la realidad de la muerte: apertura real al perdón, relación sólida e íntima con el Padre, certeza de la permanente compañía de Jesús, y esperanza confiada de ir a las manos de Dios. El vivo ejemplo de estas las encontramos en el malhechor arrepentido, que ha manifestado tener temor de Dios, reconoce y acepta la responsabilidad de sus actos, tiene la valentía de manifestar su deseo de perdón y acogida de Jesús como su salvador, que lo expresa en sus palabras ajustadas a su realidad actual: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”.

Las reacciones frente a la muerte. La muerte de Jesús desencadena una serie de reacciones que de alguna manera pueden ser una invitación a las reacciones que debe tener un cristiano frente a cualquier muerte.

Esta dolorosa hora de la muerte, a ejemplo del Centurión, puede ser un momento para reconocer el poder de Dios y alabarlo por la obra que él realiza en cada persona, pues “el Centurión al ver lo sucedido, alababa a Dios”; así mismo, motivar la reflexión de nuestra realidad frente al desenlace de la muerte debe conducir al arrepentimiento, a la conversión, “la muchedumbre... al ver lo que pasaba, se volvía dándose golpes de pecho”.

Finalmente, como los conocidos y seguidores de Jesús tener una actitud de contemplación: “todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, mien-

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación):

“La lectio divina concluye con la contemplación (contemplatio), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: **¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?**” (VD 87)

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____

LA ORACIÓN COMO CANTO DE LAS REALIDADES ÚLTIMAS

1 Antes de iniciar

Preparémonos para este encuentro reflexionando sobre el peldaño de la Actio o acción. En efecto, algunos han propuesto un nuevo peldaño que se suma a los cuatro que la tradición nos ha legado en el ejercicio de la lectio divina. El objetivo es propiciar que la contemplatio no se reduzca a pasividad, sino que impacte la actividad cotidiana.

“Poned por obra la palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos.

Si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, se parece al que contemplaba sus rasgos en un espejo: efectivamente se contempló, pero en cuanto se dio media vuelta, se olvidó de cómo era. En cambio, el que considera atentamente la ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor de ella, será feliz practicándola” (St 1,22-25).

La palabra invita a no pasar de la contemplación al olvido, sino de la contemplación a la acción, pues la felicidad se halla en la práctica. Como escribió San Justino, en el siglo II: “una paz dulcísima invade a aquellos que ponen en práctica la palabra del Salvador” (Diálogo con Trifone, 8,2).

Se lee en la Verbum Domini: “la lectio divina no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (actio), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás la caridad” (87). También el Papa Francisco enseña: “la Pala-

bra del Señor termina su carrera haciéndose carne en nosotros, traducéndose en obras, como sucedió en María y en los santos... la Pala-

bra del Señor entra por los oídos, llega al corazón y va a las manos, a las buenas obras” (Francisco, Audiencia general, 7 de febrero de 2018).

2 Iniciemos

Disponte a la proclamación de la Palabra. Pide la gracia de saberlo escuchar con fe.

Invocamos la presencia del Señor con la bendición Trinitaria y un canto o un himno al Espíritu de Dios. Si se quiere, se puede recitar, en común, esta oración del Cardenal Martini:

Te damos gracias, Señor, porque tu Palabra sigue siendo viva y eficaz entre nosotros. Reconocemos nuestra impotencia e incapacidad para comprenderla y dejarla vivir entre nosotros, ella es más poderosa y más fuerte que nuestras debilidades, más eficaz que nuestra fragilidad, más penetrante que nuestras resistencias.

Por eso te pedimos que nos ilumines con tu Palabra, para que la tomemos en serio y nos abramos

a aquello que nos manifiesta, para que confiemos en ella y le permitamos actuar en nosotros de acuerdo con la riqueza de su poder.

Madre de Jesús, que confiaste sin reservas, pidiendo que se cumpliera en ti la Palabra que te fue dirigida, danos el espíritu de disponibilidad para que volvamos a encontrar la verdad sobre nosotros mismos.

Haz que ayúdenos a hombres y mujeres a encontrar la verdad de Dios sobre cada uno. Haz que la encuentren plenamente el mundo y la sociedad en que vivimos, la personas a las que queremos humildemente servir.

3 Leemos (lectio o lectura)

“Bienaventurado el que lea y dichosos los que escuchen las palabras de esta profecía” (Ap 1,3). Que la primera bienaventuranza del Apocalipsis sea nuestra, por nuestra prontitud a leer y escuchar, intentando responder a la pregunta: **¿Qué dice el texto?**

Leeremos el último himno de la Biblia que se halla en Ap 19,1-8:

1 Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: «¡Aleluya! La

salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios,

2 porque sus juicios son verdaderos y justos; porque ha juzgado a la Gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos.»

3 Y por segunda vez dijeron: «¡Aleluya! Su humareda se eleva por los siglos de los siglos.»

4 Entonces los veinticuatro Ancianos y los cuatro Vivientes se postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: «¡Amén! ¡Aleluya!»

5 Y salió una voz del trono, que decía: «Alabad a

nuestro Dios, todos sus siervos y los que le teméis, pequeños y grandes.»

6 Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: «¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso.

7 Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordeiro, y su Esposa se ha engalanado

8 y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura; el lino son las buenas acciones de los santos.

ción de alianza, es considerado “nuestro” (19,1).

El coro proclama los motivos de la alabanza: primero, la justicia verdadera y la verdad justa de Dios; segundo: Dios ha juzgado a la prostituta corrupta de la tierra que se creía intocable e indestructible (Ap 17,7); tercero: Dios ha hecho justicia a la sangre derramada de sus siervos, respondiendo al clamor de los mártires (Ap 6,10). Hay que suponer, por tanto, que este coro celestial está integrado también por los mártires de ayer y de hoy, quienes derramaron su sangre por su fidelidad a Jesús, víctimas de un sistema que se opone a Dios, la gran Babilonia que se embriaga con la sangre de santos y mártires (Ap 17,6). Por esto, este es un canto de victoria.

El coro celestial proclama el segundo aleluya, reconociendo la total destrucción de Babilonia, la destructora de la tierra, cuya vanagloria ha sido reducida a humo: “aleluya, su humareda se eleva por los siglos de los siglos (19,3). Toda su riqueza extravagante, extravagancia lujosa, lujo vanidoso, vanidad prepotente, prepotencia impía (Ap 17,11-13) es reducida a humo.

Entra en escena un segundo coro constituido por los veinticuatro presbíteros y cuatro vivientes, símbolos de la creación toda (Vivientes) y de la humanidad redimida (presbíteros o ancianos), cuya función es mediar entre el cielo y la tierra. En ellos se aprecia la comunión y la unanimidad en gestos y palabras. En efecto, se postran para adorar y dicen: “amén, aleluya” (19,4). La oración se hace postración, la postración se hace adoración.

“Amén” y “aleluya” son las últimas y definitivas

palabras de los veinticuatro presbíteros que representan a la Iglesia: su “amén” es el sí a la voluntad de Dios y su “aleluya” es la palabra que resuena hasta la eternidad. La oración ha de llevar al orante a hacer la voluntad de Dios en su vida, a configurarse con Cristo, el “Amén” (Ap 3,14), para que toda su vida cante el “aleluya” en el tiempo y la eternidad.

Del trono sale una voz que invita a la tierra a unirse a la alabanza del que es llamado “nuestro Dios” (19,5). Esta invitación a “alabar a Dios” equivale a un aleluya implícito y está dirigida a los Siervos, a los que temen a Dios, pequeños y grandes. Así se tiene en esta segunda parte dos intervenciones, con dos aleluyas: el primero explícito y el segundo implícito. La voz sale del trono, porque representa la voluntad del Dios omnipotente que gobierna cielo y tierra.

En 19,6 inicia la tercera parte. No entra en escena un coro nuevo, sino que los coros anteriores se unen formando un coro único, constituido por el cielo y la tierra. La grandeza potente y potencia grande de este coro se indica mediante la descripción de su voz, a través de tres elementos: se parecía “al ruido de una muchedumbre inmensa, al estruendo de aguas caudalosas, al fragor de imponentes truenos”. Una voz única para un coro único, fruto de la más fina comunión.

Este coro, fruto de la comunión, proclama su aleluya explícito, dando la razón que lo justifica: el establecimiento del reino de nuestro Dios (19,6). Es un kerigma con rasgos de eternidad, es evangelio vivo y vivificador. El kerigma lleva a la oración y la oración lleva al kerigma.

4 Meditamos (meditatio o meditación)

Recuerda que la siguiente reflexión no sustituye tu ejercicio de meditación personal, sólo busca ayudarte a profundizar en algunos aspectos del pasaje bíblico. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?**

El libro de la Apocalipsis es la revelación de una persona, Jesucristo, más que la manifestación de eventos o acontecimientos. Estos son importantes en la medida que revelan a Cristo.

Ap 19,1-8 contiene el último himno del sagrado libro del Apocalipsis que recoge temas de los himnos anteriores como el juicio y la llegada del reino. El himno se puede dividir en tres partes (Versículos 1-3; versículos 4-5 y versículos 6-8). Cada una de estas tres partes contiene dos intervenciones de los coros participantes y cada una de ellas tiene dos aleluyas, algunos de ellos implícitos.

Respecto a su contexto, el himno se ubica inmediatamente después de la descripción de Babilonia y su respectiva caída (Ap 17-18). Después del gran silencio que se cierne sobre las cenizas de Babilonia, la gran prostituta (Ap 18, 22-24), una muchedumbre inmensa canta el primer “aleluya” del Nuevo Testamento. Aleluya es una palabra que contiene una invitación: exhorta alabar a Dios, como respuesta a una acción salvadora que se ha experimentado.

Este primer coro que canta el primer Aleluya es un coro celestial: cantan la salvación gloriosa y la gloria poderosa de un Dios que, gracias a la rela-

En 19,7 se encuentra un elemento nuevo: los verbos están en primera persona plural, pues todos han sido integrados en el coro de la comunión. La invitación está compuesta de tres elementos: “alegrémonos, regocijémonos y démosle gloria”: esta exhortación equivale a un aleluya implícito. Los motivos para la alabanza también se presentan mediante tres elementos: “han llegado las bodas del Cordero”, “su Esposa se ha engalanado”, “se le ha concedido vestirse de lino blanco y deslumbrante”; de este último elemento se ofrece una interpretación explícita: “el lino son las buenas acciones de los santos” (19,8). La oración favorece el embellecimiento de la

Iglesia, propicia que se vista de buenas obras.

La oración de la Iglesia es un himno a la esperanza, porque profesa y canta a las realidades últimas y definitivas; la oración libera a la Iglesia de una mirada miope, para darle una mirada que alcanza a la escatología, abraza la parusía, la llegada plena del reino de Dios, objeto de su esperanza. La oración de la Iglesia es fuente de comunión, pues va constituyendo y manteniendo un coro único, que alaba con un mismo corazón (P. Francisco Oquendo G.).

Puedes hacer uso de alguna de las preguntas que se hicieron a lo largo de la anterior reflexión, de modo que tengas un punto de partida sobre el cual examinarte a la luz de la Palabra de Dios. **¿Qué ME dice el texto? ¿Qué NOS dice el texto?** Aprovecha las líneas para escribir:

5 Oramos (oratio u oración)

La Iglesia convierte su oración en himno, melodía del alma. Y Tú, **¿Qué le dices a Dios a partir del texto?**

6 Nos reunimos y nos confrontamos (collatio o confrontación):

En el himno de Ap 19 abundan las exhortaciones mutuas a la alabanza que crean la comunión. Y Tú, **¿qué le dices a tus hermanos a partir del texto? ¿Qué exhortación ofreces para edificar a la comunidad?**

7 Contemplamos (contemplatio o contemplación):

“Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba” (Ap 1,12). Mira con los ojos de tu alma al Dios que te mira. **¿Cuál es el rostro de Cristo que te presenta el texto?**

Fecha: _____

Fecha: _____

Fecha: _____



*Conferencia Episcopal
de Colombia*